LA VERDADERA HISTORIA

de

DUBOIS

Las Memorias del célebre criminal

Su vida en Francia, Inglaterra, Venezuela, Perú, Bolivia y Chile. Sus compañeras Ursula y Elcira

por

E. Tagle M. y C. Morales F.

SANTIAGO DE CHILE

1907

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

DE CATALUNYA

EN FRANCIA

CAPÍTULO PRIMERO.

Una carta Misteriosa

SEÑOR:

"Antes de alejarme talvez para siempre de esta tierra de la cual no puedo llevar ningun buen recuerdo, quiero hacer llegar a su poder este puñado de papeles borrados y desiguales, para arrojar un último destello luminoso sobre la vida y los hechos de un hombre a quien hemos seguido ciegamente en todas sus empresas en el cual hemos creido y tenido fe poderosa en su estrella hasta el momento en que inconcebible fatalidad ha venido a eclipsarla.

"A la memoria del que fué nuestro maestro vayan a publicarse estas líneas. No me califique usted de cínico al leerlas. Piense en el servicio que le hago al remitírselas y no olvide que cada hombre tiene un criterio y un modo de pensar que es fiel reflejo de la vida que lleva y del ambiente que respira.

"Ustedes los hombres honrados esteriormente, ya que

de lo interior nadie puede salir garante, han hecho de la palabra cínica un vasto paraguas con el que cubren a todos los que no estan de acuerdo con su modo convencional de pensar y tienen la valentia de manifestarlo.

"En el gran océano de la vida, hai innumerables corrientes, las unas grandes, soberbias y majestuosas: míseras y débiles las otras. Las aguas soberbias y poderosas tratan incesantemente de sobreponerse a las inferiores y no consiguiéndolo las enturbian con el caudal de sus desprecios y de sus odios.

"En cada corriente navega hácia el puerto supremo un puñado de barcas. Espléndidas y hermosas las unas, resecas, sórdidas y míseras las otras. Siempre la barca es digna de la corriente en que navega.

Y a su vez los tripulantes son dignos de las primeras, fieles espejos de las segundas. Y los hombres que las tripulan dignos son de tales barcas y tales aguas. Por unas van los felices, los favoritos de la fortuna y de la dicha, por otras los parias, los ignorados, los aborrecidos que ni en la sentina de las grandes barcas encontrarán cabida.

"De cuando en cuando por la borda de los barcos de la fortuna cae uno de sus tripulantes. ¿Se detienen sus soberbios compañeros a tenderle un cable para ayudarlo a subir nuevamente? No tal, aléjanse a toda prisa, disparandole toda la artilleria de sus insultos, de sus burlas y de sus venganzas. Son como los tiburones que se comen entre sí, esos hombres que llamais de sociedad, de fortuna, de elegancia aristocrática!

"Nada entonces hacia los otros, hacia los que ignoró o despreció en su bonanza. Nosotros somos mas humanitarios que sus compañeros: lo recojemos, le damos un asiento en nuestra mesa, le estrechamos la mano y sobre todo nunca le recordamos cómo ni por qué cayó de su altura.

"¿Y cuando cae uno de los nuestros? ¡Qué distinta conducta! El infeliz será golpeado, insultado, no habrá para él piedad ni commiseracion hasta el momento en que lo cuelguen al viento de la ignominia desde el mas alto de sus mástiles.

"Todos hubieramos deseado surcar las aguas tranquilas y nítidas, pisar la cubierta de esas hermosas casas flotantes. Esos pilotos del orgullo y de la tirania nos han rechazado sin decirnos por qué, sin darnos la razon de su odio. Y hai que hacer la travesia en cualquier esquife, frájil, sucio, abandonado.

"Cuando en aquellos navios empuña el timon un piloto diestro y enérjico, se le llama vulgarmente un grande hombre. Entonces es un Napoleon, un Luis XIV, un O'Higgins el que traspasa los umbrales de un algo vago, incierto, que nadie sabe lo que es, pero que ya tiene su nombre: Gloria!

"Ese bautismo no existe entre nosotros, los tristes y los olvidados, entre los seres para quienes la sociedad opresora ha tallado el caliz de la amargura, del acíbar de la vida. Si entre nosotros surje un nauta esforzado que aplica a guiarnos un talento igual o superior al de vuestros héroes, se le veja sin piedad, se le martiriza, se le sube al cadalso y se echa sobre su memoria ese otro concepto que talvez el mismo afortunado e iluso inventor de la palabra Gloria llamó Infamia, Oprobio!

"Y en suma, todos esos grandes pilotos todos esos héroes de imperecedero renombre han buscado el mismo fin, mas en grande seguramente, pero por el mismo y mas desapiadado camino que los nuestros. Quién ha derramado mas sangre: ¿Napoleon que sacrificó tres millones de hombres a sus sueños de tirania universal o Fra Diavolo que mató a cinco mil? ¿Luis XIV que hundió en la desgracia a doscientos mil protestantes o Cartouche que desvalijó los hoteles de doscientos financistas que vivian

de los impuestos cobrados al pueblo hambriento? ¿Enrique VIII de Inglaterra que degolló a sus ocho esposas o Jack The Ripper que destripó a siete de sus amantes?

"De conquistadores y soberanos a bandidos y salteadores no encontramos nosotros mas distancia que la misma vaciedad de conceptos que os domina. Hasta el diccionario lo habeis hecho vosotros para hundirnos e infamarnos.

"Pero la muerte, esa igualitaria sublime, todo lo allana, todo lo hunde y lo nivela, hasta vuestros mas bellos sueños de glorias, hasta vuestras mas doradas tentaciones.

"Nos torturareis: espulsareis como parias a los frutos infelices de nuestros amores, de nuestros brevísimos instantes de felicidad en la tierra, pero el nombre y la gloria de muchos de nuestros jefes perdurará ante el recuerdo y la fantasía del universo por muchos siglos, mas que los de la mayoria de vuestros jefes y hombres de estado

"Merovinjios, Carlovinjios, Borbones, Austrias, soberanos ignotos de todos los estados y todos los pueblos, de todas las edades y todas las épocas del Universo, nadie en el mundo sabe ahora cómo os llamasteis ni en qué empleasteis vuestro tiempo sobre la tierra!

"En cambio todo el mundo conserva en el frigorífico de su memoria el recuerdo perenne y luminoso de Fra Diavolo, de los bandidos de Calabria, de Rocambole y sus compañeros, los inmortales Mosqueteros del Crímen.

"Buscamos esa gloria por distinto camino. Sabemos que a ella no se llega sino con la muerte. Y nosotros tambien logramos esa gloria ambicionada y nunca alcanzada por tantos de esos hombres del camino recto y de la honradez farisaicamente decantada.

"Y por mas que os duela, debeis reconocer, ya que no podeis esplicarla, esa estraña fascinacion que ejerce ante el cerebro chispeante y la inspiracion libérrima de los

hombres de jenio, todo cuanto se refiere a los grandes bandidos y a sus hazañas.

"De ahí que esos jenios hayan buscado el ámbar mas puro y diáfano de sus cerebros para arrojarlo a vuestras playas convertido en la epopeya de un gran jefe de desesperados. Ahí teneis a Schiller con su drama inmortal *Los Bandidos*. Y a Víctor Hugo con Los Miserables y con Hernani, a Espronceda con El Pirata, a Merimee con los bandidos de Córcega. A Posson du Terrail, a Decourcelle, Dumas, a tantos otros escritores que han hecho de la vida de un criminal célebre una piedra angular de su gloria literaria, un monumento de eterna vida para las jeneraciones que los han seguido.

"Cada pais tiene su bandido lejendario, su hombre homérico en los anales del crímen. Son tipos populares hondamente simpáticos y sentidos cuyas hazañas pasan con el tiempo a incorporarse en la historia misma del heroismo de la nacion. Así el pais que no cuenta entre sus jeneraciones a un gran bandido puede decirse que no tiene historia ni carácter propio. Vosotros los chilenos teneis a Joaquin Murieta, honra y prez del arrojo del bandido chíleno en la América entera, la Arjentina ha tenido a Moreira y a Facundo Quiroga.

"La muerte ha sido el bautismo de gloria de cada uno de esos hombres.

"Y encuentro yo mil veces mas natural que estos pueblos fundados por conquistadores que no eran en su mayor parte sino bandidos espulsados de los presidios españoles para que se cebaran sobre un continente vírjen o pagaran en él su indulto con actos sobrehumanos conserven en su sangre el atavismo misterioso que se deriva de la mezcla de aquellos hombres estraordinarios con esas razas de héroes y ladrones que se llamaron araucanos. De ahí esa simpatía que es innata en el pueblo chileno por todos aquellos caballeros andantes del despoblado y

de la carretera, tan temidos y perseguidos por la justicia.

"Vuelvo a mi comparacion ya larga. ¿Qué tiene que reprochársenos pues que sigamos y admiremos a esos hombres cuyo talento estraordinario los habria llevado tambien entre vosotros a ser grandes estadistas o esclarecidos capitanes? ¿Acaso esa sociedad contra cuya tiranía nos hemos revelado no nos lo ha quitado todo? ¿Acaso aquellos de sus pretendidos sabios incapaces de ganarse un nombre en nada útil ni grande no lo han buscado en la triste tarea de quitarnos la fé, de hacernos desconfiar en lo único que nos quedaba: la esperanza en otra vida cuya nada proclaman, el consuelo de una relijion que declaran falsa, la idea de una felicidad suprema que estiman vana?

"¿Qué nos ha quedado, pues? ¿Qué nos han dejado en la vida? Sólo lo que podamos arrebatarles con nuestro esfuerzo, convirtiéndonos en lo que ellos llaman criminales. ¡Ellos lo han querido así: sea en hora buena!

"Paso finalmente al fondo de mi asunto, corrija usted como periodista estas impresiones, ajuste las anteriores divagaciones al sofisma social del cual recibe usted su subsistencia, sofisma que no dejará de hallarlas atrevidas. No por eso habremos nosotros de cambiar de opinion.

"He seguido a mi jefe al traves de mares y continentes. He sido su compañero; mas que eso, el secretario y confidente fiel de sus planes, de sus esperanzas y de sus amores. He fundado en su compañia la mas vasta asociacion de vengadores del oprimido y del miserable que haya existido jamas en América.

"Algun dia quizá me sea dado enviaros desde mi asilo, en un rincon ignorado del mundo, algunos datos sobre las operaciones de esta sociedad, la mas importante de las cuales debo silenciar hoi dia, para no dar una luz im-

portante a su jente de policia sobre muchos asuntos que para ella están hoi bajo el velo del mas espeso misterio.

"Todo habria marchado bien hácia la consecucion de nuestra idea fundamental. Algun dia habríamos salido de este pais ricos, felices y respetados si la fatalidad no se hubiera interceptado en nuestro camino. El Maestro se ha sacrificado por todos los suyos, ha sido el jeneral que cae a la vanguardia de la columna de ataque, dedicando su último pensamiento a sus soldados.

"Los asesinatos que os han llenado de horror y que se han achacado al príncipe de los criminales de Sud-América, no han sido verdaderamente sino meros incidentes, simples eslabones de una gran cadena, cuya mayor parte quedará para siempre en el secreto, si que alguna vez no se me ocurre volver a dispensar a Ud. el favor de enviarle estos datos.

"Sobre el que va a desaparecer de la tierra en holocausto a las iras sociales, se han cebado por junto todos los odios y todas las ambiciones policiales, despechadas hasta lo mas íntimo por los continuos fracasos de su tradicional torpeza; sobre él se han cebado, digo, majistrados oscuros, ambiciosos de subir, espíritus timoratos que creen en ánimas y en duendes, imbéciles que declaman siempre en voz alta lo que no entienden ni conocen a trueque de dárselas de sabios y entendidos.

"Nos le han condenado verdaderamente sin oirle, como en los tiempos de esa vieja inquisicion, a la cual tantos ascos haceis en vuestros discursos liberales y que no es ni mas ni menos sórdida que vuestra justicia. La griteria de una prensa hambrienta de lectores y de un populacho ignorante y sanguinario le han empujado al cadalso.

"Pero nosotros confiamos en nuestra estrella y en la posteridad. Mal que os pese, el nombre de Emilio Dubois pasará a la historia como el del Jenio del Crímen. Algun dia quizá, cuando encontremos un hombre capaz de reco-

jer su herencia y empuñar el cetro que él deja abandonado, volveremos a iniciar nuestras cortadas operaciones en este pais de Chile. Entonces sus enemigos habrán de temblar, porque nada podrá detener nuestra venganza!

"Le acompaño ahora un trozo de las memorias inconclusas de mi amigo inolvidable. Nada importa que ellas sean conocidas en parte. Es inútil que la policia busque al autor de estas líneas: cuando ellas se publiquen estará ya mui lejos de aquí. Sus compañeros quedarán tembien bajo el velo de la mas espesa impunidad e ignorancia de sus personas. El ha muerto antes que dar sus nombres.

"Todas estas impresiones son exactísimas, están basadas en la memoria maravillosa de mi amigo y ademas fundadas en un diario que estaba escondido bajo el umbral de la puerta de la última habitacion que hubo de ocupar antes de su caida. Como es natural, la policia ni sospechó su presencia allí.

"Dejó este paquete de papeles sobre su escritorio a las tres de la tarde. Su familia va y viene en las habitaciones vecinas. Esta habitacion está en el fondo de su casa y, sin embargo, he llegado a ella sin ser visto. ¿Cómo? Estoi seguro que usted se gastará la cabeza cavilando, y la lengua preguntando a todo el mundo, sin obtener la menor luz al respecto. Es algo que jamas habrá usted de comprender y que le hará recordar las historias de criminales famosos que marchaban por el hueco de las murallas, por inmensos subterráneos o por los techos a alturas increibles y vertijinosas. Y esta impresion no dejará de hacerle saludable efecto para que jamas su pluma se cebe sobre los infelices que caen en poder de la policia, acusados de crímenes que muchas veces son imajinarios, lo que no impide que vayan a la muerte.

"Vaya, adios y aproveche usted estas cortas impresiones de la vida de mi amigo en el estranjero. Las referentes a su existencia en Chile son todavia demasiado compromitentes.—Nadie."

CAPÍTULO II.

Las Memorias de Dubois. = Recuerdos de la Infancia

Aprovecho hoi este momento de calma y descanso en el camarote de un gran vapor para mirar hácia atras en el camino que he recorrido para llegar a esta encrucijada de la vida.

Mi existencia azarosa tiene hoi la tregua que necesariamente debe llegar para todo hombre por infeliz que sea. Me siento hoi alegre, dichoso y amado por una persona querida. Tengo sobre esta cáscara flotante en el océano casi lo que llaman un hogar.

Siempre he sentido que el papel ejerce sobre mí una fascinacion irresistible. Hai un algo misterioso que me impele a confiar a estas cuartillas que nadie jamas habrá de leer sino yo, todos los misterios de mi alma y de mi memoria, el secreto de las múltipes trasformaciones de mi persona al traves de los tiempos y de los paises.

¿Cómo me llamo? O ¿mejor dicho cómo me llaman? Dubois, Brihier, Morales, Murailley? Nombres y puros nombres! El verdadero no lo sabrán jamas ni aun en el trance supremo que separa la vida de la muerte. Quiza algun dia pueda volver a tomarlo si la fortuna me favorece, entonces volverá a oirse en mi patria el apellido de una familia honorable y hasta brillante que se cree hoi estinguida. Si no consigo la realizacion de mis ambiciones y de mis proyectos, ese nombre no volverá a pronunciarse jamas. Si caigo en manos de la justicia que me persigue podran arrancarme la vida pero me llevaré conmigo mi secreto.

El recuerdo de mi infancia va conmigo a todas partes. He nacido en un pueblecillo de la costa de la Mancha,

desde cuyas alturas se divisan perdidas en la bruma las costas de Gran Bretaña. Por esas calles y campos muchas veces oyéronse resonar en otras edades los cascos de los corceles de Napoleon y sus jenerales que se avanzaban a la costa para contemplar la última barrera que los separaba de esa Inglaterra, última meta de sus supremas ambiciones.

De mi madre no conservo recuerdos. Me dejó solo al nacer. Solo queda un retrato en la casa de mi familia, hoi desierta, retrato cuyo perfil dulce y melancólico va grabado en el fondo de mi alma. ¡Cuánta falta me ha hecho su cálido apoyo en esta vida!.

De mi padre tengo recuerdos mas sólidos aunque poco cariñosos. No se preocupó nunca de mí. Odiaba a los niños de corta edad y le gustaba poco tener a su lado al que habia sido causa de la pérdida de su compañera. Muchos lo conocen y lo han llamado un gran literato.

Por eso en la fiebre de estatuas que hace algunos años se apoderó de mi patria él por cierto no dejó de tener la suya y ahora, de pié con un manojo de papeles en la mano, en actitud que mas parece de azotar que de escribir, adorna su efijie de bronce la calle principal de nuestro pueblo a la cual ha dado su nombre.

Ese hombre era estudioso, pensador y distraido. No dejó jamas los hábitos profundamente arraigados de su vida de bohemio parisien y pasó por la vida dominado por la vision de una gloria que precisamente no viene sino despues de la muerte.

Mis abuelos maternos, jente sencilla y poco instruida fueron mis únicos maestros. Me enseñaron a conocer las letras y dándome la llave de un desvan que llamaban pomposamente la Biblioteca, me dijeron mostrándome un monton de mamotretos y de diarios que allí habia: "Edúcate tú mismo".

Pronto esos libros me apasionaron. Todos pertene-

cian a un jénero que apasionaba profundamente a mi padre que solia encerrarse allí dias enteros cuando venia de Paris. El escribia novelas de crímenes y asesinatos que le daban pan y reputacion. Era un verdadero precursor de los Gaboriau, los Decourcelle y los Montepin. Allí imperaban las historias de crímenes y bandidos. Todos eran tal como los forjaba mi imajinacion, soberbios, sanguinarios y poderosos.

Entre ellos estaba Rocambole, la jenial creacion de Ponson du Terrail, siempre victorioso en su guerra contra los burgueses y la policia. Mas ese hombre, con la abjuracion de sus principios, con la trasformacion de bandido en profesor de moral, acabó por disgustarme.

Muchas veces he creido que el destino de las jeneraciones y de los hombres está escrito de antemano en el libro de la humanidad. El caso mio no puede ser mas sujestivo. El padre ideaba y el hijo debia perfeccionar esas fantasias ejecutándolas. ¿Quién tiene la culpa de todo esto? Los criminalojistas hablan de atavismos, de herencia de raza. ¿Será cierto todo ello? La casualidad ayuda mucho a creerlo asi.

La lectura de los procesos célebres me interesaba profundamente, mas que ningun otro libro. Sentia la mas secreta admiracion por todos los que en ellos figuraban como protagonistas.

Pensaba que algun dia habria de ser capaz de escribir libros semejantes; nunca por cierto se me vino a la imajinacion la idea de que yo mismo fuera a ingresar a esa hermandad de hombres famosos al traves de los siglos.

En la lectura de esos procesos encontré un dia la fuente de las mas terribles e imperecederas impresiones de mi vida. Me refiero a uno que es poco conocido.

Ese criminal era John Williams, el rei de los asesinos británicos, el hombre cuyas hazañas conmovieron a la Europa entera a principios del siglo XIX.

Williams ejecutó sus operaciones en 1812 y desde entónces acá el mundo no puede haber producido nada capaz de igualarlo en arte y maestria.

Siempre me ha acompañado, como si acabara de leerlas el recuerdo de las hazañas de Williams y he sentido un placer especial en referirlas a un auditorio numeroso. Por si el peso de los años llega a gastar mi memoria vale mas la pena que las deje recordadas en estas pájinas.

Fué un hombre de estatura mediana y recia musculatura. Sus cabellos tenian un rubio mui parecido al de la naranja. Tenia ojos pequeños y vivísimos, nariz de águila, orejas pequeñas.

Ese hombre mataba por arte, por pasion, por elegancia. Sus crímenes fueron todos un modelo de precision, de audacia, de refinamiento, hasta de distincion. Amaba lo bello, lo terrible y lo majestuoso a su modo y se complacia en derramar la sangre humana y en escuchar los estertores de sus víctimas, las agonias supremas, las miradas de última desesperacion.

Su vida ha sido el jesto mas soberbio de las crueldades que encierra el espíritu humano.

Porque es preciso confesar que en todo hombre existe oculto en el fondo del alma, en lo mas recóndito del cerebro un instinto, un algo de fiera, un amor a la sangre humeante y derramada que no viene a despertarse hasta el momento en que el fenómeno se produce y el vaso humano que la contiene se rompe ante su vista.

Cuentan de ese hombre que ántes de proceder a eliminar a algunos seres humanos, necesitaba afeitarse, perfumarse y ataviarse coquetamente a fin de poder entregarse de lleno a las voluptuosidades de la sangre y de la muerte.

Encontré su historia en un puñado de diarios viejos y arrugados, reducidos en parte a polvo por la accion del tiempo. Me decian ellos, en toda la intensidad con que

lo sintieron sus contemporáneos electrizados por el horror, ese gran poema del crímen y de la destruccion.

Contaban tambien un millar de anécdotas del gran Maestro. Despues de cada asesinato se despojaba del frac azul con botones de oro que le servia de uniforme para sus funciones y pulía sus uñas cortadas en almendra con la escrupulosidad de una señorita.

Su primera operacion colectiva la hizo en Mayo de 1812. Fué en una casa de la Ratcliffe Highway en Lóndres. La habitaba un jóven comerciante apellidado Marr con su esposa, su hijo de un año, un dependiente de corta edad y una criada qne fué la única que salvó de la mas terrible muerte.

Una noche, como a las doce, la sirviente salió a buscar ostras para la cena de la familia cuya felicidad sencilla y burguesa no presentia, por cierto, el rayo que en breves instantes habria de aniquilarla.

La mujer divisó entre la bruma un desconocido de rostro pálido, con la palidez de los espectros, apoyado en un farol frente a la tienda y mirando ávidamente hácia su interior.

Ese individuo estaba allí desde la tarde. No se habia movido un instante de su puesto de observacion. ¿Qué hacia? ¿Qué queria, qué esperaba? La sirviente no podria haberlo precisado. Pero habia en toda la persona de ese hombre algo de tan siniestro, de tan terrible, que la mujer sintió temor.

Corrió hasta el policeman mas cercano y le dió parte de sus sospechas. El hombre se dirijió hácia la tienda de Marr y le previno que cerrara sus puertas. En compañia del policeman, Marr, sin dar importancia a la presencia de ese estranjero que podia ser un mendigo, cerró la puerta de la tienda y le dió las buenas noches alegremente.

En esos precisos instantes, el desconocido, que no era otro que Williams, se introdujo en la casa por la puerta

cochera. Sin ser visto llegó hasta la tienda. El comerciante le daba la espalda, contando el producto de la venta del dia. Williams, cauteloso como una serpiente y rápido como un tigre, llegó hasta él y de un solo martillazo le derribó fulminado,

En seguida procedió a degollarlo con un enorme cuchillo de forma estraña. Esta tarea fué, sin duda alguna, la mas difícil de su carrera, pues las convulsiones supremas de la agonia hacian saltar el cuerpo del desgraciado. Ademas, el reducidísimo espacio que mediaba entre el mostrador y la pared molestaban la precision de sus movimientos. Y, sin embargo, lo degolló científicamente, con la precision de un cirujano, cortando lo que debia cortar y nada mas. Todo esto en menos de seis minutos y sin que se oyera el mas leve ruido.

En esos instantes, la esposa de Marr bajó a la tienda en busca de su marido, ignorante de la tremenda escena que allí se desarrollaba, aunque un tanto inquieta por su tardanza.

Williams saltó a su encuentro, y de un segundo y formidable martillazo en la frente acabó con ella. En seguida procedió a segar con su cuchillo ese cuello hermoso, redondeado y lleno de vida, en que tantos besos de amor y de juventud se habian anidado.

Esta operacion le fué mucho mas fácil y no le quitó ni tres minutos. El cuerpo de la desgraciada quedó tendido en el espacio mas ancho de la tienda con la cabeza enteramente separada del tronco.

En una pequeña habitacion del lado, dormia un sueño pesado y reparador de las terribles fatigas del dia el infeliz dependiente de quince años, soñando talvez con ganar lo suficiente para comprarse un lecho mas cómodo, mas humano. Williams cortó ese sueño en la forma mas rápida y fácil, cambiándolo por otro menos fatigoso y mas eterno.

Quedaba aun un niño de un año, vástago único de esa familia que perecia inopinadamente en las tinieblas. Todo otro asesino lo habria perdonado, lo habria dejado dormir en su inocencia mientras venia el despertar de triste za y de abandono.

El tuvo piedad de ese huérfano, de ese niño cuya frente pasearia siempre por el mundo un sello indeleble de tristeza. ¿Para qué habia de dejarlo, oprimido, abrumado bajo el recuerdo de esos padres que apenas habia conocido y que perdia en tan terrible noche?

Otros creen que el asesino sentia la nostalgia de la carne tierna e inocente, de ese cuerpecito blando como el algodon y suave como el raso. Un refinamiento de su arte de bebedor viejo de sangre, un capricho inverósimil de vampiro, lo llevó hasta la cuna.

Llegó a ella a pasos cortos, temeroso por primera vez; él, que afrontaba las venganzas de la sociedad, se arredraba ante el llanto que sigue al despertar de las criaturas. Queria tenerlo dormido y despacharlo en su cándido reposo.

Por eso empleó mil suavidades, mil precauciones de gata acariciadora para poner a descubierto el lirio del tierno pescuezo. La dificultad de lo que iba a hacer, la sensacion de lo inesperado e increible de su accion lo seducian estrañamente.

En efecto ¿cómo degollar a ese niño sin despertarlo, en el estrecho espacio de su cuna con las cortinas, como mayor estorbo? Esas cortinas eran las últimas protecciones del infante, las únicas que hasta ese momento se habian opuesto a la marcha sangrientamente triunfante de sus brazos.

Tuvo entonces que romper el mastil que las sostenia y arrojarlas a un lado. Su capricho de Herodes quedaba asi a un paso de la realizacion.

Y ese capricho lo realizó sin que su pulso ni su alma

temblaran, levantando con mil precauciones la cabecita. Luego, enguantándose sus manos largas y delgadas, se precipitó a la calle y se perdió entre las brumas de la noche que envolvian a Londres como la mas segura prenda de impunidad para los hijos de las tinieblas.

La criada volvió a poco. En su viaje no se habia demorado ni media hora. Traia las ostras que esperaban sus amos, la botella de vino blanco que debia recalentar sus cuerpos felices. Esa última cena no habia alcanzado a consumirse.

Allí estaban esos cuatro cadáveres anunciando a Londres y a la Inglaterra entera que el mas glorioso Napoleon del crímen acababa de hacer su entrada soberana. Y la gran ciudad se conmovió de horror, se estremeció de tristeza, tembló, presa de un terror sombrio e indefinible preguntándose quién seria la quinta víctima, qué cuello se tenderia al cuchillo estraño, qué cabeza ilustre caeria bajo el golpe sordo del gran martillo.

Todos los pasos dados para hallar al criminal fueron inútiles: la bruma, la niebla protejen siempre a los que a ella se entregan sin dejar jamas huella alguna de su paso.

Todos estaban de acuerdo en que pronto daria noticias suyas. Pasaron quince dias en que Londres se sintió presa de una horrible pesadilla, en que los cerrojos y las armas se hicieron impotentes para apartar de la imajinacion de sus habitantes esa vision terrible y sangrienta que les hacia helarse de pavor al mas leve ruido.

Vinieron luego los funerales de las víctimas. Cien mil personas de todas clases y condiciones asistieron a ellos despues de haber cubierto de flores sus féretros. Y todos al verse reunidos tuvieron ese valor cobarde de las multitudes prorrumpiendo en mil juramentos de venganza, cortados a ratos por el temor de que el vecino fuera hermano, padre o esposo, fuera ese criminal ignoto e impalpable cuya destruccion proclamaban. Y en efecto, estaba

allí: habia asistido mezclándose a la multitud y gozándose en sus comentarios a la última despedida de aquellos que habia sacrificado.

Y debió estremecerse de gozo al oir esas frases hijas de los desvaríos del miedo. Era él el rei de Londres, el que imperaba sobre esas almas por el terror, por el espanto. Su dominio era el de las tinieblas, tan vasto y tan impalpable como el de Satanás. Le bastaba fijarse en cualquiera de esos declamadores de ojos enrojecidos por el insomnio para determinar en su frente la abolladura del martillo, en su cuello el sitio por donde el cuchillo habria de marcar su eterna separacion del tronco.

Para afianzar esa soberania, ese orgulloso dominio necesitaba una segunda orjia de sangre, una última y mas terrible prueba de su orgulloso imperio. Resolvió darla prontamente.

El terror llegó a un paroxismo rayano en locura cuando los diarios anunciaron, conmovidos ante tanta audacia, tanta fuerza invisible, que el incógnito criminal les escribia que habia resuelto operar a la brevedad posible en la misma forma que en Ratcliffe Highway.

Hé aquí cómo un obrero salvado por milagro estaba destinado a marcar el Waterloo de ese orgulloso conquistador de cabezas.

El obrero vivia en la bohardilla de la casa del señor Williamson, respetable vecino de uno de los barrios centrales de Londres. cuya edad pasaba ya el límite de los tres cuartos de siglo, su esposa, unos diez años mas jóven que él, su nieta de diez años de edad, una criada de cuarenta años y él. Era regla de la casa que todos sus habitantes, al dar las once de la noche, pasaran a recojerse.

Williamson tenia la reputacion de rico: se hablaba de que amontonaba, demasiado desconfiado de los Bancos, las talegas de oro en su sótano. Esa noche una sombra de sospechas habia pasado por los habitantes de la casa.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Un estranjero de rara apariencia habia sido visto voltejeando en las cercanias, envuelto en un amplio capote, apareciendo a ratos entre ocho y once de la noche para luego volver a esconderse en los rincones mas oscuros de la calle como huyendo de la claridad y de las miradas de los escasos transeuntes. Era un hombre de aspecto en estremo repulsivo para la imajinacion del obrero.

Por mas esfuerzo que hacia para apartar de su memoria esa vision y para atribuirla a fantasias del miedo, el jóven no podia conciliar el sueño. Habia logrado caer en un relativo letargo cuando el reloj dió las once de la noche en són pausado y fúnebre.

En esos mismos instantes perforando el silencio de la casa llegó a sus oidos el ruido que hacia la puerta de calle al ser suavemente abierta y vuelta a cerrar. Una sensacion de terrible violencia se apoderó del insomne: algo íntimo e inesplicable le decia que el sér diabólico de la casa número 25-29 Rattcliffe Highway estaba allí.

Una fascinacion incomprensible lo arrastró hácia la puerta.

No habia ningun mueble en la habitacion capaz de ser puesto como barricada al traves de la puerta. Y el miedo le hizo abrirla en vez de correr el cerrojo.

Algo espantoso, increible, debia estar sucediendo abajo. En ese instante un grito de agonia subió por la escalera. Era la voz de la sirviente: ¡Señor Jesucristo! decia. ¡nos asesinará a todos!

Un hielo de muerte se apoderó del obrero, un pánico ciego e irreflexivo lo impulsó hácia abajo, al encuentro de esa muerte cuya vision paralizaba cual nueva cabeza de Medusa, todas sus enerjias y rendido por un abatimiento nervioso empezó a bajar los viejos y carcomidos escalones que crujian bajo sus pasos. Un golpe de tos, un estornudo, una respiracion demasiado fuerte podian convertir en cadáver a ese sér enloquecido por el espanto

que bajaba en camisa de dormir hácia el teatro del drama terrible.

La escala estaba frente a la antesala, sus puertas abiertas de par en par permitieron ver al obrero atónito, dos cadáveres tendidos en la alfombra. Eran la dueña de casa y la sirviente, cuyo grito habia escuchado segundos ántes.

¿Dónde estaba Mr. Williamson porque sin duda alguna habia muerto? Mas tarde pudo saber que el criminal lo habia sorprendido en el subterráneo donde contaba una vez mas con su gozo de avaro los sacos de oro que constituian la mas alta ambicion de su vida. Por la última vez habia contado su tesoro ante la vista de Williamson, que esperó que terminara para despacharlo.

Ahora el estranjero vestido con frac azul, con botones de oro y hermosos guantes iba y venia por la sala, descerrajando los armarios y echando en un gran saco los objetos de oro y plata.

Tan absorto estaba en su tarea, que no paró atencion en la estraña aparicion del obrero inmóvil en la puerta como un block de hielo. ¡No hacia una hora que se habia separado de esos tres seres que ahora yacian sin vida!

Quedaba la nieta, la niña de diez años que dormia en el piso superior, Williams no se habia acordado de ella. El obrero no tuvo otro pensamiento que el de salvarla.

Volvió a subir en pocos segundos: segundos que le parecieron siglos y empezó a preparar en su pieza una cuerda para descolgarse a la calle en busca del ausilio, de la vida.

Entre tanto, vale la pena conjeturar cómo habia obrado Williams. Lo mas verosímil era que subiendo del sótano, llegara hasta el salon donde la dueña de casa terminaba apresuradamente una costura, vuelta la espalda a la puerta. A los pies de ella estaba sentada la sirviente,

que tampoco se dió cuenta de la entrada del mensajero de la muerte.

De un martillazo tendió entonces a la señora Williamson, la sirviente levantó la cabeza y alcanzó a lanzar ese grito que resonó casi simultaneamente con el choque del martillo contra su cabeza.

Luego, despojándose de los guantes, con absoluta desenvoltura y sangre fria cortó ámbas cabezas en rápida sucesion de tajos y sacudiéndose volvió a colocarse los guantes con el aire de un epicúreo que sacude de si alguno de los placeres de la vida.

La señora tenia colgado a la cintura un manojo de llaves. La casa era rica, comenzó el despojo. Fué ese el instante en que el obrero llegó a tan corta distancia de él.

Mientras él trabajaba abajo, el obrero trabajaba arriba. Uno representaba el crímen y la destruccion, otro la salvacion y la venganza. El obrero habia amarrado una tras otra las tiras de su sábana. Habia treinta piés hasta el suelo y su escala solo tenia veintidos de largo. Cortando en tiras las fundas de la almohada logró añadir cuatro piés mas. Faltaban seis u ocho. No importa, saltaria! La cuestion era salir cuanto ántes de esa trampa fatal.

A cada centésimo de segundo le parecia sentir los pasos que subian la escalera trayendo la muerte para él y la niña. Amarró por fin la estremidad de la cuerda a los piés del catre fijo en el suelo y sin tantear su resistencia se dejó ir por el aire a la ventura.

En ese instante, en que las suertes de ambos rivales corrian tan vertijinosamente hácia el éxito respectivo, si Williams hubiera tenido la idea de abrir la ventana habria visto pasar por los aires ese fantasma blanco que se descolgaba desde el cuarto piso. Este drama habia demorado diez minutos a lo más.

Williams tenia ya lleno el saco con su botin. El encerraba su fortuna, paquete tras paquete de billetes habian ido sepultándose en su interior.

Era el momento de escapar. Podia salir, disfrazarse, abandonar a Londres en alguno de los buques que partian para la América, el pais libre que no preguntaba a nadie quién era ni de dónde venia, sino cuánto tenia, cuánto era capaz de idear, de fabricar.

Allí podia ensayar la carrera de hombre respetable, fundar una fábrica, un gran negocio, hacerse respetar y querer.

Quinientas libras esterlinas eran una base mas que suficiente para cambiar de vida y sustraerse a los apretones sofocantes de la miseria.

Habria tenido entonces por delante un camino de cincuenta años que recorrer. Habria podido convertirse en un grave profesional, arrepentirse y hasta alcanzar a morir en olor a santidad.

En esa tierra de horizontes nuevos, entregada de lleno al dominio del talento y de la audacia, habria podido sepultar el convencionalismo de la conciencia y marchar hácia adelante. Hasta una silla de presidente podria con el tiempo haber premiado sus esfuerzos. Porque ese hombre, que aplicaba un talento refinado al asesinato, podia aplicarlo tambien a cualquier otra rama de la actividad humana, Y tras su muerte podia haber venido una profusa edicion de su biografia, una estátua en el pueblo que hubiera honrado con sus arranques de benefactor público, de caritativo amigo de los desvalidos.

Todo mediante una resolucion propia, mediante un esfuerzo de rapidez. Pero él, ante todo, era artista. No podia escapársele el peligro que corria demorando su presencia en esa casa. Mas, sabia que a pocos pasos de distancia quedaba aun una persona que no habia de ofrecerle gran resistencia. Su honor profesional estaba

comprometido. Y por satisfacerlo, todo lo perdió... por noventa segundos de demora!

Esos noventa segundos bastaron para que el obrero estuviera en la calle. Tiritando de frio y de espanto el obrero, envuelto en su flotante camisa, corre por el barrio como un fatídico fantasma, llevando la alarma a las casas de todos esos honrados vecinos que soñaban con un crímen semejante.

Esa poblacion, en el paroxismo de la nerviosidad y del deseo de vengarse, salta a la calle en su traje de noche al grito de ausilio del obrero:

—El asesino de Marr trabaja allí, allí!!!

Todas las puertas y todas las ventanas del barrio se abrieron a este grito. Por cada una de ellas saltó un hombre con el arma que habia encontrado a mano. Y esa multitud rujiente se precipitó a la puerta y la derribó, penetrando al interior con un alarido de vengaza.

Williams oyó ese grito cuando se disponia por fin a ir en busca de la niña. No lo tomarian vivo! Sin abandonar su saco, abrió la ventana cuando los primeros vecinos, guiados por el obrero de camisa blanca, empezaban a subir la escalera, y se precipitó a la calle desde el segundo piso.

Varios, poseidos de la furia de la persecucion, saltaron tambien a la calle por esa ventana. Pero Williams era ájil como una pantera y se perdió entre las tinieblas.

Y los vecinos quedaron inmóviles ante los cadáveres mutilados de los Williamson, artísticamente degollados. Era un gran maestro el que por allí habia pasado!

CAPITULO III.

El fin de Williams.--El principio de mi carrera

La figura de ese hombre estraordinario vive en el fondo de mi imajinacion, se despierta en las alucinaciones del licor y se me aparece entonces verdosa, llameante, terrible, como una obsecion de la locura que me manda matar, derribar, destrozar, sacrificar sangre en el altar de su memoria.

Y por eso creo en la teoria de los demonios familiares, de los jenios que nos empujan siempre en línea recta hácia lo definitivo, hácia lo inevitable sin permitirnos inclinarnos ni un ápice a ningun lado. Y es tanta y tan poderosa esa fuerza que nos domina, que nos subyuga, que podriamos en razon de su impulso marchar por el hilo de un cabello suspendidos sobre el mas profundo de los abismos.

Allá los psicólogos, los criminalojistas, esos mineros que se internan en las misteriosas galerias del cérebro humano para que espliquen este fenómeno, para que le dén el nombre que mas les plazca. No por eso los dominados, los poseidos, los que tenemos el fanatismo de nuestro destino, de la cadena terrible que a él nos liga, dejaremos de correr hasta el fin como corre fatalmente el aire estraido de una campana por la máquina neumática.

Sigamos adelante con esta ya larga narracion. ¿Quién fué Williams? Se ha pensado que fue un esperto marinero, un hombre que se habia inclinado sobre la borda de su barco para interrogar las aguas de todos los paises y de todos los mares.

Sin duda habia estado allá en el fondo del mundo inci-

vilizado, entre esas tribus malayas y javanesas que matan a sus padres doblegados por el fardo de los años, a golpes de maza, calculados para proporcionar una agonia lenta. Talvez habia conocido esas misteriosas organizaciones hindúes que derriban a la víctima elejida para el holocausto de sus terribles divinidades con sutil lazo de seda que les permite gozar hasta en la mas leve convulsion de la muerte, regular con mano suave los estertores, beber los últimos suspiros, contar los latidos del corazon que se detiene.

O bien habia bebido las supremas voluptuosidades de la sangre entre los sacrificadores del Mar Caribe, que arrancan el corazon del cuerpo palpitante y derraman el jugo de sus arterias sobre los fieles iniciados. Todo eso es grande, es sombrio, es sublime, diabólico si se quiere, pero en todo caso sublime. Por tanto, solo es digno de hombres superiores. El hombre que deja tendida a su víctima a mansalva sin detenerse a presenciar la epopeya del alma que se desliga de la materia, ese mundo de sensaciones indefinidas, de accidentes rapidísimos y misteriosos, no es un ser superior, no pasa de ser un ente grosero y embrutecido.

El artista cayó, como dicen que a la larga caen todos los que siguen el sendero libérrimo de las altas venganzas o de las altas obras. Un eslabon de la cadena de su plan cortado por la fatalidad. ¡He aquí todo! No porque entre las sombras de la noche se corten las amarras de un barco dejará su capitan de ser un nauta avezado y esperto.

Volvió esa noche al albergue nocturno de marineros en que dormia. Trabajaba en los astilleros cercanos del Támesis como carpintero desde que un buque procedente de la India lo dejara allí.

En las cercanias del albergue una familia modesta de marinos le habia dado mediante una corta suma el sus-

tento diario. Nunca le faltó el dinero para pagar con largueza a sus huéspedes. Habia allí una jóven con la cual simpatizaba. Acaso habria alcanzado a nacer algo mas que una simpatia tras esa amistad.

Él les hablaba siempre y siempre sorprendiéndolos con sus frases incoherentes ora apasionadas, ora lánguidas, con sus sueños de alucinado, con sus relatos de otros mundos, salpicados de gotas brillantes y fantásticas, de recuerdos de escenas de sangre y de fanatismo.

—¿Qué diríais, preguntó una vez a la jóven, si me viérais al amanecer al lado de vuestro lecho con un puñal en la mano?

—Si fuerais vos, sonreiria, dijo ella. Si fuera otro me moriria de terror.

Acaso la tenia marcada ya en su lista de víctimas y se daba el placer inefable de tantear sus impresiones y sus terrores del momento.

El caso es que esa noche memorable regresó a pasos apresurados al albergue nocturno, donde por una pequeña cantidad podia pasar la noche. Dicho albergue no distaba cuatro cuadras del lugar del suceso.

En el dormitorio que él ocupaba, alojaban seis o siete artesanos, todos honrados y respetables. Tres eran escoceses y cuatro alemanes. Los primeros dormian pero los segundos, a la entrada de Williams, tenian encendida una vela y leian en voz alta.

A su entrada Williams les dijo con voz irritada:

—¡Oh! apagad esa vela! ¡Apagadla luego! ¿O quereis que nos quememos vivos en nuestras camas?

Los alemanes son por lo jeneral suaves y complacientes: por eso apagaron inmediatamente la luz. Pero se quedaron pensativos. El peligro de incendio era remoto, puesto que los lechos no tenian cortinas, las ropas atracadas contra el cuerpo arderian lo mismo que las hojas de un libro cerrado. Era, pues, absurdo ese peligro.

De ahí los alemanes dedujeron que Williams habria de tener algun motivo para no ser visto.

Al dia siguiente, las noticias del crímen de la noche anterior llegaron hasta el albergue produciendo la penosa impresion consiguiente. ¿Qué motivos tenia Williams para que su persona y su traje no fueran vistos, pensaron? En todo caso guardaron silencio, las leyes castigaban terminantemente toda apreciacion malévola no fundada ni probada respecto de una persona. Pero la sospecha jerminó rápidamente en sus ánimos.

Luego una importante informacion policial acabó por hacer la luz. Junto al cuerpo de los Williamson se habia encontrado un martillo de carpintero de buque con las iniciales J. P. Esas iniciales correspondian a un John Petersen, honrado carpintero noruego que acostumbraba alojarse en ese albergue, hasta un año antes que habia partido para su patria a visitar a su familia.

Pero habia dejado guardado en un desvan del albergue sus herramientas de carpintero.

El cirujano que habia examinado los cadáveres de los Marr y de los Williamson estimaba que la degollacion se habia efectuado con ayuda de un cuchillo de estraña forma.

Ahora bien, se recordaba que pocos dias antes Williams habia pedido prestado a un marinero un cuchillo frances de forma muy estraña.

Se rejistró entonces el desvan, comunicadas estas sospechas a la policia, para encontrar efectivamente la cesta de herramientas de Petersen. Pero faltaba de ellas el martillo.

No léjos de la cesta, en un monton de trapos y de andrajos, se encontró un chaleco que todos juraron haber visto en poder de Williams. Envuelto en este chaleco, lujosísimo, que él usaba únicamente en sus operaciones de gala, estaba el cuchillo sospechoso.

Luego se encontraron el ámplio capote del hombre misterioso, el frac azul de botones de oro, los guantes elegantes. La conviccion estaba formada y Williams fué aprehendido.

Llevado ante las autoridades nada respondió. Se encerró en un silencio firme y altanero, cruzándose de brazos en actitud de inquebrantable resolucion ante las amenazas de los majistrados. El dia de su captura fué un viernes.

Willimans no se abatió ante su suerte. Como el jeneral que pierde la batalla, como el capitan que ve naufragar su barco, comprendió que la derrota y el naufrajio no dejan sino un solo camino honroso y digno al jefe vencido, al capitan náufrago: la muerte.

Recibirla a manos de los verdugos, manchados por el contacto de tanto criminal vulgar y cobarde, era un oprobio insoportable para un hombre de su temple y condicion.

Pasar ante una coleccion de jurados que lo sentenciaban de antemano y recibir las injurias de la multitud, soportar su curiosidad y escuchar sus amenazas, eran cosas que no tenia para qué afrontar.

Estaba encerrado en el mas seguro de los calabozos, con una fuerte guardia. Todo hacia creer que no podia escapar al proceso que en breve se iniciaria. Y, sin embargo, se les escapó con entereza por la puerta mas ámplia y mas doble.

En la noche del sábado que siguió a su prision se le encerró sin luces en un calabozo. Quedaba tan sólo en medio del techo la barra de fierro que servia para sostener la lámpara acordada a los detenidos vulgares.

Esa barra era lo que necesitaba. A una hora que ha quedado en la incertidumbre se colgó de ella, ahorcándose de sus ligaduras de seda, suprema elegancia, única en la historia de este jénero de muertes, despues de la del

príncipe de Inglaterra, que pidió como única gracia ser ahorcado en un barril de vino de malvasia.

Y la opinion jeneral fué que Williams se acercó a los labios la copa suprema a la misma hora de media noche en que quince dias antes hizo beber el caliz de la muerte a los Marr.

Así terminó.

¿Quién era? Nunca se pudo saber. Quizá un príncipe de rejia estirpe dominado por una monumental fantasia, quizá un antiguo sacerdote íntimamente entusiasmado por los ritos del sacrificio, quizá un veterano del mar y de sus tempestades, acostumbrado a emprenderlo todo, a dominarlo todo, a trueque de conseguir el máximum de sus placeres y caprichos.

En todo caso fué un hombre terrible, grande, de imajinacion poderosa, vivo, audaz, pronto como un tigre, cauteloso como una serpiente, enérjico, osado y temerario. Y en todo caso un ser superior e incomprensible, destinado a la admiracion mas que al horror.

.....

.....

Tal fué la lectura que mas me subyugó en mi infancia y que me ha seguido fascinando estrañamente toda la vida.

Pero noto que la he dejado demasiado léjos por ensimismarme en recuerdos y divagaciones a esa infancia que no me es cara ni aborrecida, pero en la cual sufrí bastante por las humillaciones de mi pobreza.

En la escuela era siempre uno de los primeros. Y ese primer puesto me proporcionó la primera humillacion que he recibido de los ricos, de los felices en la vida. Tenia yo apenas trece años. El virtuoso cura del pueblo nos preparaba para la primera comunion.

Era costumbre que el alumno que ocupara el primer puesto en la escuela del cura estuviera en un sitio de ho-

nor la procesion de la primera comunion y en toda la ceremonia de la iglesia. Y yo era ese primero. Habia en seguida el hijo de un poderoso negociante del pueblo, primero cerrajero y luego fabricante de cajas de fondo. progreso que era imájen fiel de sus avances en la fortuna.

Ese muchacho habia hecho lo humanamente posible para pasarme. No debia ser mas capaz que yo cuando nunca, por mas esfuerzo que gastara, pudo aventajarme. Él codiciaba con toda su alma ese primer lugar en la fiesta que no iba a poder alcanzar. Su padre le habia prometido un traje hermosísimo y lujoso para esa ocasion. Pero de qué podria servirle si no lo lucia en el puesto de honor?

Una mañana, mui poco antes del dia señalado, me convidó a su casa. A los pocos minutos llegó su padre y me saludó con una afabilidad que contrastaba con el tono terco que siempre habia usado para conmigo y toda mi familia.

—Muchacho, me dijo, llamándome aparte: Mi hijo desea con toda su alma ser el primero de la clase para ocupar el puesto de honor en la iglesia. Debes pensar que no estarás toda la vida en la escuela y que será preciso que trabajes mui pronto. Si eres bueno y consigue mi hijo lo que desea, te tomaré despues como aprendiz y podrás hacer carrera.

Pensé con amargura que mi padre no se habia acordado de mandarme un céntimo para comprar los trajes de fiesta, que mis abuelos, que apénas tenian para vivir, arruinados en los últimos años por una serie de golpes de fortuna, podrian a duras penas procurarme un atavío modestísimo.

De qué me serviria pues el puesto de honor? de pretesto para hacerme el blanco de las sátiras de mis compañeros y de las críticas de todas las madres despechadas. Tomé mi partido rápidamente.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—Está bien, le dije al comerciante. Hablemos claro. Lo que yo necesito es presentarme bien vestido como corresponde a mis antecedentes de familia. Deme usted ahora mismo cincuenta francos que necesito y su hijo tendrá el primer lugar.

Aceptó sin vacilar.

Fué ese el primer mercado que hice de mi capacidad, la primera y mas indeleble humillacion que la necesidad me obligó a sufrir: vender mi primojenitura por un vestido.

Desde ese dia no fuí mas el primero. Cumplí mi promesa con amargura en el alma y el hijo del negociante ocupó el primer lugar comprado con su dinero mientras oia a todos en torno mio que iba el segundo, condenando en voz baja mi repentina incapacidad y la poca intelijencia que habia demostrado en los últimos dias.

El padre de mi amigo fué jeneroso; me tomó en su casa como dependiente y aprendiz. En pocos meses hice rapidísimos progresos en la cerrajeria y en el arte de la fabricacion de complicadas e injeniosísimas cerraduras para cajas fuertes.

Por ese tiempo hubo una serie de ferias en la comarca. Vinieron prestidijitadores de los Campos Elíseos de Paris, señores todos de hermoso frac blanco, monóculo y palabras insinuantes y agradables, que pronunciaban larguísimos discursos y ejecutaban una multitud de prodijios. Esa jente tan amable me pareció estraordinaria y de un talento superior al de los hombres mas célebres de la historia.

Así me fuí apasionando por sus juegos de mano y dejándome llevar de la idea de que algun dia podria superarlos.

Pensaba que con mi facilidad para descifrar las cerraduras mas injeniosas podria en breve tiempo dar un número muy agradable como ayudante de uno de estos prestijitadores. No dejaba tampoco de pensar que en esa

ciencia debia necesariamente haber algun mas allá, algun exelsior deseado y probable de alcanzar con el esfuerzo y la constancia.

Seguí por algun tiempo en mi trabajo. Era un obrero intelijente que gozaba de toda la confianza del patron. Si no hubiera sufrido de la obseion de ser independiente, de visitar tierras y de hacer fortuna, me habria quedado en ese puesto. Habria talvez llegado a convertirme en un honrado burgues y al cabo de treinta o cuarenta años habria reunido una pequeña renta granjeándome los cordiales deseos de mis herederos para que dejara mi puesto en el mundo cuanto ántes.

Pero en cambio, no habria pasado por las miserias y desgracias de que estoi harto, ni habria jugado mi vida en mil oscuras incidencias que hasta ahora nada de positivo me reportan. Pero esto es rebelarse contra el destino.

A los catorce años murió mi padre, dejándome mui poca cosa. A los 16 estaba desesperado de vivir en mi casa. Sentia la nostaljia de correr el mundo, de verlo, de tener aventuras.

Un dia salí de mi casa sin despedirme y no he vuelto hasta ahora. Tomé el tren en compañia de un prestidijitador que se habia hecho mui amigo mio en una reciente feria habida en el pueblo. Me encontró dotes para el arte y pronto fuí su ayudante

Corrimos asi un año por todos los pueblos de provincias. Llegué a ser estremadamente hábil en el arte que profesabamos todas las noches y hasta inventé algunos tricks nuevos en que mi fuerza nada comun se unia al injenio. Toda mi locura por ese entonces era inventar una llave universal a la que no resistiera cerradura alguna.

Mi número favorito era todas las noches la apertura de cualquier cerradura de secreto o de relojeria, por complicada que fuera. Pascal a esa misma edad resolvia los

mas complicados problemas a primera vista, Gounod tocaba cualquier sinfonia en cualquier instrumento y yo por mi parte abria la cerradura mas injeniosa y estraña que se me presentara.

Pronto mi fama cundió por esas comarcas. Me traian a porfia cuanta cerradura rebelde habia en el pueblo. Hasta algunas casas de comercio me llamaban para resolver alguna dificultad mecánica de sus cajas. Me hice asi de un inmenso surtido de llaves. Surtido que nunca me ha abandonado.

La principal atraccion de mis representaciones consistia en encerrarme con solo un punzon y un resorte de reloj en el interior de una gran caja fuerte cerrada con cinco diversos sistemas de chapas, por cinco espectadores elejidos al azar. Luego en quince minutos salia yo de adentro como por arte del demonio habiendo hecho funcionar las cinco chapas. Los aplausos estallaban con furia icontenible y yo me sentia feliz.

Durante mis representaciones en una gran ciudad noté que desde el fondo de un palco cercano a la escena, una hermosa mujer fijaba en mí con rara insistencia sus grandes ojos azules.

Seguí esa mirada con indiferencia distraida al principio, con profundo interes mas tarde. Tanto la desconocida como lo dos individuos de edad madura que la acompañaban parecian seguir con el máximum del interes mis diversas pruebas de forzadura científica de chapas.

Una noche a la salida del teatro uno de los compañeros de la desconocida del palco por la cual comenzaba a sentir real afeccion, se me acercó repentinamente y me dijo:

—Caballero, debo proponer a usted un negocio que le puede convenir.

—Ruego a usted que se esplique.

El desconocido me hizo prometerle y jurarle solemnemente que aun en caso de no aceptar, a nadie revelaria

el secreto de nuestra entrevista. Lo prometí sin dificultad.

El hombre me hizo saber entonces de lo que se trataba. Se me necesitaba únicamente para abrir una gran caja fuerte, de dificilísimo y desconocido sistema. Se me pagaria por ello la suma de veinticínco mil francos. Cuando le pregunté el contenido y el dueño de esa caja, me respondió sorbiendo una gran narigada de rapé.

—Ese es mi mayor secreto, caballero. ¿Aceptais o no?

—No.

El hombre se inclinó cortesmente y volvió a subir a un carruaje que lo esperaba a pocos pasos de distancia. Al traves de los cristales empañados por el frio mi bella desconocida me miraba siempre con profunda intencion. Esos ojos parecian agrandarse al cruzar con sus rayos el medio semi-trasparente que nos interceptaba. ¿Qué me dirian esos ojos? Estuve a punto de aceptar por encontrarme al lado de ella. Pero ya el coche estaba léjos.

Dos noches despues, me habia acostado rendido de cansancio, tras una representacion en que el entusiasmo del público llegó a su grado áljido y me hizo repetir varias veces cada uno de mis esperimentos mas fatigosos. De repente llamaron a la puerta. Abrí renegando del visitante.

Un mensajero del teléfono se me presentó diciéndome que un pariente mui cercano deseaba hablarme por ese servicio a fin de hacerme una comunicacion de importancia. La estacion del teléfono estaba a cuatro o cinco cuadras de distancia. Debia atravesar para llegar a ella una calle de estramuros completamente solitaria a esa hora.

El muchacho corrió adelante de mí y pronto lo perdí de vista.

—No se apure, no se apure, gritó alguien detras de mí.

Antes de que pudiera volverme dos individuos me habian tomado por los hombros reduciéndome a la impo-

tencia. Eran mis desconocidos del palco. Iba a gritar pero sentí en la frente el frio del cañon de un revólver.

—Diga usted una palabra y aprieto el gatillo!

Me encontraba pues en manos de un par de bandidos que sin escrúpulo ninguno podian acabar conmigo. Me dejé llevar del brazo al traves de las calles mas oscuras de la ciudad hasta llegar a la puerta falsa de un café o garito. Subimos una escalera oscurísima y luego entramos en una especie de subterráneo que llevaba quien sabe a donde.

Nos encontramos al fin con una pnerta de hierro. Apoyando la voz con el revólver se me ordenó que abriera esa puerta.

No tenia otro remedio que obedecer. Mientras trabajaba en la cerradura pensaba cómo podria escaparme de ellos. Al fin la puerta se abrió, pero en vez de dejarme entrar primero, uno de los bandidos me precedió.

No me cabia duda alguna de que estábamos asaltando un Banco o una gran casa de joyas. Una segunda puerta de hierro nos interceptaba el paso algunos metros mas allá.

Con dos o tres golpes en la parte posterior del cerebro dados con la empuñadura del revólver, se me convenció de que debia hacer lo mismo que con la primera cerradura.

Era ésta una delgada puerta de acero de hoja cortante como el filo de un cuchillo. A la media hora cedió a mis esfuerzos. Dando un salto hácia adelante pasé yo primero y sujeté la puerta La mano de uno de los malhechores se aferró firmemente a las colas de mi jaquet. Cargué entonces a todas mis fuerzas con la espalda para cerrar, costara lo que costara.

La hoja filuda de la puerta estrechó la mano del bandido que lanzó un terrible grito de dolor sin soltar su presa. Seguí apretando con todas mi fuerzas y la puerta

obedeciendo a mi presion se cerró por fin como ántes, haciendo oir un horrible chirrido de huesos cortados y de carne desgarrada.

Habia cortado como los cirujanos la mano de mi compañero forzado de crímen. Delante de mí se presentaba una corta escalera, la bajé y me encontré en un pequeño subterráneo. Era sin duda la bóveda del Banco. Una ventanilla estrecha traia al traves de férreos barrotes la luz amortiguada de la luna. Era ese sin duda el objetivo del gran golpe de los ladrones.

Me volví para buscar cualquier salida ya que si se me sorprendia allí mi situacion no podia ser mas comprometida. Con gran horror mio divisé pegada a la ventanilla la cara del mas alto de los ladrones.

Levantó rápidamente el brazo y disparó su revólver sobre mí. Sentí un dolor agudísimo y rodé por tierra. En el mismo instante un hombre penetró corriendo en el subterráneo. Era el guardian del establecimiento atraido por el disparo. Pasó a mi lado sin verme en la oscuridad y se acercó al ventanillo.

En el mismo instante el bandido disparó por segunda vez y el guardian se desplomó sin exhalar una queja. Me sentia cada vez mas debilitado por la pérdida de sangre. Tenia la muñeca rota por una bala.

Estaba ya medio desvanecido cuando sentí gritos y esclamaciones. Un tropel de policiales y vecinos penetró luego en la habitacion encontrándome al lado del cadáver del guardia.

Todas las apariencias estaban contra mí. Habia tratado de forzar las bóvedas de una gran casa de comercio. Mis cómplices habian dado muerte al guardia.

Los criminales habian preparado sin duda alguna el golpe abriendo un largo forado hasta el jardin de la casa. Al ver que yo me salvaba de sus manos quisieron vengarse y asomándose al ventilador dispararon sobre mí.

No pude probar mi inocencia. Los jurados sonrieron ante la historia que yo les contaba. En vista de mi juventud y de mi conducta anterior intachable me condenaron a dos años de prision.

Así pasé a vestir el uniforme de los presidarios sin haber cometido falta ninguna. De mis supuestos cómplices no se encontraron rastros. Sin duda habian abandonado la ciudad al ver fracasar su golpe.

El tiempo en una prision debe algun dia cumplirse fatalmente. Eso me instó a esperar y a pensar en vengarme.

CAPÍTULO IV.

Pasatiempos de presidio

El amor a los presidarios que han despertado los criminalojistas y penalistas en el corazon de los Gobiernos, hace ahora que la vida de cárcel sea mui confortable para los condenados a penas relativamente cortas.

En esas celdas pequeñas, pero confortables, puede meditarse con el recojimiento de un anacoreta en la etapa de la vida que se comenzará apenas se cierren tras uno las puertas de la prision, satisfecha ya por la falta purgada tras sus murallas. Los planes de venganza o de trabajo se maduran allí mejor que en ninguna parte. Se trabaja pocas horas al dia para ganarse el sustento y hasta para ahorrarse algun dinero a fin de no recomenzar la vida libre con las manos en los bolsillos. Se hace uno tambien de espléndidas relaciones, de amigos fieles para toda la vida, de maestros amenos y científicos, de conocimientos que pueden sacarnos de apuros en cualquier situacion crítica.

Yo me capté las voluntades de ambos lados, a pesar de que ninguno creyó mi historia. Las autoridades de la prision me colocaron en breve en un puesto de confianza. Tuve a mi cargo la vijilancia de una seccion en el comedor y el servicio de una pequeña biblioteca destinada a los reos que se portaban mas dignamente.

Así me hice íntimamente amigo con el músico de la prision, un hombre estraño que los sábados por la tarde ejecutaba maestramente en el armonium de la antigua capilla una serie de composiciones que deleitaban a los detenidos. Era un ingles rapado, seco, delgado, de elevada estatura, con aspecto de clérigo antiguo, lo que hacia que sus compañeros lo llamaran Abate.

Nadie sabia por qué estaba allí el Abate. Hacia muchos años que no abandonaba la prision y nunca jamas hablaba con nadie de la fecha de su libertad. Debia ser, pues, ésta mui remota.

Por las tardes, dada nuestra buena conducta y nuestra situacion superior a la de los demas encarcelados, se nos permitia quedarnos una hora despues de la recojida jeneral.

Conversábamos, leíamos en la pequeña salita de la biblioteca hasta que el reloj de la prision daba las diez de la noche. Apagábamos entonces el cigarro y nos retirábamos a dejar correr una noche mas de nuestro encarcelamiento, un paso mas hácia la libertad, que esta vez debia ser eterna, segun nuestros proyectos.

Como es natural, pronto agotamos nuestros recuerdos y pasamos en revista la historia de los criminales mas famosos que habia en la prision.

Una noche le conté mis impresiones de Williams, a quien consideraba el maestro de todos los asesinos.

Con gran sorpresa mia, el Abate no fué de la misma opinion.

—Aunque Williams es compatriota mio, me dijo, no lo

admiro. Considero mui prosaico eso de matar a su víctima a golpes. Cierto es que talvez sea mas científico, mas humano, hacer desaparecer de ella la desesperacion, la angustia suprema de la muerte y sus dolores

Pero aparte de eso, nada de bello tiene el matar a un sér humano, intelijente y noble, de la misma manera que a un buei, estúpido, casi inanimado. Es preciso hacer todo honor a todo señor: dar a cada sér la oportunidad de comtemplar de frente su muerte, de pesarla, de medirla y de afrontarla como un rei de la creacion. Y los reyes deben morir con los ojos abiertos, con entera conciencia de su próximo aniquilamiento.

Cuanto mas crueles encuentro los crímenes de otro compatriota mio, el doctor Palmer! Era un hombre jóven, talentoso, gozaba de una gran reputacion y disponia de una enorme clientela.

Estaba casado con una mujer que amaba. Pero un dia jugó fuertes sumas en el turf, y perdió. Suministró entonces una fuerte suma de antimonio a la madre de su esposa. La buena señora murió en pocos dias, dejando una fuerte herencia.

Palmer pagó, respiró, fué feliz breve tiempo. Pero no pudo abandonar su terrible aficion a las apuestas. Un demonio terrible lo cegó. Su mujer estaba asegurada en una gruesa suma. Pensó en apoderarse de ese seguro.

Vaciló, luego rechazó esa idea; pero la tentacion volvió a asediarlo. Si no cobraba una suma parecida, era hombre al agua. Volvió a comprar antimonio y se lo suministró a ella. La jóven murió en la misma forma que la madre; pero ántes de espirar tuvo una vision verdaderamente adivinatoria, y descubrió que moria en la misma forma y por la misma mano que la autora de sus dias. Reprochó entonces a Palmer su crímen y le predijo que a este seguirian otros y otros, hasta el momento en que su destino lo haria subir al cadalso. Palmer se encojió de

hombros; certificó él mismo que su esposa habia muerto del corazon, y cobró el seguro.

Aseguró luego la vida de una hermana de su esposa, que sufrió luego la misma suerte en poco tiempo. Y Palmer perdia y perdia en su pasion fatal todo el precio de la sangre de sus parientes. Decididamente habia algo de diabólico que lo hacia perder y lo lanzaba de crímen en crímen.

A los tres años habia visto apartarse de él a toda su clientela, que veia con sorpresa su cambio en un médico distraido y huraño.

Tenia dos íntimos amigos y compañeros de club, con los cuales apostaba gruesas sumas en toda reunion de carreras. Ellos le habian adelantado ya grandes cantidades. Un dia jugó y perdió nuevamente. Uno de esos amigos era su principal acreedor. Lo invitó entonces a pasar el dia en su casa y le suministró la dósis fatal. El amigo cayó presa de horribles dolores internos, perdió el pelo, los dientes y en breves dias se convirtió en una ruina humana, que apenas podia moverse.

Palmer lo cuidó solícitamente, con escepcion de un dia que hizo un apresurado viaje a Epson, a cobrar a un bookmaker una gruesa cantidad ganada por su amigo. El infeliz murió por fin en el misterio y fué enterrado gracias a un certificado del propio Palmer.

Un tio suyo, asegurado tambien a su favor, corrió la misma suerte. El público comenzaba a apartarse con terror de esa casa fatal, en que habian ocurrido tantas defunciones en tan poco tiempo.

Quedaba el otro amigo. Palmer fué a alojarse por algunos dias en su casa a raiz de una reunion de carreras en que habia vuelto a perder. El antimonio hizo pronto su efecto, el hombre se moria de un decaimiento jeneral, se agotaba por minutos.

Sobrevino entonces un jóven médico pariente del amigo

que esperimentaba un estraño presentimiento al ver que todas las personas que rodeaban a ese doctor sufrian una muerte idéntica.

El enfermo se recobró lentamente, y cuando estuvo a punto de sanar, el pariente se alejó, convencido ante la abnegacion de Palmer, que no se separaba un dia de la cabecero, de que habia hecho un mal juicio de su persona. Apenas partió, el enfermo volvió a empeorar y sufrió una violenta crísis.

Al ver que agonizaba, Palmer por un estraño capricho verdaderamente satánico se inclinó sobre su almohada y le contó que moria envenenado como sus predecesores. El moribundo dejó caer la cabeza verdaderamente anonadado.

Pero demoró en morirse pocas horas mas de las calculadas por su asesino y el jóven pariente alcanzó a llegar antes de que espirara. Reuniendo sus últimos alientos pudo contarle cuanto sucedia.

Palmer fué arrestado en el momento en que cobraba el quinto seguro. Sobrevino luego la declaracion del botica, rio que le habia vendido grandes cantidades de antimonio y aun cuando negó hasta el último instante haber asesinado a su esposa, su suegra, su cuñada, su tio y sus dos amigos, fué ahorcado en presencia de una enorme multitud estremecida de horror y de admiracion ante la sangre fria que habia tenido para cometer tanto crímen.

Y quedó en el ánimo de todo el mundo como una cosa cierta que el doctor se daba el placer de contar a sus víctimas en la agonia la verdadera causa de su muerte lenta y horrible y de aspirar con fruicion sus últimos suspiros de horror y desesperacion.

No era ese el único crímen célebre que mi amigo conocia. Los dividia todos por categorias; crímen científico como el de Palmer, crímen pasional, crímen impulsivo-crímen por miedo, crímen por deudas.

Pero lo que él admiraba mas en cada orijinal era la forma en que hacia desaparecer los restos de la víctima, agotados e inútiles como son ahora los medios de que se valian los asesinos antiguos: el agua, el fuego, la tierra y el espacio.

La inutilidad de estos cuatro medios me la probaba con ejemplos. Hé aquí algunos. En los últimos meses de 1880 un farmacéutico parisien que empezaba a hacerse notar por algunos específicos mui en boga en el público, y que por consiguiente estaba en camino de hacer fortuna, se perdió de repente por causa de una mujer que amaba.

En efecto, la sorprendió un dia con otro amante, un vulgar estudiantillo del Barrio Latino. Y fué tal su ira que lo atravesó de parte a parte con el estoque de su baston. El hombre, cegado por las impresiones del momento, no pensó en correr a dar a la policia una esplicacion que lo hubiera salvado. Prefirió hacer desaparecer el cadáver.

No tenia sino breves horas por delante. El rio Sena estaba cerca, sus aguas negras podian salvarlo. Amarró entonces al cadáver una enorme cantidad de pesos de plomo, forrándolo materialmente y lo llevó arrastrando hasta las orillas del rio. El cadáver se sumerjió tragado por el abismo y el farmacéutico pudo respirar.

Tres semanas mas tarde los gases interiores hincharon el cadáver y dominando con su fuerza espansiva el peso de los plomos, lo devolvieron a la superficie como una gran boya. Se averiguaron rápidamente sus rencillas con Fenayrou, se le prendió y se le condenó. El agua fracasaba así. Mucho mejor le hubiera sido presentarse a la justicia en demanda de la absolucion que ésta no es rehacia para administrar en los crímenes pasionales. Su miedo a la resonancia escandalosa del asunto fué su ruina.

¿Y si en ves de echarlo al agua lo hubiera enterrado?

Tampoco habria salido mejor librado. Así lo prueba Troppman, el sanguinario asesino que acabó con una familia entera y la enterró en los alrededores de Paris.

Pero no habia contado con los perros hambrientos, mui abundantes en esas rejiones. El olor a la carne humana no se escapó a su olfato sutilísimo. Varios de ellos cavaron tesoneramente en el sitio donde estaban sepultadas las víctimas hasta poner a descubierto su nauseabundo y ambicionado festin.

Aun no terminaban su comida macabra cuando fueron sorprendidos por un guarda-bosques. El individuo dió parte a la policia y ésta reconoció en los cadáveres a la familia entera que faltaba. Troppman, el rei de los asesinos franceses, victorioso en una prolongada lucha con los mas espertos sabuesos de la policia, caia a su vez derrotado, humillado por un perro.

Queda el fuego. Allí encontró su pérdida Carrere, el gran Carrere, que despues de acuchillar a su víctima, un cobrador de Banco de Francia que llevaba encima una fuerte cantidad de dinero, lo descuartizó tranquilamente y en seguida lo quemó en un hornillo de alta temperatura hasta practicar la mas perfecta calcinacion en el espacio de 20 horas. Pero no habia rejistrado bien a su víctima para sacar del hornillo un cinturon de acero que usaba constantemente. Quedó entre las blancas cenizas del infeliz ese cinturon como viva acusacion del crímen.

Carrere hubo de caer pues a este indicio fatal.

Lo mismo sucedió con Menesclou, un adolescente de 20 años que descuartizó a una niñita de cinco años y empezó a quemarla en la chimenea, se le espió por una claraboya y cayó.

En fin, el cuarto medio fué ensayado por un hombre de ciencia, un médico apellidado Lebiez, que despedazó menudamente con toda su ciencia anatómica a una vieja usurera, la madre Martin.

El médico en cuestion dedicó por lo ménos dos dias a despedazar concienzudamente el cuerpo de su víctima, llevándolo en numerosos viajes hasta su modesto cuarto de estudiante recien emancipado.

Procedió luego a empaquetar esos restos en una caja de coquetona, factura que remitió como equipaje por ferrocarril a Rennes. Quedaba, pues, enteramente tranquilo respecto del secreto de su crímen.

Precisamente ese dia iba a dar un paso importantísimo para su carrera futura, debia dar en un salon público una importante conferencia. Habia escojido un tema asaz estraño "La necesidad de la Crueldad en la lucha por la Existencia".

La conferencia resultó soberbia, el doctor Lebiez habló con una fogosidad y un convencimiento admirable en defensa de su tesis. El auditorio, vivamente sorprendido ante su orijinalidad, su talento y su elocuencia, aplaudió vivamente viendo en él a una verdadera esperanza de la ciencia. Pero quince dias mas tarde cuando la clientela atraida por su conferencia empezaba a llenar los bolsillos de Lebiez, un incidente terrible vino a recordarle que habia debido asesinar a la "Madre Martin" para pagar el frac con que asistiera a la conferencia.

A pesar de la minuciosidad con que habia procedido al descuartizamiento, habia olvidado poner un específico bastante fuerte para evitar la putrefaccion de los restos. Y esa caja que nadie reclamaba empezó a despedir un mal olor tan fuerte que los empleados de la estacion de Rennes acabaron por abrirla.

Llenos de horror dieron parte a la policia de su terrible descubrimiento. Entre las ropas de la víctima que envolvian los pedazos no fué difícil que una vecina reconociera algunas como pertenecientes a la "Madre Martin". Luego recordó esa misma mujer que el dia del crímen habia visto subir al jóven médico hasta el aposento de la

estinta y en breves horas todo estuvo claro como el dia.

He aquí los relatos con que mi interlocutor lleno de sangre fria me edificaba. Pude comprender que era un verdadero filósofo, un estilista del asesinato, apasionado por sus incidencias, por las proezas de sus maestros pero incapaz de cometer alguno, segun él mismo me dijo.

Habia confeccionado tres o cuatro proyectos espléndidos de asesinatos ruidosos, pero le habia faltado valor para cometerlos. Dejaba escrito esos proyectos que en la práctica habrian resultado grandiosos, increibles por si algun dia caian en manos de un aficionado de suficiente corazon para practicarlos.

Él amaba esa reputacion que han tenido los grandes asesinos ante la simpatia de públicos como el parisien. Bastaba afectar un jesto displicente, un ademan de artística despreocupacion para apoderarse de la admiracion de ese pueblo que amaba el arte hasta en las peores manifestaciones de la maldad humana.

Como ejemplo me recordaba a Pranzini, el asesino que despues de cometer su crímen se hizo sonriendo abrir la puerta de la casa por la portera. A Troppman, cuya degollacion de una familia entera llegó a ser calificada de absolutamente orijinal por un periodista.

Su máxima favorita era la de Avinain:

—"¡Sobre todo, negad siempre!"

Eso no le impedia tambien tributar una admiracion sin reservas a las pseudas víctimas cuya sangre fria las habia librado de la mas segura de las muertes. Recordaba el caso de Pedro el Grande que penetró en casa de uno de sus grandes señores en los momentos en que éste daba un festin para acordar su asesinato.

El soberano conocia los pormenores de la conjuracion y sabia que iba a meterse en la boca del lobo. Pero era la única manera de evitar que se le sorprendiera cualquier noche en su lecho y se le matara como a un perro.

Se sentó, pues, afectando suma cordialidad a la mesa de los conjurados y tomó parte en el festin. Desconcertados al principio, los grandes señores fueron reanimándose poco a poco hasta pensar en realizar de un golpe su plan ¿Por qué no? ¿No estaba allí mismo la víctima indicada? Los semblantes fueron animándose y jestos y palabras inequívocas se cruzaron entre los comensales. Tomó nota Pedro el Grande de los mas ardorosos entre los conspiradores y cuando éstos ponian ya la mano en el pomo de sus espadas para traspasarlo, se levantó de su asiento y sacando un silbato lo hizo resonar.

En seguida advirtió a los conjurados que la casa estaba rodeada por sus tropas, que tenia la evidencia de sus siniestros designios y que los que desearan suicidarspodian hacerlo allí mismo sin inconveniente alguno de su parte.

Menos sanguinario pero mas rápido fué Descartés. Se habia embarcado el gran sabio en un buque que debia conducirlo al lado de Cristina de Suecia, su rejia amante. A las pocas horas de navegacion notó que estaba equivocado de buque.

La tripulacion se componia de piratas que, convencidos de que no sabia el aleman, se pusieron a discutir en ese idioma en qué forma lo asesinarian mas rápidamente. La mayoria se inclinaba a echarlo al agua con una bala de a 30 amarrada a los piés.

Pero no alcanzaron a ponerse de acuerdo porque el sabio trasformando su célebre "yo pienso, luego existo" en un "yo ejecuto, luego existo" desenvainó su espada y cayó sobre los marineros que, llenos de espanto, le pidieron perdon y lo desembarcaron en una costa cercana sin hacerle el menor daño.

Ese asesino teórico se resistió siempre a contarme el por qué de su prision. Finalmente me confesó en un arranque de confianza que habia subido en un tren que

se dirijia a Niza, con el propósito de cometer un crímen espléndido.

Llevaba un muelle de acero unido a una pelota del mismo metal. El muelle oculto en su brazo derecho dejaba en un momento dado escapar la bola de acero que iba a estrellarse con la fuerza de una bola en el punto de mira. Habia tenido noticias de que se dirijia a Mónaco un rico príncipe ruso, inventor de un sistema para quebrar la banca de Monte Carlo. Llevaba consigo indudablemente una gruesa suma.

Subió al tren y antes de llegar a la última estacion de la frontera, entró al compartimiento indicado. No iba el príncipe deseado en su interior, sino una vieja inglesa que le preguntó rudamente qué se le ofrecia.

Despechado el abate, apretó el muelle y la bola salió silbando, rompiéndole el cráneo a la infeliz viajera, cuyos sesos salpicaron las paredes del wagon. Llevaba apenas unas cuantas libras esterlinas, bien pobre, botin por cierto, para un asesinato. Mi amigo sintió una pena profunda por haber mal gastado su invento. Era preciso ahora escapar, lanzarse tren abajo. Pero un choque nervioso le quitó todo el valor al ver que el convoi habia tomado el máximum de la velocidad.

En esos precisos instantes un controlador de boletos asomó por la portezuela del wagon. Con un arranque supremo de desesperacion se precipitó a su encuentro y trabó con él una lucha feroz, pretendiendo arrojarlo por el precipicio que serpenteaba el convoi.

El empleado probó ser mas fuerte y en breve instantes lo maniató como un paquete cualquiera. Detenido el tren, pudo comprobarse el crimen.

Se trataba de una pobre enfermera inglesa que regresaba a su patria despues de atender a los oficiales turcos en la guerra con Rusia. La abnegada mujer habia pasado dos años de sacrificios a la cabecera de los heridos de ese pais como la mas solícita de las madres.

Ellos, en reconocimiento, le habian costeado un pasaje de primera clase para regresar a su patria, donde le fijaban una corta pension que debia resarcirla de sus fatigas y enfermedades. No podia darse pues una víctima mas digna de compasion.

La condenacion a muerte de mi amigo era segura. No le quedaba sino un camino para librarse del patíbulo. Alegar un caso de locura súbita e irresistible. Pero se le habia dado un abogado jóven, recien recibido, que podia ser de talento pero en cuya capacidad para probar la locura de su cliente no creia.

—¿Sabeis que inspiracion me ausilió?—continuó el Abate,—para infundir a ese jóven la conciencia de mi locura? Pues, mui sencillo. Le hice pasar el mas terrible de los sustos.

"Se nos permitia conferenciar con nuestros abogados en una pequeña celda especial, verdadera jaula, en la cual un guardian nos dejaba encerrados con el abogado.

Tomamos asiento. Una mesita estrecha nos separaba. Podiamos apoyar asi sentados la espalda en las paredes de la jaula. Tomé el aire mas estraño y feroz del mundo.

Con la cabeza inclinada sobre mis manos cruzadas sobre la mesa, dejé oir dos o tres estertores de fiera en contestacion a las preguntas que me hacia el abogado.

El hombre comenzó a alarmarse. Luego estiré las manos, retorciéndolas sobre la mesa como si buscara algun pescuezo que estrechar entre los dedos. Debia tener una actitud soberanamente viciosa de estrangulador en esos momentos.

Mi aspecto causó una profunda impresion a mi interlocutor. Sin duda habia comprendido que yo era el mas fuerte, que antes de que el guardian pudiera abrir la puerta ya lo habria tendido sin vida a mis piés.

Hizo entonces esfuerzos sobre humanos para disimular

su terror. Pero el temblor de su voz lo traicionó. Extremé entonces mis ademanes de inconsciente y comencé a dar vueltas lentamente a la mesa como tratando de acercarme a él.

Un instante mas y el abogado desfallecia. Habia comprendido que estaba con un loco peligrosísimo cuyos arranques no respetaban ni aun a la persona ocupada en salvarle la vida.

En ese instante el guardia que abria la celda para poner término a la entrevista, puso tambien término a esa comedia. Afecté el aire de un hombre que despierta de una larga pesadilla y rompí a sollozar, declarando a mi abogado que sentia como si mi cerebro amenazara estallar en átomos.

Yerto, helado, salió sin contestarme una palabra. No volvió a hablarme sino delante de testigos. Pero el recuerdo del susto que habia pasado le inspiró una perorata tan vehemente en el juicio definitivo, que arrancó lágrimas a la concurrencia y al jurado una sentencia con circunstancias atenuantes en vez de la muerte prescrita para casos semejantes.

Y asi el abogado me hizo un gran servicio a mí y yo se lo hice a él, porque si no hubiera hablado bajo la impresion de ese susto, no habria ganado sus espuelas de gran caballero de la elocuencia ni la base de una de las mas soberbias carreras del foro frances.

Asi puede comprenderse que los dias trascurrieran rápidamente hácia la fecha ansiada de mi libertad. Cada uno de ellos me traia una nueva ligacion de simpatía para con el criminal teórico, que tan afable habia sido conmigo.

El por su parte habia tomado por mí el afecto de un padre. En sus orijinales meditaciones veia sin duda en mí al discípulo amado, al hombre destinado a ejecutar los crímenes que él soñara.

Por eso me repetia sin cesar sus proyectos y me agregaba las notas ilustrativas históricas que habia podido recojer en su concienzuda investigacion de los archivos del crímen.

Yo le habia contado mi historia y él la creia firmemente. Talvez por eso me habia sido tan simpático.

Pero estaba escrito que esa amistad no continuara por largo tiempo: una tisis hereditaria minaba lentamente el organismo de mi compañero y tres meses antes de la fecha fijada para mi libertad, tocó esa dolencia a su fin.

Yo lo atendí solícitamente y él no cesó hasta el último instante de darme consejos, ora atrevidos, ora sarcásticos, sobre mi futura "carrera"

Se moria lenta y majestuosamente, con la plena sangre fria y la entera posesion de su ánimo con que agonizan las víctimas de esa terrible enfermedad. Pocos hombres he visto que miren cara a cara con mayor entereza a la fatal soberana del Universo.

En su último dia con la barba crecida, los ojos hundidos y el rostro descarnado me pareció una vision de novela, una especie de abate Faria como el que evoca Dumas en su Conde de Montecristo.

Y esa evocacion me pareció completa cuando el hombre, inclinándose hácia el lado derecho, me dijo:

—Amigo mio. He aqui un secreto que no he revelado a nadie y que puede aprovecharte.

Y usando las últimas tonalidades de su voz entrecortada ya por la proximidad del estertor postrero, me confió, casi silbando, al oido, para que no oyera el guardian cercano un secreto hermoso, soberbio, radiante de talento y esplendidez.

El pobre preso habia suspirado largo tiempo por el dia de su libertad sabiendo que él le traeria la fortuna, la nobleza, quiza la felicidad. Alli estaban todos los papeles en que fundaba su secreto, informaciones preciosísi-

mas que sacó de un hueco habilmente oculto en la pared.

Nada podian servirle ahora, que al menos le sirvieran al hijo adoptivo de su cautividad, al hombre que le habia prestado los últimos ausilios y que él consideraba digno de ser su heredero.

Espiró pues sin haber cumplido los planes acariciados de su vida, sin haber logrado trasponer el límite de los treinta años que lo separaban del mundo honrado, del mundo altivo y libérrimo.

En la noche, cuando aprovechando la autonomia que habia merecido por mi bueua conducta, pude leer el contenido de esos trozos de papel, me estremecia ante su vasto alcance, ante la inspiracion grandiosa que los habia guiado.

¿Qué decia? Hé aqui mi secreto, digno de ser conocido solo cuando fracase mas adelante en el curso de mi vida.

¿Qué me resta de decir de mi vida en la prision? Estuve solo, triste, huraño, durante el tiempo que me quedaba. No hice sino soñar en lo que haria apenas se abriera la jaula que me encerraba y en medio de sueños de grandeza y de planes de ventura, la puerta de esa jaula se abrió cuando empezaba a perder la cuenta del tiempo sumerjido en mis ensueños.

Aquella mañana, el director me llamó a su despacho, me dirijió algunas palabras de simpática exportacion que salian de los límites de las que el buen señor dirijia a los que partian,—palabras que en tales casos enfriaba la casi seguridad de verlos regresar en breve. Me recomiendó buena conducta en el mundo tal como la habia observado en la prision y me entregó los pocos ahorros que me deparaba mi trabajo forzado.

Salí agradecido a aquel buen anciano, al que no he vuelto a ver y me diriji de lleno a la consecusion de mi plan

EN INGLATERRA

CAPÍTULO V

Hacia la dicha y la fortuna

Los salones de la duquesa de Marlborough rebosaban de invitados en esa noche memorable en que el hombre del dia, el hijo de lord Smith, recien llegado de lejanas tierras, tras dramáticas circunstancias, hacia su aparicion en ellos.

La duquesa se habia apresurado a convidarlo a raiz de los sensacionales artículos del *Daily Mail*, como la atraccion mas preciada de su salon. que habia visto pasar a todas las celebridades de la actualidad londinense.

El viejo emir desterrado del Afghanistan quedaba así relegado a segundo término, ante la curiosidad jeneral, con la entrada del joven baronet.

Qué historia mas curiosa, mas trascendental y mas sensacional que la de un jóven pálido, de facciones pronunciadamente distinguidas, que se habia presentado una mañana en las oficinas de un gran abogado, diciéndole:

—Soi el hijo lejítimo de lord Smith y, en consecuencia,

el único heredero de sus dominios, hoi en manos de otros parientes.

El juicio se habia iniciado prontamente, en medio de la espectacion y de la sorpresa jeneral. Se trataba de uno de los títulos mas antignos del Reino Unido, de un asiento en la Cámara de los Lores, de una inmensa fortuna rural que aseguraban 30,000 libras esterlinas anuales de renta.

Luego *The London News* publicó su retrato en primera fila, con minuciosas y fantásticas variantes sobre su historia.

Su padre se habia casado secretamente durante un viaje a Holanda con una hija del conde Fehrenberg, la cual falleció al dar el sér al único fruto de esa union.

Su padre, enloquecido por el dolor, habia regresado a su patria, terminando por consolarse casándose dos veces, sin acordarse para nada del hijo del matrimonio secreto que dejaba atras al cuidado de un antiguo mayordomo suyo.

Así, miéntras las dos nuevas esposas de lord Smith morian sin dejarle hijos, su único heredero olvidado en poder de sus humildes cuidadores, de los cuales creia ser hijo, pasaba la mas triste de las infancias.

Luego que llegó a los doce años, fué enviado a excelentes colejios del continente. Un individuo llamado Parsons, ayuda de cámara de lord Smith, era el que pagaba regularmente las pensiones subidas de los internados franceses.

Esa era la causa del lijero acento frances que dominaba en el ingles aristocráticamente castizo del último de los Smith. El jóven se cansó al fin de estudios y quiso saber quién era su padre.

Volvió entónces a Lóndres, donde lady Dover, la inseparable amiga de la reina Victoria, lo reconoció como hijo de la condesa Fehrenberg, de la cual habia sido

grande amiga, y lo enteró del secreto de su nacimiento.

La marquesa, en homenaje a la antigua amistad que la habia ligado con la madre del jóven lord, no vaciló en adelantarle varios miles de francos para ayudarle a los gastos que demandaria la reivindicacion de su posicion social.

Pero él, que jamas habia tenido tanto dinero junto, creyó que el tiempo le sobraba para darse a conocer con éxito y resolvió mas bien gastar ese dinero en una serie de viajes.

Fué así como visitó los paises mas exóticos y remotos del mundo, viviendo en ellos, cuando se le acabó el dinero, con los mas estraños oficios. Se decia que habia debido permanecer dos años como mozo en un restaurant de California para poder reunir las cantidades que le faltaban, a fin de venir a su patria a reclamar su puesto en la sociedad.

Pero cuando llegó, su padre acababa de morir y no dejaba una palabra concerniente a él en sus últimas disposiciones, creyéndolo talvez perdido para siempre en algun rincon del mundo o muerto oscuramente desde mucho tiempo atras.

Su padre adoptivo agonizaba tambien y despues de muchos ruegos consintió en entregarle una vieja biblia de familia de los Smith, en una de cuyas hojas estaba atestiguado debidamente el matrimonio de su padre y en otra la partida de bautismo de Ricardo, hijo del anterior.

Todo estaba en regla en ambas partidas, declarando los testigos y el sacerdote que las estendia, que eran ellas las únicas por no haber sido posibe sentar un matrimonio secreto en ningun rejistro.

Cuando se le preguntó si tenia alguna otra prueba, respondió afirmativamente. Y hé aquí cómo *The Sketch* publicaba los facsímiles de dos viejos pergaminos por los

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

cuales lord Smith reconocia su matrimonio con la hija del conde y el nacimiento del pequeño Ricardo.

La historia no podia ser mas romántica ni el contenido de esos documentos mas conmovedor.

"Circunstancias de familia me impidieron llamar a mi lado a ese hijo querido, decian esas letras temblorosas por la emocion y la ancianidad. Me sirvió de intermediario un mayordomo que lo educó y que quizas maliciosamente me dijo que ese niño se habia fugado del colejio para morir en Australia en trájica forma."

"Temeroso de haber sido mal informado, escribia mas abajo, dejaba ese documento en las pájinas de la Biblia de familia para el caso de que algun dia el hijo pródigo volviera."

Y ademas reforzaba estas declaraciones con el timbre de la familia un gran sello en rojo con una divisa latina.

Era, pues, indiscutible que el hijo de Lord Smith habia aparecido. Durante muchos años se habia zuzurrado en la corte que el antiguo amigo del príncipe Alberto debia necesariamente tener un hijo, algun heredero mas directo que ese hermano, el baronet Sir William, que quedó a su muerte dueño y señor de todos sus estados.

Todo el mundo deseaba conocer al jóven y fantástico personaje, todos querian ver al que en breve habia de ser reconocido como lejítimo señor de la fortuna de esa antigua casa.

La historia de su visita a su tio era aun mas conmovedora. El viejo baronet, al recibir una carta en que le revelaba quién era, le dió cita, lleno de sobresalto, en los jardines de su castillo, para poder arreglar el asunto en alguna forma.

El heredero se dirijió en esa fecha al punto fijado, y al entrar al Parque divisó a una jóven hermosísima que salia a dar un paseo en un brioso caballo. A la vista de un estranjero, que parecia salido de la tierra, el caballo se

encabritó y habria disparado a carrera tendida si el visitante no se precipitara a las riendas y lo sujetara con mano de hierro.

La jóven le dió las gracias con sonrisa verdaderamente anjelical, y tras una corta conversacion se despidió diciéndole que era la hija de Sir William, al cual pediria que recompensara su arrojo al salvarla de una degracia.

Esa mujer tocó profundamente el corazon del que venia en són de guerra a reivindicarlo todo. Dijo al temeroso ocupante de su fortuna que valia mas la pena esperar algun tiempo para arribar a un acuerdo que fuera ventajoso para ambos, ya que no era su deseo dejar absolutamente arruinado a un hermano de su padre.

El agradecido anciano no supo recompensarlo de otro modo que convidándolo a alojarse en el castillo mientras resolvian alguna fórmula de acuerdo.

La novela amorosa comenzó inmediatamente. La intimidad nació rápidamente entre el recien venido y la hija del dueño del castillo.

En quince dias el jóven lord lo olvidó todo: planes de reivindicacion, protestas por el despojo de que habia sido víctima, todo.

Acarició entonces en el fondo de su alma la idea de resolver esa dificultad del castillo uniéndose en matrimonio con la hija del actual poseedor de esos bienes que reclamaba. Así viviria feliz, tranquilo y sereno hasta el fin de sus dias, descansando de las amarguras de su primera edad y de las fatigas de sus largas correrias por el mundo.

Cuando aun no se resolvia a confesar su secreto, dicho mil veces al dia con los ojos a su bella prima, el anciano Sir William cayó fulminado por una apoplejia.

Conforme a las leyes inglesas, el título y gran parte de la fortuna debian pasar a manos de un primo lejano, el cual no se manifestaba dispuesto a ceder el paso al recien venido sin una séria contienda judicial.

Por eso llegaba a Lóndres el baronet sir Richard a quien todo el mundo auguraba un rápido éxito en la reivindicacion de su fortuna.

De todas partes se habia visto asediado por ofrecimientos de dinero a cuenta de sus futuros bienes. Habia aceptado lo necesario para los gastos de su pleito y algo mas para retribuir con largueza las atenciones de que era objeto.

Así, en pocos meses su lujo llamó la atencion de toda la metrópoli británica, las publicaciones de la prensa hábilmente calculadas para formar la opinion jeneral acabaron por rodearlo de una envidiable aureola de celebridad. Todo lo tenia y todo estaba a punto de alcanzarlo.

Esa noche iba a relatar una vez mas su historia. Sabia que a esa reunion asistirian majistrados. amigos del rei, nobles damas que se interesarian profundamente en su causa. De este modo iba a ganar un cincuenta por ciento de probabilidades.

La duquesa presentó graciosamente al apuesto y elegante jóven a las mas conspicuas de sus visitas. Un murmullo halagador llevó hasta sus oidos la prueba dorada de que habia sido simpático al primer golpe de vista.

Saludó, pues, desenvueltamente y fué a sentarse cerca de un gran abogado que lo contemplaba atentamente sin mezclarse al coro de las alabanzas jenerales.

Pronto la duquesa lo invitó a que recordara algunas incidencias de su vida, siempre que dicho recuerdo no le evocara dolorosas impresiones.

El jóven lord no se hizo rogar y refirió con una media voz suave y melancólica, vibrante al recordar los vejámenes de que habia sido víctima, tristemente apasionada al hablar de su padre, toda la odisea que habia llevado de tierra en tiera al hijo de la condesa Fehrenberg, perdido

en la vorájine del mundo, reducido a los mas humildes oficios, mientras otros gozaban de bienestar, de dicha que le pertenecian lejítimamente.

Nombre tras nombre de personaje ilustre, de alta dama que habian sido testigos de su desgraciada primera parte de su vida salian de sus labios y resbalaban la mas intima conviccion al ánimo de todo el auditorio.

No cabia duda alguna; ese era un lejítimo vástago de la noble raza de los Smith, descendientes altivos de Eduardo el Confesor. Todas esas personas que él nombraba gozaban de la mas pura y trascendental reputacion en la Corte británica.

Cuando terminó, las lágrimas acudieron a sus ojos y empañaron el metal de su voz, ora grave y persuasiva, ora temblorosa y triste. Y mas de una abrima de ojos bellos acompañó discretamente esa emocion tan justificada.

Solo el abogado que seguia en su atenta contemplacion de Smith, permanecia impasible, dejando errar de tiempo en tiempo por sus labios una sonricilla agridulce.

—Permítidme una pregunta, dijo cuando hubo terminado: ¿Vive alguna de esas personas que habeis citado en vuestro apoyo, vive Lady Dover, vive el mayordomo de vuestro padre, vive su ayuda de cámara, vive vuestro tio?

—Desgraciadamente la muerte los ha arrebatado.

—Sensible sin duda es que no tengais algun testigo en plena salud y vida.

—¿Dudais?

—No. Hago una observaciou simplemente. ¿Para qué habia de dudar?

Una granizada de flechas despedidas por los ojos irritados de los concurrentes se clavó en el rostro de ese escéptico que acababa de dar una estraña y perceptible entonacion de burla a sus palabras.

Era preciso, pensaban todos, que ese viejo abogado empezara a perder la cabeza con los años.

—¿Y cuando empieza vuestra causa? prosiguió.

—En veinte dias mas.

—¿Y estais seguro de ganarla?

—Tanto como de que vos estais presente.

—Y de que estaré presente ante la Corte.

—¿Cómo?

—Soi el abogado de vuestro pariente, que se cree el único heredero de lord Smith.

—Entonces nada tengo que deciros, caballeros, estais en la obligacion profesional de no creer en mis palabras.

—Y de poner a prueba su exactitud.

La duquesa interrumpió en este instante el diálogo que iba tomando un jiro áspero y molesto, ofreciendo una taza de te al pretendiente.

Al dia siguiente, sir Richard tomó el tren para el lejano condado en que estaba situado el castillo de Galloway, residencia solariega de la familia.

Alli lo esperaba su prima. Esa tarde habló con ella de su amor, de sus intenciones, de su aislamiento en el mundo y le pidió que fuera el eterno consuelo de sus tristezas.

Ella le contestó en la forma llana y franca de las jóvenes británicas. Le correspondia, le gustaba y seria su esposa apenas se dilucidara el enojoso pleito que aun los mantenia en suspenso.

Pasaron asi diez dias mas. Quedaban solo cinco para la primera audiencia de la causa. En medio de su felicidad desbordante, estrañas melancolias surjian del fondo del alma de sir Richard.

¿Seria posible que todo pudiera perderse en un momento? Y la vision del sarcástico abogado del salon de la duquesa de Marlborough se erguia ante sus ojos, amenazadora, enigmática, burlona.

¿Acaso ese hombre tendria el poder de dar en tierra

con tan bellos planes, de anular documentos claros y precisos, de destruir testimonios tan respetables como los que obraban en su favor?

Sin embargo ese terror crecia de dia en dia en su imajinacion. Faltaban solo cinco dias para que supiera a qué atenerse y el miedo seguia creciendo en tal proporcion que apenas habria de poder presentarse ante la Corte por sus piés.

¿Qué estraño fenómeno era el que dominaba a ese hombre en quien la suerte parecia complacerse a porfia en favorecer?

Ese quinto dia un hombre se presentó sin ser anunciado en el vasto salon del castillo y se dió a conocer en breves palabras. Era el escéptico interlocutor de sir Richard en el salon de la duquesa.

—Caballero, le dijo. Vos no sois sir Richard Smith.

Mudos de indignacion, el jóven y su prometida se pusieron de pié.

—Levantad vuestra mano derecho. Teneis en ella una herida.

Efectivamente la herida estaba en su mano.

—Cuál es la divisa de vuestra familia.

—"Ne varietor".

—¿Estais seguro?

—Sí.

—Pues os equivocais, es "Ne varietur" con "u". Ved aquí la carta de un joyero de Londres que declara haber fabricado para un desconocido cuyas señas coinciden con las vuestras un sello análogo. Habeis perdido por una "u" En adelante estudiad mejor el latin.

El hombre enmudeció. Parecia que el castillo entero jiraba en torno suyo.

—¿Sabeis qué es esa herida, Louis Brihier? Pues bien, la recibísteis antes de entrar por dos años a una prision de Francia. Ahí os encontrásteis con un antiguo notario

de Brighton, uno de los falsificadores mas audaces del siglo último. Os conocemos. Solo queremos evitar el escándalo que caerá sobre esta casa. Suicidaos, partid, haced lo que querais pronto pues en dos horas mas llegaria aquí un detective encargado de prenderos.

Lo perdia todo en el mundo. Ella apartaba su vista de mi. Corrí hacia mi habitacion decidido a romper para siempre con la vida.

No tenia un arma a la mano. Miré hacia el techo. Una viga me recordó la muerte de Williams. Iba a colgarme del nudo corredizo. Una mano me detuvo.

Era la de mi prima, la de mi vida de quince dias.

—Nó, aquí no. No mancheis este castillo. Huid: Perdeos de vista. Os perdono vuestra supercheria pero no me volvais a ver mas. Habeis muerto para mi!

Y empujándome hacia una puerta que daba al campo la cerró violentamente tras de mi, deslizándome en el bolsillo algunos billetes.

Creí oir al traves de la puerta un sollozo que se alejaba. Todo lo habia perdido. Partí. ¿A donde? No lo sabia. El plan del Abate habia fracasado!

EN SUD AMERICA

CAPITULO VI.

Mi vida en Colombia

¿Qué otro pais me quedaba para ocultar mi desgracia y mi vergüenza que la América? Fuí a esas naciones jóvenes dominado por un solo deseo: el de hacer fortuna, fiado en que la superioridad de dominio de la vida y sus prácticas que caracteriza a los europeos, les ofrece en esas tierras amplia espactativa de enriquecerse en negocios pingües y considerables que los hijos del pais ignoran o se encuentran imposibilitados para emprender.

Yo era jóven y vigoroso ¿por qué no me habia de ayudar la suerte? Una vez rico me naturalizaria en el pais, aspiraria a puestos públicos, me formaria un nombre que pudiera llevar el telégrafo a Europa y luego... luego si aumentaba mi fortuna, quizas me atreviera a volver a Inglaterra a ver qué habia sido de mis enemigos, de mis amigos de un dia, de algun otro sér que respeto demasiado para nombrar estas pájinas.

Todo podia suceder. ¿Acaso no pintaban ciega a la fortuna? Llegué a Panamá. Traté de hacer aumentar el

linero que llevaba para formarme alguna base. En pocos dias junté ocho mil pesos, moneda nacional.

Con ellos me marché al interior. Llegué a Bogotá y se me hizo una buena recepcion al presentarme como profesor de frances y establecerme en una calle principal, con decencia.

En breve se me abrieron todas las puertas y conocí a lo mas distinguido de la sociedad colombiana. Es esa una capital a la criolla española; el único defecto que pude encontrarle, es su clima bastante caluroso.

La plaga de ese pais es la revolucion. Hai dos grandes partidos que se dividen el poder. Mientras uno de ellos se apodera de todos los grandes destinos de la nacion, el otro pasa en las cárceles o en el destierro.

De ahí una enorme profusion de jenerales. Se me dijo que habia mas de seiscientos en todo el pais, pero que Venezuela contaba hasta mil ochocientos. Este título habia llegado a ser una distincion meramente honorífica, como la Lejion de Honor o las Palmas Académicas que nuestro Gobierno frances confiere todos los 14 de Julio.

La fortuna me ayudó bastante y estaba ya en camino de hacerme rico cuando ocurrió un accidente que cambió el rumbo de todos mis planes. Asistia yo una noche a mi tertulia habitual, cuando se me llamó en secreto, aparte, por unos cuantos jóvenes del partido del jeneral Uribe.

—Usted ha sido militar frances, me dijeron—no nos niegue; sus conocimientos en veterinaria solo vienen de un hombre que ha pasado muchos años en el arma de caballeria.

Me esplicaron a continuacion que habia asegurada para mi una plaza de primera categoria en el ejército, si el nuevo órden triunfaba. Debia yo ponerme a la cabeza de una partida que se me entregaria y bajar hasta la boca del Rio Cauca.

Allí debia sorprender a un vapor que traia desde el Istmo varios millones de pesos procedentes de los derechos de aduana cobrados en el año por el Gobierno y una enorme cantidad de billetes recien fabricados en Estados Unidos.

Simultáneamente con la captura del buque, deberian levantarse todos los rejimientos de guarnicion en las rejiones de la costa y la revolucion liberal seria un hecho.

Todo lo que de mi se requeria era lanzarme hasta la costa en un rápido raid con los individuos de confianza que iban a proporcionarme y allí esperar el vapor que no tenia guarnicion a su bordo,

Cien mil pesos moneda nacional, me serian pagados inmediatamente en caso de que quisiera abandonar el pais.

Las espectativas no podian ser mas tentadoras. Acepté y esa misma mañana al amanecer salí para reunirme a la jente que me esperaba a poca distancia.

Eran unos cincuenta hombres, de los cuales diez o doce tenian el grado de capitan; me recibieron con gritos estruendosos de ¡Viva el Coronel! título que, segun se les habia informado, me habia dado el Comité Revolucionario Liberal.

Marchamos rápidamente hácia la costa, haciendo larguísimas jornadas, a pesar de los pésimos caminos y de los inconvenientes de la temperatura. Son esos campesinos los jinetes mas espléndidos y sufridos que he conocido. Al décimo dia llegamos al punto indicado. Nadie nos dió señales del buque esperado. Nadie sospechaba tampoco la existencia de una revolucion. Nos habíamos limitado a decir que formábamos un escuadron recientemente creado por el Gobierno y que salia a maniobras para probar la nueva caballada.

La jente de los pueblecillos que encontramos a nuestro paso nos creyó o finjió creernos y sacamos cuanto necesitamos para nuestro alojamiento y subsistencia.

Como el vapor no se acercara en varios dias al puertecillo en que lo esperábamos, dí órden a mi jente para aguardarme una semana en ese punto, y me dirijí por la orilla de la costa hácia Panamá.

Allí me sorprendió la noticia de haberse descubierto una conjuracion contra el Gobierno. Varios de mis instigadores estaban presos ya. Mi empresa habia fracasado, pues, en ciernes.

Pero como nada podian probarme y mi calidad de ciudadano frances me daba cierta inmunidad, resolví por lo pronto quedarme en Panamá mientras las cosas se calmaban lo suficiente para volver a realizar mis asuntos en Bogotá.

Entre tanto, de ocioso ¿qué podia hacer? Me dediqué a divertirme. Una noche asistí a la representacion que daba una compañia recientemente llegada de Cuba.

Veia distraido una zarzuelilla mal representada y peor acompañada por la orquesta, cuando hizo su aparicion en la escena la primera tiple, que fué saludada con grandes aplausos.

Esa aparicion me hizo estremecer hasta lo mas íntimo. La artista no era otra que la bella desconocida que acompañaba en Francia años antes a los dos grandes bribones que me habian perdido y en uno de los cuales habia creido notar un pronunciado acento estranjero. Los ojos deslumbradores de esa mujer les habian servido de seguro anzuelo para atraerme a su empresa criminal.

Resolví apersonarme a ella inmediatamente. La esperé a la salida de la representacion y la seguí hasta su casa, nadie la acompañó. Estaba sin duda sola en ese pueblo; sus dos cómplices la habrian abandonado.

Golpeé suavemente a la puerta. La entreabrieron para preguntar quién era, pero yo de un soberbio empujon me precipité adentro y dirijí mis pasos hasta una habitacion en que se veia una luz encendida. La vieja me seguia pro-

testando. Penetré al interior de la habitacion con el aire de una aparicion vengadora. Ella lanzó un pequeño grito y quedo petrificada por el terror. Y la mui miserable seguia deslumbrándome.

No era bella, pero habia en su persona toda un algo de misteriosa atraccion, una especie de este magnetismo, hoi tan preconizado por la ciencia, que me llevaba irresistiblemente hácia ella.

Todos mis planes de venganza huyeron de mi mente. Le pedí que se calmara espresándole que no pensaba hacerle ningun daño. Ella prorrumpió en torrentes de lágrimas. Finalmente pude conseguir que despidiera a la sirviente, único testigo de esa escena, para poder esplicarnos.

Una vez salida esa mujer a quien ella dijo que trataba de un pariente que no veia desde muchos años atras, tomé asiento a su lado y le pedí que me esplicara el enigma que la rodeaba, porque no creia, no podia creer que fuera cómplice de esos dos criminales.

Me contó su historia, era como las tantas otras pobres mujeres. Se habia casado con un frances contratista o injeniero en las obras que emprendiera Ferdinand de Lesseps para cortar el Istmo de Panamá.

Cuando vino la paralizacion total de los trabajos, su marido la llevó consigo a Francia. Allí se unió con un pariente suyo y empezó una vida de estafas y de asaltos nocturnos en la cual la obligaba a servir de encubridora.

Ese hombre premiaba la muda abnegacion de esa mujer que habia abandonado patria, familia y todo por seguirlo, con tremendos golpes y amenazas de muerte cada vez que se permitia hacerle una tímida observacion a sus planes cada vez mas sanguinarios.

Ese era el secreto del aparente lujo y bienestar en que la habia visto cuando yo era prestidijitador. Despues de fracasado el golpe mio, que para ellos era de vida o muer

te, debieron dirijirse a América con el último resto del dinero que habian reunido en sus operaciones.

Allí el pariente de su esposo habia partido a trabajar en una mina de Venezuela como injeniero, llevando el secreto propósito de tentar un gran golpe contra sus tesoros, que en ella solian acumularse.

En cuanto al marido, despues de darla la mas pésima y miserable de las existencias, habia concluido por abandonarla, embarcándose en una espedicion filibustera destinada a Santo Domingo o afiliándose en quién sabe qué misteriosa partida de bandidos y contrabandistas de ese puerto cosmopolita.

Ella, la víctima, habia estado a punto de morir de hambre, hasta que recordando que poseia buena voz y que habia visto representar a muchos artistas de primera fila, resolvió ingresar a la compañia de zarzuela que funcionaba en ese puerto.

En ella estaba hacia dos meses. Sus recuerdos artísticos le habian servido para asimilarse muchos jestos de esos grandes artistas y muchos resortes escénicos de modo que comenzaba a gustar bastante al público y veia por ahora asegurado un mediano pasar.

Entonces comenzaron nuestros amores. Sobre ellos quiero tender un velo discreto y respetuoso. ¿Para qué confiarlos al papel, al cuidado de este algo al que doi el pomposo título de Memorias, cuando las afecciones supremas del alma viven imperecederas en el mas noble de sus puestos? La grandeza de esta pasion se sobrepone por cierto a la espresion limitada y mezquina de la palabra, el mas espléndido lenguaje del amor está en el silencio, en el fondo de las miradas en los latidos del corazon, en las palpitaciones de los nervios.

Quince dias tan solo duró mi felicidad con ella. Vino la fiebre amarilla y me tendió en el lecho como un paquete inerte de huesos.

Ella me cuidó asiduamente no separándose de mi cabecera sino por las mañanas para hacer las compras mas urjentes de su casa. La muerte aleteó sobre mi frente con negras espectativas durante la mayor parte de mi enfermedad.

Vino la convalescencia pero partieron la mayor parte de mis fondos. Una noche, cuando aun no me levantaba, ella me dejó para ir a desempeñar su papel en el teatro.

Pensaba en mi patria, en mi familia, vagaba luego mi imajinacion con la incoherencia de los cerebros debilitados por esa vida brillante de Londres cuando estaba en vísperas de ser lord Smith y de perderme siempre de ese mundo de miserias en que habia vivido.

Sentia que poco a poco iba apoderándose de mí una estraña somnolencia. Luego perdí bien la nocion de las cosas. Un hombre de rostro estraño se inclinaba sobre mi almohada murmurando algo que no podia oir. ¿Dónde habia visto ese rostro? Debia ser sin duda alguien mui conocido para mí, porque tenia impresa su imájen en la retina de los ojos.

Quise estirar una mano y no pude, la misma imposibilidad noté en las piernas. Sentia un olor sofocante. La vision conocida iba desapareciendo poco a poco. Luego un calor terrible me invadió. Seria que volvia la fiebre.

Mas tarde noté que entraba al infierno. Llamas por todas partes, espectros horribles que me hacian muecas inverosímiles y luego un contacto picante y doloroso en la carne. En seguida me pareció que un mundo de fuego me rodeaba y que me desplomaba en un abismo, en la nada, en el descanso.

Cuando volví en mí, estaba ella a mi lado. Parecia estar en estremo aflijida. La habitacion ahora no era la misma, sus muebles, su techo, sus cortinas habian cambiado.

Ella vino en mi ausilio y me lo contó brevemente todo. Esa noche una órden del gobernador habia prohibido la

representacion de la obra anunciada por encontrarle carácter subversivo, Al llegar al teatro se habia encontrado con esta noticia.

Llena de alegria por poder pasar una noche a mi lado, volvió presurosa a casa. Una densa humareda salia por las ventanas. Los vecinos reunidos en la calle daban la alarma pero ninguno se atrevia a penetrar al interior de a casa miéntras no llegara la autoridad.

Ella, mi adorada compañera, se lanzó llena de desesperacion entre el humo y las llamas en busca mia. Al entrar estuvo a punto de estrellarse con un hombre que salia a todo correr. Entre el humo pudo reconocerlo.

Era su marido, el criminal que creia léjos, embarcado en una espedicion de piratas, que habia vuelto inopinadamente, que nos espiaba y que habia querido suprimirme de un golpe. Luego me lo espliqué todo. El hombre me habia hecho aspirar cloroformo para asegurar mejor mi muerte. Luego habia prendido fuego al colchon y al mosquetero de mi cama, para dar a su asesinato todas las apariencias de un hecho casual.

No habia sino ponerse en guardia contra ese peligro ignorado que podia dejársenos caer en cualquier momento. La convalescencia siguió rápidamente; en las noches en que ella tenia que ir al teatro, quedábame yo revólver en mano, lleno de zozobras.

Pero fué inútil, el individuo no volvió a dar por lo pronto señal alguna de vida.

Cuando pude por fin poner el pié en la calle, vi que no me quedaba sino mui poca cosa de mis ahorros que habian alcanzado en un tiempo a 25,000 pesos nacionales. No podia pensar en seguir dando mis lecciones de veterinaria ni de frances. Denunciado como estaba en calidad de individuo sospechoso, de insurrecto a las autoridades, todo el mundo se apartaba de mi temiendo la venganza del Gobierno si se me prestaba apoyo.

Fuí entónces obligado a ganarme de cualquier manera la vida. Me acordé de mi facilidad para la declamacion y de mis conocimientos literarios. Ella me consiguió, como un verdadera Anjel de la Guarda; que pudiera ser admitido al teatro en que trabajaba.

Pronto subia los primeros roles. Resolvimos entónces hacer una jira por los estados del interior formando una pequeña compañia en que naturalmente éramos primeros actores y empresarios.

Hubimos de llevar así. ora bien, ora mal, una vida errante de cómicos tronados, luchando contra la ignorancia y la estultez quijotescas de esa jente provinciana y puntillosa que se cree la última palabra en materia de arte literario y teatral.

Pasamos así algunos meses. Pronto hube de notar que la simpatia magnética de mi compañera le valia muchas persecuciones y muchas ofensas de parte de aquella aristocracia cursi y provinciana que creia ver en cada persona de teatro a un foco de infamias.

Una noche se me apersonó el alcalde de un pueblo y me preguntó si tenia la partida de matrimonio de mi compañera. Le respondí que no, que nadie, por lo jeneral, en un pais libre, usaba ese documento en su cartera y que en nada atropellaba con eso las leyes de la nacion.

Me respondió qne su autoridad no admitia lei ninguna y que inmediatamente procederia a disolver la compañia. espulsándome del territorio de su jurisdiccion y manteniendo presa a ella hasta que justificara ser mi lejítima esposa.

Se trataba de un complot infamante en toda regla. Era todo ganar tiempo y pedí se me diera de plazo para presentar el documento hasta la caida de la noche. Accedió burlonamente, seguro de que no podria hacer tal.

Era preciso partir sin pérdida de tiempo. Alquilamos dos caballos inmediatamente y salimos al gran galope

hácia el campo abierto ántes de que nadie pudiera perseguirnos.

La frontera venezolana estaba cerca. La cruzamos despues de increibles sustos. Las privaciones se cebaron en nosotros. Mi dulce compañera apenas pudo resistir esa terrible marcha de seis dias hasta llegar a Maracaibo. Allí me presenté al cónsul frances en demanda de ausilio. El cónsul me recomendó a una compañia minera del interior, formada por compatriotas, y en breves dias me puse en marcha, creyendo asegurado, por lo menos para mucho tiempo, un mediano modo de vivir.

Al llegar a la mina y presentarme al injeniero como mayordomo de faenas, hice un descubrimiento terrible. Ese hombre no era otro que el compañero de mi astuto enemigo, el hombre que acompañaba al esposo de ella en su infame maquinacion contra el Banco.

El compañero de ese infame no me reconoció. Al ménos así aparentó. Por lo demas, eso no era estraño dado que el tiempo y las enfermedades habian dado un sello completamente distinto a mi fisonomia. Ademas, la barba crecida me daba mucho mas edad de la que realmente tenia.

Comencé entónces a meditar mi venganza. Reflexionaba sin embargo que si ese hombre se portaba justo y humanitario conmigo y con los demas trabajadores, cometeria una falta imperdonable tomando venganza de añejas ofensas.

Lo mejor era, pues, estudiarlo.

EN VENEZUELA

CAPÍLOTU VII.

Al piede la enorme cordillera mi vida se deslizaba monótona y triste. La diaria y pesada tarea de la mina me aburria y sentia feroces impulsos de libertad, de rebelarme contra los odiados administradores e injenieros, que nos consideraban ya bien ya mal segun nuestras aptitudes para el duro trabajo, por nuestra resistencia o el poder de nuestros músculos. Eramos las dóciles bestias humanas que serviamos a la riqueza y que en las negras y profundas entrañas de la tierra ibamos a buscar elementos para engrandecerla mas aun.

Una tarde reuní a mis compañeros y les hablé asi, traté de comunicarles con mis palabras el espíritu de rencor y de odio que me animaba. "Rebelémonos, les dije; es necesario que hagamos sentir a los autoritarios poderosos el peso de esos mismos brazos que ocupan en desgarrar las rocas y en horadar la montaña."

Logré convencerlos y animarlos. Quedamos convenidos que en cinco dias mas nos sublevaríamos, nos negaríamos a bajar por la boca del pozo y pediríamos mas jornal y menos horas de labor. El plan estaba bien trazado. Ningun obstáculo me parecia que podia oponerse a su ejecucion, cuando la mañana de un martes, dos dias despues de nuestra reunion, me fueron a avisar en mi de-

partamento subterráneo que el injeniero Nef me mandaba llamar. Era este el jefe de la mina.

Presintiendo algo funesto para mi, crucé las sombrias galerías, tomé el lijero ascensor y diez minutos mas tarde me encontraba en presencia de Nef, en su oficina.

—He sabido, me dijo, que has incitado a una revuelta a tus compañeros. Es necesario que antes de una hora salgas de los límites de esta mina, en donde eres peligroso Ea! no me gusta repetir mis órdenes y puedes marcharte lo antes posible.

La ira me ahogó una blasfemia en los labios y salí de allí tambaleándome, como un ébrio.

Caminé todo el dia y toda la noche. Cuando el alba empezaba a dorar las altas y nevadas crestas que iba dejando a mi espalda, llegué al pequeño caserio en donde Ursula ocupaba una modesta vivienda. No recuerdo cómo se llamaba este pueblecillo, cuyo nombre indíjena es de difícil pronunciacion.

Mi joven compañera se alegró mucho de verme, pero nada le dije de lo ocurrido en la mina. Alli pasé dos dias, buscando en los estensos y accidentados campos el aislamiento que exijia mi irritada naturaleza. Desde temprano, a las primeras mañanas tibias salia de mi vivienda y me encaminaba a las espesas selvas, a los grandes bosques cuyos árboles amenazaban las nubes. Permanecia ahí tendido sobre la yerba, ensimismado en mis sombríos pensamientos; mi pasado se me representaba vivo y volvia a sentir una a una las variadas impresiones de sus múltiples incidencias.

Cuando el sol bajaba en el horizonte y sus últimos rayos cubrian de fuego las altas montañas, volvia paso a paso al pueblecillo cuyos habitantes me miraban con recelo.

Una tarde atravesé el bosque y salvando un torrente me acerqué al camino real, que unia al pueblo con la mi-

URSULA MORALES

na. Al llegar allí hice un descubrimiento que me llenó de júbilo. Oculto tras una gran mancha de zarza vi pasar al trote de un fogoso caballo al injeniero Nef, el mismo odiado hombre que me despidiera de la mina.

Al trote de su cabalgadura se alejó camino del pueblo, levantando nubes de polvo a su paso.

—Ah! por fin te veo, me dije entre mí, odioso sátrapa! Salí al camino y durante largo rato quedé mirando la silueta del jinete. Estraños pensamientos de odio y de sangre pasaban por mi cerebro en fantástica proximidad. Sentia sed de venganza, sed insaciable. Aquella noche en mi vivienda no pude dormir. Mientras las horas se deslizaban mi mente trazaba el plan de mi venganza.

Al dia siguiente salí como de costumbre, pero entre las provisiones que llevaba a mi espalda iba oculta mi navaja de barba, cuidadosamente afilada. Pasé toda la tarde inquieto, nervioso, como si algo me faltara, como si mi espíritu esperara la vista del Suplicio del odiado injeniero para volver a su calma habitual.

Con un suspiro de satisfaccion vi llegar la hora del crepúsculo. El sol ya declinaba y espesas nubes hacian opaca su fuerte luz. Atravesé a rápido paso por entre los campos cubiertos de zarzas punzantes, de sinuosidades y de abismos. Muchas veces, la aguda espina de una rama se prendió en mi ropa y desgarró mis carnes. Nada sentia yo, todo mi sér estaba preocupado de la pronta realizacion de mi venganza.

Al llegar junto a la cerca del camino me detuve al fin, jadeante, sudoroso, pero contento. El odioso injeniero no debia tardar. Oculto detras de las manchas de rastreros vejetales, esperé impaciente, con mi mano apretando convulsivamente el puño de mi navaja.

De pronto, a lo lejos, sentí el inconfundible rumor de un caballo que se acercaba al galope.

Ya es llegada la hora de mi venganza, me dije. Y me

preparé. Salí al medio del camino y esperé allí a pie firme. Era tiempo. El fogoso caballo se detuvo bruscamente y dando un salto arrojó al injeniero sobre el polvo del camino. Allí caí yo sobre él y atenaceándole el cuello le impedí moverse. Por lo demas, el récio golpe lo habia desvanecido.

Todavia recuerdo la espresion de hondo espanto reflejado en sus pupilas inyectadas de sangre, que me miraban fijamente.

—Ah! le dije: Sátrapa miserable! aqui morirás como un reptil. Sentia odio, pero un odio que me ahogaba, una furia horrible.

El injeniero abrió sus ojos y me dijo:

—No me mates, por Dios!

—¿Me reconoces, miserable? le pregunté.

Volvia en sí lentamente, a pesar de que el terror le helaba la sangre en las ventas.

Dios talvez me enviaba alli como ministro de su cólera, como ejecutor de sus venganzas.

—Acuérdate del asalto al Banco de Francia! Acuérdate del pobre prestidijitador! Acuérdate de esa pobre mujer a quien ustedes martirizaban!

El hombre me imploró perdon con voz triste y suplicante. Me pidió que le diera un breve instante para esplicármelo todo. Era un simple cómplice. El asesino, el instigador de todas sus faltas, el esposo infame de mi amada habia huido a Bolivia, al sur del Continente. Una vez mas me pedia que lo soltara breves instantes. Siempre tendria tiempo para matarlo. El se habia visto obligado, dominado por este tirano, por ese fatal instigador de crímenes. El tenia esposa, tenia hijos, por esos seres benditos habia llegado a ser criminal.

Tanto me rogó, que lo solté parcialmente. Echó la mano atras como para afirmarse en el suelo a fin de levantarse. Yo lo dejaba hacer lleno de una estúpida conmiseracion.

Pero esa mano dirijida hácia atras no tenia el propósito de apoyarse en el suelo, buscaba un revólver con que me apuntó de repente, diciéndome:

—Asesino! Que te raje el diablo!

Rápido como un rayo le di un golpe con el combo de minero que llevaba en la mano. Ese golpe alcanzó a desviar la bala dirijida a mi corazon, que pasó rozándome la frente.

Un hilito de sangre que se me venia a los ojos me enloqueció. ¿Cuanto duró este drama? Talvez veinte segundos, talvez diez, talvez cinco.

Tanta fué la rapidez con que le descargué el segundo golpe en la cabeza. Y tras ese un tercero que lo derribó con la masa encefálica a la vista.

Esta vez no se escaparia a mi venganza. Recordé todos los procedimientos de Williams y me dispuse a hacer justicia en la forma digna de un gran vengador oriental.

Abrí la navaja afilada que habia dejado caer al suelo en los primeros instantes de la lucha y puse a descubierto su cuello robusto, al traves de cuya piel tostada por el sol de los trópicos se adivinaban las corrientes enérjicas de sangre de sus arterias, los eslabones de sus vértebras, toda una organizacion física espléndida, que habria durado un siglo.

Miré una última vez ese rostro que iba a perder para siempre la vision de las cosas de la tierra y afirmando la navaja con un solo esfuerzo robusto que me arrancó un quejido, rebané ese cuello hasta la columna vertebral.

Un chorro de sangre caliente saltó de esas carnes rojas y palpitantes. Sentí alegria. sentí nueva fuerza, nueva confianza en la vida. El hombre no hizo un movimiento, no exhaló un jemido. Solo se sintió el ruido menudo y delgado del chorrito de sangre que se levantaba formando a los rayos del sol el mas estraño surtidor, para volver a caer sobre la tierra, ansiosa de sávia, de vida, que se tragaba por sus innumerables poros cuanta gota caia con la fruicion de un gastrónomo insaciable.

EN BOLIVIA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CAPÍTULO VIII.

FAVORECIÓME la suerte y pudimos salir del pais. La noticia del asesinato del injeniero corrió por todo el pais llenándolo de horror. Todos los diarios rejistraban terribles editoriales en que se pedia la pena de muerte para el asesino y sus cómplices.

Porque esos cómplices debian haber sido varios, ya que el injeniero, hombre de fuerzas hérculeas y de resolucion indomable, debia haber vendido cara su vida, luchando contra una cuadrilla de malandrines a juzgar por las huellas de pelea que se notaba en su cadáver.

Nada le faltaba, ni el reloj, ni la cartera repleta de billetes. ¿Cuál habia sido pues el móvil de ese crímen? La venganza, indudablemente, o alguna maquinacion secreta.

Se echaba en cara a la masoneria, por una parte

de la prensa, el asesinato de mi enemigo. Se citaban mil y mil pormenores de mi venganza y una série de conjeturas sobre el asesinato. Cosa curiosa, nadie de mí se ocupaba.

Satisfecha ya mi venganza, rogué al cielo que no pusiera jamas en mi camino al principal autor de mi desgracia, al infame que la habia ofendido a ella y a mí, al hombre que habia agravado aun mas el caudal de mis agravios tratando de asesinarme durante mi enfermedad.

Corrimos asi la suerte por otras muchas tierras de la América. Estaba yo acostumbrado a la idea de que un espíritu fatal presidia nuestros destinos, fatalidad que nuestra union no habia hecho sino agravar.

Estuvimos en el Ecuador. Me fuí yo a unas minas y ella se quedó empleada en el pueblo mas cercano, mientras yo trabajaba. Sobre los pormenores de esa union quiero mas bien tender un velo tranquilo y digno. Eso pertenece a la epopeya del alma humana que solo el propio protagonista puede leer con toda claridad.

La miseria me habia ido transformando de sencillo y bonachon en irascible y pendenciero. Sentia nuevas corrientes en mi sangre que me ordenaban golpear, herir, nuevas tentaciones de vida feliz, de libertad y opulencia que me llenaban de odio hacia los que nada habian hecho por lograr esas dichas de la tierra.

Una discusion con uno de mis jefes, cortada en el momento mismo en que el velo rojo me cegaba la vista y en que iba a enseñar a esos hijos poltrones y viciosos del trópico lo que puede el hijo de una raza viril y soberana, me obligó a dejar el pais. Si no se me hubiera sujetado tan a tiempo, habria tendido en tierra con la garganta abierta, por lo menos a tres de esos avechuchos que trataban de esplotarme.

Me vine en seguida al Perú. Allí viví algun tiempo en

regulares condiciones. Ella se separó momentaneamente de mi para irse a servir en casa de una gran señora y yo me ocupé en cualquier oficio para pasar el tiempo. Allí la vida es agradable y barata.

La jente es mui buena, salvo cuando aquel a quien tienen que servir es chileno. Entonces esa piedad y esa buena voluntad se trasforman en odio a muerte e incesante y tesonera persecucion. En resumidas cuentas se le niega el agua y el fuego al que dice ser hijo del pais de la Estrella.

Fué eso lo que me sucedió a mí. Un dia rebatí una espresion desdorosa para el valor de los chilenos, afirmando que los que habia conocido en mi peregrinacion por América eran rudos, fuertes y audaces hasta la temeridad y que estaban por encima, mui por encima, de todo competidor como capacidad para el mas duro de los trabajos.

En pocos dias se formó una atmósfera terrible en contra mia. Me habrian golpeado hasta matarme si no hubieran conocido mis fuerzas hercúleas. Pero yo atemoricé a todos mis impugnadores de una manera mui sencilla.

Uno de ellos me insultó acremente, llamándome ladron y espia chileno. Necesariamente debia ser yo un espia de ese pueblo de cobardes y ladrones, disfrazado de frances.

Sin contestar palabra saqué mi puñal que me acompañaba siempre y gracias al cual me habia librado de muchos peligros. "Esto es lo que puede hacer un hombre cobarde", les dije.

Y clavé mi puñal en la cruz del caballo de mi atrevido insultador. La bestia se abatió dando un jemido. El puñal se habia clavado hasta el pomo en el animal, dándole una muerte instantánea.

Ellos huyeron en todas direcciones. Al dia siguiente fuí citado al juzgado. Se me dió una severa reprimenda sin querer oirme y se me condenó a pagar el caballo muerto.

Tuve que pagar en dias de prision esa suma que no poseia.

Durante ella mi compañera, cansada de tanta miseria, resolvió irse a trabajar a otro pais por su cuenta y se despidió de mi hasta mejores tiempos, dejándome una carta conmovedora en que me juraba una vez mas su amor, pero me hacia ver la estremidad en que se encontraba.

Junto con salir, supe que en vista de mi mala conducta se me habia privado del puesto municipal que desempeñaba.

Estaba escrito que yo fuera un Judio Errante sobre la tierra. Seguí mi peregrinacion y pasé a Bolivia a buscar trabajo. Ojalá nunca hubiera pasado a esa tierra.

El viaje al interior es penosísimo. Las comodidades son nulas. Es preciso alojar en chozas infestas donde los mil bichos, frutos de la suciedad de la raza indíjena, se pegan al cuerpo del viajero y hacen mui difícil su desalojo.

En todas partes el alimento es malo y escaso, los pobladores sordos y desconfiados, el clima terriblemente molesto por la altura de los terrenos.

Sufrí enormemente con ese clima que me mareaba, me ahogaba y me mantenia varios dias tendido en el lecho, botando sangre y con la cabeza convertida en un infierno.

Otra cosa que me costó mucho probar fué el alimento. Se usa allí un combustible especial proporcionado por la llama, el camello de la altiplanicie. Todo alimento guisado en él, queda impregnado con su gusto y olor característicos.

En fin la esperanza de una pronta fortuna lo hace a uno soportarlo todo.

Dia por dia me acordaba de mi compañera querida que no habia tenido el valor suficiente para acompañarme en la adversidad. Mis asuntos comenzaron a ir bien.

Pero quién sabe en qué rincon del mundo estaria perdida. ¿Cómo la encontré y que hice para ello? Eso no lo

sabrá nadie jamas. Básteme decir que todo lo que se me achaca sobre la materia es falso.

He querido poner aquí ese paréntesis a mi estadia en Bolivia. ¿Qué importa?

Se me ha acusado en la prensa de ese pais de haber descuartizado a un injeniero. De haberme valido para asesinarlo de un martillo, una navaja y un serrucho.

Los móviles: ¿quién los conoce? ¿Quien tiene derecho a conocerlos?

Cuando se trata de seres queridos que se interponen como pantalla impenetrable ante la luz que se quería echar sobre los acontecimientos, nadie trepida en sacrificarse antes que hacer esa luz perjudicial.

En fin, marché con ella, reunidos esta vez para jamas separarnos, a un pais superior, libre, trabajador, donde todo hombre de empuje puede, segun me han dicho, conquistarse la vida, la fortuna, la dicha.

No mas sangre ya. Hay bastante.

Y despues de derramarla no me arrepiento. La venganza es con razon un placer de los dioses. Pero ya estoy harto de semejante placer. Queda un hombre aun en el cual habia querido antes satisfacerla. No lo ponga Dios en mi camino!

¿Quién es el hombre capaz de responder de que no derramará sangre algun dia?

Hoy todo es horror en contra mia en Bolivia. ¿Qué crímen ha obrado sobre los nervios de la muchedumbre produciendo algo parecido al golpe de un martillo sobre un músculo, contusion violenta, traumatismo?

Pero hay que mirar al fondo del carazon humano para ver la causa de sus faltas. Entonces nace la induljencia.

Todo hombre tiene un jérmen oculto de locura. Esa locura puede trasformarse en crímen.

El crímen no es mas que un síntoma mórbido. una derrota de la voluntad.

Solo Dios puede juzgar a sus criaturas con exactitud.

Veré en este pais nuevo la paz, la dicha! O bien se cumplirá en él un destino triste y atroz.

Mas vale ahogar los presentimientos.

A BORDO DEL "ITATA"

EN SANTIAGO

CAPÍTULO PRIMERO

Cita en una Taberna

La noche del 6 de Marzo de 1905, primera de carnaval, el barrio norte de Santiago presentaba un aspecto animado y pintoresco. Compacta y alegre multitud se cruzaba por las aceras de las calles, o se detenia en las puertas y vitrinas de los establecimientos de recreo, profusamente adornados con vivos gallardetes de papel, flores y farolillos venecianos.

Poco despues que el reloj de la torre de San Francisco dió las diez, en la Alameda, frente a la calle de Bandera, se detuvo un coche de posta y descendió un individuo, que, a paso apresurado, cruzó el paseo, abriéndose camino por entre la multitud, y siguió por la calle de San Diego, al sur.

El aspecto de este individuo hacia volver la cabeza a

mas de un transeunte. Apesar de lo avanzado de la estacion, vestía un ámplo macfarlan de color leonado que caia haciendo pliegues sobre un pantalon negro, ceñido a la pierna. Un calañes de grandes alas proyectaba sombra sobre su rostro, no permitiendo distinguir sus facciones.

Tan inusitada indumentaria, como hemos dicho, llamaba la atencion de las numerosas personas que encontraba a su paso; pero el desconocido parecia no notarlo e inclinando la cabeza, como para rehuir las miradas de los curiosos, proseguia en camino rapidamente. Atrás habia dejado ya las calles de Instituto y Tarapacá. Poco antes de llegar a la esquina de Eleuterio Ramirez, se detuvo bruscamente sobre la acera, y acercándose a la puerta de una casa cercana, raspó una cerilla y miró el número. Despues, atravesó la calle y penetró con paso seguro en una taberna que al frente abria su angosta puerta. La sala, débilmente alumbrada por una lámpara de parafina, estaba casi desierta. Al fondo, sentados cerca de una mesa llena de botellas y vasos, conversaban alegremente dos muchachos, mientras hacian rodar los dados de un dominó.

Esta soledad que no esperaba, causó al recien llegado una impresion de contento que dejó ver en su rostro de pómulos salientes, de nariz afilada y larga, hundida lijeramente cerca de los ojos; ojos pequeños, casi ocultos por las espesas cejas, pero de mirada profundamente fija y encendida.

El tabernero, a la entrada del nuevo parroquiano, se habia puesto de pie detras del meson y con mirada complaciente lo interrogaba.

—Perdone, le dijo el del macfarlan, desearia saber si se encuentra aquí la señorita Ursula Morales, para quién tengo un recado urjente.

—Ah! ah! contestó el tabernero, un vejete de nariz co-

lorada y cabeza calva, guiñando maliciosamente el ojo izquierdo,—¿es usted, por acaso, el caballero que la Ursula espera? Aguarde Ud.... ¿Cómo lo llama ella?... Qué memoria tengo! ¡Ah, ya estoi! ¿Emilio Dubois, no es así?

—Si, así es. ¿Pero está ella aquí?

—Aguarde usted. No está. Como es Carnaval, debe de andar por esos mundos. Aquí tiene su pension: come y almuerza todos los dias... desde hace un mes si mal no recuerdo. Hoi, despues de comer, me dijo que si venia Ud. a preguntar, le rogara, a su nombre, que la aguardase. Ya no tardará. ¿Quiere usted tomar asiento en ese piso?

—Está bien, muchas gracias. Tengo un poco de sed y quisiera refrescar. Voi a la sala interior donde quiero que me lleve cerveza.

Poco despues, Dubois estaba instalado en una sala contigua a la en que se encontraban los dos muchachos que vió a su llegada y que, absortos en su juego, ni siquiera se habian apercibido de su diálogo con el tabernero. Se sentó cerca de la puerta de esta última sala, de modo que pudiera ver todo lo que ocurria en el meson y escuchar, asimismo, la conversacion de los muchachos, que, por algunas palabras que habia alcanzado a percibir, despertó su interes.

Los muchachos habian dejado de jugar. Bebiendo a pequeños sorbos grandes vasos de ponche, sostenian un animado diálogo.

Uno de ellos, verdadero tipo chileno, de anchas y musculosas espaldas, tez cobriza, de facciones agraciadas; vestido con el clásico paltó corto y pantalon bombacho, parecia contestar a una pregunta de su compañero, con quien se reunia despues de larga ausencia, acerca de su situacion en la capital:

—Estoi "contentazo"; como te he dicho, trabajo poco

y gano buen sueldo. Mi patron es un caballero, pero caballero, ¿"entendis"? Don Ernesto Lafontaine. Tiene una quinta en Ñuñoa y todas las mañanas nos venimos juntos a Santiago, a la calle de Huérfanos, donde tiene oficina. Yo hago el aseo allí y me vuelvo a la quinta.

—¿I posee mucha plata?

—¡Ya lo creo! En la oficina hai una caja, de puro fierro; un dia que la abrió delante de mi, hombre, ¡cómo estaban los billetes!

—Buena suerte la tuya y yo... embromado siempre. ¡A tu salud!

Los muchachos apuraron el contenido de sus vasos y salieron.

Dubois, en la sala cercana, no habia perdido una sílaba de esta conversacion. Luego que el eco de los pasos de los que se marchaban se hubo alejado hasta hacerse imperceptible, abrió su macfarlan y estrajo del bolsillo interior una libreta, que abrió. En una pájina, escrita hasta la mitad con misteriosos signos, anotó el nombre de "Ernesto Lafontaine, calle de Huérfanos". Una siniestra sonrisa contraia en aquellos momentos su estraño semblante.

Cuando cerraba de nuevo su macfarlan, despues de colocar en el bolsillo la libreta, vió entrar en la taberna a la persona que aguardaba. Era ésta una mujer de baja estatura, de rostro agraciado, en el que brillaban dos negros ojos de mirada fugaz y burlona. Su cabeza, descubierta, mostraba entre los rizos del pelo castaño un manojo de flores. Era Ursula Morales.

Apenas la vió, el tabernero le dijo la gran nueva: ¡Dubois estaba allí!

Ursula corrió a su encuentro y se abrazaron. Casi en seguida, ella le preguntó:

—¿Cuándo llegaste?

Dubois, antes de contestar, miró recelosamente a su al-

rededor y, convencido de que el tabernero no los escuchaba, dijo:—Hace dos dias.

—¿Y por qué has tardado tanto en reunirte conmigo?

—Ah! eso es largo. Tu debias suponer que al llegar aquí, mi dinero, o mejor dicho el dinero de otros estaba por concluírseme...

—Si es así, empieza por contarme lo que te ha acontecido desde que nos separamos allá ¿te acuerdas?

—No, no quiero hablar de aquello... Por lo demas, lo reciente es lo que debe interesarte y a ello me concreto. Pero, ante todo, empecemos como debe ser. Tú, aun nada me has dicho. Tienes la palabra.

—Oh! Lo que es por mi, hai poco que decir, replicó Ursula. Cuando nos separamos allá, cumpliendo tus órdenes, me embarqué en el primer vapor. Llegué a Valparaiso a los ocho dias y luego a Santiago. Aquí, ayudada por unas amigas que no me habian olvidado, encontré fácilmente trabajo y pude instalarme modestamente en una casa de pension de la calle Instituto, en donde advertí que era casada y que mi marido se me reuniria pronto. Y te he esperado hasta hoi, angustiosamente. Porque, si hai algo de lo que no puedes dudar, Emilio, es de mi completa afeccion. Tu sabes mui bien que el lazo de un cariño fatal, indestructible, me une a ti. Ademas, hai algo mas fuerte que nos une, nuestro hijo. Si lo vieras ¡qué gracioso está! ¡Pobrecillo!

Sin embargo, te lo ruego una vez mas, ya que estamos aquí, donde nadie nos conoce, ¿por qué no dejas esa vida de peligro que llevas? Reflexiona y piensa en tu suerte, en la de tu hijo....

—Calla, querida tontuela. Tu no sabes lo que es la vida y seria inutil esplicártelo. Déjame, que todo se arreglará despues.

Pero ahora me toca mi turno. Como te decía, llegué a Santiago antes de ayer, en la mañana, y el poco dinero

que aun me quedaba, producto de aquello de por allá, se me fué entre las manos. Era preciso procurarme cualquier suma. En el viaje de Valparaiso a Santiago encontré el medio. La suerte me deparó como compañero, en el nocturno, a un señor de lo mas amable. Luego supe, por su boca, que residia en una quinta de su propiedad en Barrancas, cerca de Santiago. Me olvidaba decirte que yo viajaba disfrazado de "caballero", un correcto gentleman, en el que seguramente ni tú hubieras reconocido a Pedro. No recuerdo por qué motivo la conversacion versó sobre automóviles. Tu sabes que he sido "chauffeur"; pero en mi conversacion con el señor Ramos, como se llamaba mi amable compañero de viaje, finjí la mayor ignorancia acerca de automóviles. Por algo obraba así.

En un momento dado hice una confidencia al amigo que la suerte y el tren me habian deparado:

—Yo siempre he sido aficionado a los automóviles, le dije. Deseo furiosamente poseer uno; pero no sé manejarlos y creo que el aprendizaje me será mui difícil.

—Nada de eso, me dijo Ramos.—Celebro la oportunidad que me ha hecho conocer a usted. Yo tengo en mi quinta de Barrancas una máquina inmejorable, magnífica y deseo venderla, con el propósito de adquirir otra. Si a usted le conviniera....

Yo me apresuré a contestar en sentido afirmativo. El señor Ramos, apenas llegamos a esta capital, me invita a su quinta de Barrancas, con el objeto de que examinara su máquina. El, al mismo tiempo, se comprometió a enseñarme su manejo,

Para abreviarte la relacion de lo que ocurrió despues, continuo Dubois, te diré que llegados a la quinta de Barrancas, me hice esplicar minuciosamente el manejo de la máquina, un auto magnífico, por cierto; y en un momento dado, aparentando haber acertado casualmente con

el mecanismo, dí al automóvil el máximum de la carrera, dejando a mi amable vendedor en la creencia de un hecho casual y hasta alarmado por el peligro que corria.

En Santiago vendí el automóvil en un "garage" de la calle 21 de Mayo, en donde, engañados por mi indumentaria, no trepidaron en darme 500 pesos por él.

Dubois, mientras relataba esta aventura a su compañera, contemplaba con cínica sonrisa la espresion de honda tristeza que se pintaba en el rostro de Ursula, al escucharlo.

—Tontuela, le dijo al terminar, siempre mojigata. No te alegras por un buen golpe. Pero ya es tarde; las 12 acaban de dar y es tiempo que me lleves a mi nuevo nido.

Ambos salieron, despidiéndose con un buenas noches del tabernero, que dormitaba sentado junto al meson.

Ya afuera, tomaron la calle de San Diego, hácia el norte, hasta la de Instituto. Las calles, sin la animacion de horas antes, aparecian desiertas, casi tristes, con sus puertas cerradas herméticamente. Frente a un edificio de dos pisos, viejo, medio ruinoso, se detuvieron. Antes de entrar, Dubois dijo a su compañera:

—Mañana empiezo a "trabajar" aquí. En mi libreta tengo anotado el camino de algunos miles.

CAPÍTULO II.

En accion

A la mañana siguiente, poco despues que la última campanada de las nueve concluia de vibrar en lo alto de la torre de San Francisco, Dubois cruzaba otra vez la Alameda con direccion a la calle de Estado. El hermoso y

ámplio paseo, invadido por bulliciosa multitud la noche ántes, aparecia ahora casi desierto. A la sombra de las grandes y seculares encinas, alguna que otra persona leia en un diario. Aquí y allá, en las esquinas, los suplementeros se detenian un momento a vocear los periódicos, y luego desaparecian a gran carrera, Alameda abajo, con rumbo a los barrios apartados.

El movimiento de la gran ciudad se iniciaba.

Dubois, a paso rápido, atravezó la Alameda y siguió por la calle de Estado. Parecia embebido en profundas reflexiones. Dos o tres veces tropezó con algun transeunte apresurado que lo quedaba mirando con cólera mezclada de curiosidad. Modulaba una escusa y proseguia su camino.

El estraño macfarlan de la víspera lo habia sustituido por un jaquet de ámplas faldas, lustroso y gastado en muchas partes por el uso. Cubria su cabeza, de largo pelo, el negro calañes de alas enormes, a las que el movimiento de la marcha imprimia lijeras ondulaciones. Su aspecto, en jeneral, no era repulsivo. Se le hubiera tomado por un obrero, o un modesto empleado en abierta lucha con las necesidades de la vida.

Al llegar a la esquina de Estado con Huérfanos, Dubois se detuvo sobre la acera y pareció orientarse. Abrió su jaquet y estrajo del bolsillo interior la misma libreta que le sirviera para sus anotaciones en la taberna la noche ántes. Abrióla y dió una rápida mirada en una de sus pájinas. Luego la volvió a poner en su sitio.

—Si no ha mentido como un chino el muchacho de anoche, murmuró, estoi en camino de ser rico. Esta es la calle de Huérfanos y el escritorio de Lafontaine está un poco mas allá. Ea! manos a la obra!

Caminó por la calle de Huérfanos hasta cerca de la esquina inmediata, y se detuvo frente al número 865. Sobre

una plancha de bronce leyó Dubois: "*E. Lafontaine— Corredor de Comercio.*"

—Es aqui, se dijo, no hai duda; y penetró resueltamente en un corto pasadizo, hasta una puerta cerrada por mampara de vidrio empavonado. Alli se detuvo de nuevo y aplicó el oido a la cerradura para percibir lo que ocurria en el interior. En seguida golpeó suavemente la puerta mampara.

Volvamos un poco atras.

A las 8 de la mañana, habia llegado al escritorio, junto a cuya puerta estaba Dubois, un caballero anciano, alto, de aspecto distinguido. Su rostro de facciones regulares, tenia un marcado sello de injénita bondad y complacencia, que lo hacia respetable y atrayente. Era el señor Ernesto Lafontaine y aquella su oficina de trabajo.

Como hemos dicho, a las ocho de la mañana, el señor Lafontaine, a cuyo sirviente hemos oido hablar indiscretamente en la taberna de la calle San Diego, llegaba a su oficina, abria la puerta-mampara y penetraba a una ámplia sala, que recibia luz por una ventana abierta sobre la calle

El señor Lafontaine tomó asiento ante un escritorio de gran cuerpo, medio cubierto por legajos de papeles y grandes libros. A su espalda, semi embutida en el muro, estaba colocada una caja de fondos, toda de fierro. Cubria el piso una elegante alfombra de Smyrna y completaban el mueblaje sillas y grandes sofaes tapizados con cuero rojo.

Nos hemos detenido en estos detalles, por estar ellos relacionados íntimamente con los acontecimientos que se produjeron despues.

Aquella mañana, el señor Lafontaine, sentado frente a su mesa de trabajo, cosa inusitada en un hombre de negocios, no empezó por examinar el alto de manuscritos que tenia al alcance de su mano. Su rostro bondadoso

aparecia contraido por una sonrisa de satisfaccion. Un amable pensamiento lo distraia.

Su espíritu, alejado irresistiblemente de la prosaica labor comercial, se recreaba en dulce meditacion. Estaba lejos, en uu risueño hogar, lleno de encantos infinitamente preciados para su corazon todo ternura y amor paternal. Aquel hogar era el suyo. Hacia poco lo habia dejado y en él a sus dos pequeños hijos, risueños siempre, siempre con un encargo de regalos, adorablemente espresados en su lenguaje infantil. El señor Lafontaine pensaba en ellos.

En la vida de todo hombre, hai momentos en que el pensamiento se aleja de lo que lo encadena dia a dia, se rebela y huye, para ir mui lejos, a buscar en la fuente de los recuerdos, de las cosas que, recientes o pasadas, hablan al corazon el lenguaje del sentimiento, el aliento para la lucha continua, uniforme de la diaria tarea

El señor Lafontaine, con la cabeza inclinada, el cuerpo lijeramente hácia atras en el ámpiio sillon, pensaba en todo esto, como hemos dicho! Cuán lejos estaba su pensamiento de la fatalidad y del crímen, que lo acechaban para hacerlo su víctima, encarnados en la persona del siniestro criminal frances!

De pronto vino a sacarlo bruscamente de su risueña abstraccion un discreto golpe dado en la puerta-mampara de la oficina. El señor Lafontaine se interrogó mentalmente quién podria ser el que llegaba a hora tan temprana.

—Adelante, dijo.

Las anchas hojas de madera y vidrio se abrieron, y Dubois apareció en el umbral. Con rápido movimiento descubrió su cabeza del enorme calañes, dejando libres sus ensortijados y largos cabellos, divididos por una correcta raya al lado izquierdo. El hipócrita malhechor avanzó hasta cerca del escritorio y saludó con una inclinacion de

cabeza. En aquellos momentos su aspecto no ofrecia nada de repulsivo: Sobre su semblante de color cetrido, estaba admirablemente finjida una espresion de timidez y embarazo tales, que movia a compasion.

El señor Lafontaine, asi lo comprendió y con su natural bondad quiso alentarlo:

—Buenos dias, señor. Sírvase tomar asiento y decirme en qué puedo serle útil.

Dubois, aparentando cada vez mas cortedad, empezó su estudiada y falsa historia de desamparo y miseria.

Era injeniero de minas. Malas fortunas lo habian impelido hasta el hospitalario pais en que se encontraba, en donde, desconocido, casi huérfano, la vida lo aflijia con sus necesidades mas crueles. Buscaba una recomendacion, algun socorro.....

Mientras hablaba, mantenia la vista baja, como avergonzado de la vedada limosna que solicitaba, como si los sentimientos de una altiva dignidad, no abatida por la miseria, pugnaran por rebelarse a cada palabra.

El señor Lafontaine lo escuchaba atentamente y habia tal sello de verdad en la actitud cohibida, timorata, de su visitante, que su bondadoso corazon se conmovia.

—Siga Ud. Esprésese usted sin temor.

—Ya lo he dicho, señor, no soi un mendigo, pero mi situacion es tan aflictiva, que muchas veces he tenido que luchar desesperadamente para mantener en mi cerebro la razon que huia, llevándome a la locura del suicidio.....

Mientras hablaba asi, el malhechor tenia en cuenta un hábil plan rapidamente concebido. A su llegada, apenas habia cambiado algunas palabras con su bondadoso interlocutor, hablando consigo mismo se dijo:

—Es necesario que me dé dinero, dinero que seguramente sacará de la caja de fondos. Una rápida ojeada me bastará para imponerme de la forma de la llave y del me-

canismo de la cerradura. Por lo demas, el vejete este, no es tan duro como su plata....

—Señor, continuaba el criminal, mi estado es tanto mas aflictivo, cuanto que aqui nadie me conoce..... Por eso es que recurro a las personas de sentimientos caritativos, como Ud., que pueden hacer algo por un infeliz, cuya gratitud será eterna. La amable atencion de Ud. me induce a hacerle una confidencia.....

Aquí Dubois pensó que era llegado el instante de producir el efecto que debia llevarlo al éxito de su plan.

Con acento que una finjida emocion hacia conmovedor, continuó:

—Siento vergüenza, pero Ud. señor, que ya lo sabe todo ¿por qué no decírselo tambien? Desde hace dos dias, mi único alimento ha sido un pan pequeño..... Su voz tenia en aquellos momentos inflexiones de hondo pesar, de franco sentimiento.

El bondadoso señor Lafontaine, al escuchar tal confidencia, no contestó nada, pero en su rostro el criminal vió con disimulado júbilo el reflejo de una profunda compasion. Se puso de pié. Estrajo del bolsillo de su pantalon un grueso manojo de llaves unidas por un anillo de hierro, buscó una, y la introdujo en la cerradura de la caja de fondos colocada junto al muro. Dió dos vueltas y la ancha y pesada hoja de acero jiró sobre sus sostenes, dejando al descubierto numerosos fajos de billetes. De uno de ellos estrajo dos del tipo de diez pesos.

Dubois, en tanto, aparentando seguir con sorpresa la repentina accion del señor Lafontaine, de una rápida ojeada habia mirado la llave colocada en la cerradura de la caja de seguridad. Si el bondadoso corredor de comercio se hubiera vuelto en aquel momento para mirarle, seguramente hubiera comprendido que algo siniestro y fatal lo amenazaba.

Los pequeños y hundidos ojos del criminal, rápida-

mente se habian encendido con el brillo de la codicia. Su rostro, contraido por burlona sonrisa de triunfo, ostentaba una espresion satánica. Pero este cambio fué rapidísimo.

Cuando el señor Lafontaine hubo sacado el dinero y cerrado de nuevo de un solo golpe la pesada hoja de fierro, Dubois tenia otra vez su hipócrita máscara de humildad y embarazo.

—Aquí tiene, le dijo su protector, aquí tiene un modesto ausilio. Perdone Ud. lo poco, pero yo no soi rico. Y le alargó los dos billetes, que el malhechor recibió con mil frases de agradecimiento. Luego salió de allí, espresando hasta lo último su gratitud.

Cuando regresó a casa de Ursula, eran las diez y media de la mañana.

Aquella misma tarde debía teñir sus manos con la sangre de su jeneroso bienhechor.

CAPÍTULO III.

Por el amor y la complicidad

En la calle Instituto, más o ménos a mitad de la cuadra comprendida por las calles de Galvez y San Diego, existia en la época de nuestra relacion un viejo edificio de dos pisos cuyas ventanas, con gruesas rejas de tosco fierro, estrechas y desplomadas, le daban aspecto de un jigantesco palomar. Sobre el marco de la puerta principal, un gran letrero, maltratado por las lluvias de quién sabe cuántos inviernos, decía, en gruesos caracteres negros sobre fondo ceniciento:—"Casa de Pension".— En aquella casa, a toda hora del dia, se veia entrar y sa-

lir a sus numerosos y variados inquilinos, obreros, empleados, modistas y costurerillas.

Penetrando por la puerta principal, al fondo de un largo pasadizo enladrillado, se llegaba a una escala de caracol, de tramos carcomidos y gastados por la accion del tiempo y el tránsito de muchas personas. Esta escala terminaba en un angosto corredor del segundo piso, ocupado en su mayor parte por sillas inválidas y mesas destruidas. Sobre él se abrian cinco o seis puertas, separadas por corto espacio, y correspondientes a otras tantas habitaciones, ocupadas por los inquilinos.

A mitad de este corredor, una puerta de marco semi-apolillado, cubierto de innumerables inscripciones con lapiz las unas, las otras con carbon, ostentaba en lo alto los restos de un número borrado casi por completo. Los vidrios de los postigos estaban vestidos con las noticias de quién sabe que época remota. Los cubrian en toda su estension amarillentos papeles de diarios.

Aquella habitacion, en su interior, ofrecia un aspecto igualmente modesto pero mucho mas halagüeño: pobres y viejos muebles, pero limpios, bien colocados, le daban un sello de órden y de compostura. Aquí y allá, aparecia hábilmente disimulada la rotura del tapiz de una silla, con una hermosa labor de delicada mano femenina; sobre los muros, pequeños grabados representando batallas o idilios campestres. Todo esto contribuia al agradable aspecto del conjunto.

Aquella,—como nuestros lectores lo habrán adivinado,—era la habitacion de Ursula Morales y de Dubois.

Eran las nueve y media de la mañana. Hacía poco que el criminal habia dejado aquella morada, para ir, como sabemos, con funestos propósitos al escritorio del señor Lafontaine.

En la habitacion, sentada junto a la puerta para aprovechar así la escasa luz que dejaban penetrar los papeles

colocados sobre los vidrios, estaba Ursula Morales, ocupada en costuras. Casi a su lado, una cuna de mimbre servía de lecho a un niño dormido.

Ursula ejecutaba maquinalmente su trabajo. Su pensamiento estaba mui distante. De vez en cuando retiraba su vista de la labor para fijarla en el tierno rostro del dormido. La mirada de sus oscuros ojos, velados por largas pestañas, adquiria entónces espresion de honda tristeza. Luego volvia a su tarea, pero su actitud revelaba que su mente estaba poseida por ajitados pensamientos.

Como hemos dicho, hacía poco que Dubois habia salido, y sus palabras de la noche anterior y su obstinado mutismo para responder a sus naturales preguntas, la tenian inquieta. Pensaba en lo que prodria significar esa repentina salida, y en su pasado, en su vida anterior, ajitada por repentinas borrascas.

Ursula era buena, buena con la bondad del que es dócil, débil y se presta inconsciente para el mal. La fatalidad la habia unido con el doble lazo del amor y de la complicidad al malhechor que aún para ella misma era un enigma, en su modo de ser.

Como los musulmanes, ella, pensando en su pasado, podia decir de todo lo ocurrido: "Estaba escrito". La mala ventura tiene a veces la apariencia de lo dispuesto de antemano.

¿Quién era Ursula Morales?

Hija del trópico, su naturaleza tenia del ardiente sol que dora la caña de sus campos natales y de los impulsos del torrente que corre desgarrando la montaña.

Un dia tuvo su idilio; allá, bajo la sombra benigna de los verdes platanares, de las palmeras en flor. Para la hermosa muchacha colombiana, el frances tuvo frases dulcemente tiernas, palabras nunca escuchadas, que sonaron en sus oidos como promesas de inmutable felicidad.

El amor la aprisionó. Y una tarde, a la hora de la siesta, cuando en la morada paterna todos descansaban, ella dijo adios a su risueño hogar, a lo que le era caro y siguió a su seductor.

Miéntras sus manos ajitadas prendian la aguja, Ursula pensaba en aquello y su pasado se le aparecía como un sueño hermoso, rapidamente vivido. Después vinieron las luchas y los pesares, las primeras lágrimas. Luego la vida ajitada, febril. de la compañera del que teme a la lei y al patíbulo; las emociones dolorosas de las fugas y las angustias mas crueles aún de la espera.

¿Cuántas veces ella habia suplicado por que todo eso terminara? Pero sus ruegos siempre se habian estrellado contra el cínico mutismo de su compañero. Cuando sentia renacer la confianza, el peligro se presentaba de nuevo, mas patente, mas efectivo que nunca....

Tales pensamientos llenaban la mente de Ursula.

De repente, pasos apresurados se sintieron en el corredor y la puerta de la pieza no tardó en abrirse. Entró Dubois. Su semblante aparecía contraido por un jesto de preocupacion.

Sin hablar a su compañera y sin siquiera detenerse a dar una mirada sobre la cuna de su hijo, se dirijió directamente a un rincon de la pieza en que estaba colocada una pequeña mesa. y se sentó junto a ella. Del cajon del mueble estrajo una lima y algunas llaves viejas. Luego, sin levantar la cabeza, empezó un siniestro trabajo: fabricaba una llave igual a la que, momentos antes, viera en manos de su jeneroso bienhechor.

Durante su estraña tarea ¿qué ocultos y variados pensamientos ajitaban su espíritu culpable? Ante sus ojos, a cada pequeña interrupcion en su labor, se aparecía la caja de fondos del escritorio Lafontaine, con sus casilleros repletos de billetes de Banco, y esta vision daba fuerzas a sus manos, que seguían febriles desgarrando el fierro.

CAPÍTULO IV.

El crímen

Erán las ocho y media de la noche. Noche de otoño, fria y tempetuosa. Espesos nubarrones se arremolinaban en el cielo oscuro y fuertes ráfagas hacian vacilar la luz de los faroles de las calles, zumbando siniestramente al chocar con los hilos telefónicos,

Santiago estaba silencioso. El centro de la ciudad ofrecía un aspecto de escasa animacion con todos sus grandes almacenes a puerta cerrada, y sus calles poco concurridas.

La calle de Huérfanos, en la parte comprendida por las de Estado y San Antonio, a esa hora, aparecia casi desierta. Más o ménos a mitad de la cuadra, en la planta baja de un edificio de dos pisos, por los maderos apenas entreabiertos de una ventana se escapaba al esterior un rayo de luz. Asi mismo, la puerta de ese edificio estaba nada más que junta.

Aquel era el escritorio Lafontaine.

En la oficina que ya conocemos. el anciano corredor de comercio trabajaba activamente. Negocios que requerian pronta solucion lo habian retenido en su mesa de labor hasta esa hora completamente inusitada en sus hábitos de trabajo. Con la cabeza inclinada sobre un alto de manuscritos, los examinaba con detencion, haciendo anotaciones en un gran libro, colocado al alcance de su mano. Tres lámparas de gas, colgadas al techo por un tubo de bronce, iluminaban por completo la oficina. El pasadizo quedaba en semi-claridad.

El señor Lafontaine parecia embebido en su tarea. Su

mano, con movimientos rápidos y nerviosos, hacía correr la pluma sobre el papel, produciendo un ruido suave; el único que turbaba el silencio de la oficina.

De improviso, en un momento, el corredor levantó su blanca cabeza y se quedó suspenso por algunos instantes, la pluma en las manos y el oido atento. Por el pasadizo habia escuchado un rumor débil, como de pasos dados con precaucion. Despues de algunos segundos, como su oido no volvierá a percibir otro rumor, volvió de nuevo a su tarea, reprochándose, un puéril e infundado sobre-salto. No tardo en absorberse otra vez en el estudio de sus manuscritos.

Su espíritu, concentrado integramente en los árduos problemas comerciales, estaba mui distante del terrible peligro que lo amenazaba. La fatalidad, más que nunca, estendia entónces sobre su cabeza el negro velo del crímen.

Amparado por la sombra y espiándolo hábilmente por un pequeño claro de la puerta-mampara, Dubois estaba allí, a dos pasos de él, apretando febrilmente entre sus manos su funesta arma de muerte, el "laque" siniestro. Solo pocos momentos ántes el odioso malhechor fran ces habia llegado allí. A veces, una sombria providencia parece amparar al crímen. El jeneroso corredor, contadas veces se veia obligado a trabajar hasta horas tan avanzadas. Y en aquella ocasion, precisamente, le habia acontecido tal cosa. Dubois ignoraba esa circunstancia y habia ido en su busca, guiado por la perversidad de su instinto criminal e inspirado por quién sabe que satánico y oculto presentimiento.

Primero la luz y luego la puerta entreabierta, le revelaron la presencia del que debia ser su víctima. La soledad de la calle, el silencio y el mismo trastorno de la noche tempestuosa; el ruido del viento huracanado, a propósito para confundir con sus ecos un grito o una voz de so-

corro, se le ofrecian como inopinados y secretos cómplices.

Por la puerta entreabierta penetró al edificio, suavemente, sin hacer el menor ruido, rozando con su cuerpo los sólidos maderos. Ya adentro, despojó sus piés del tosco calzado, dejándolos junto a la puerta y avanzó hasta la oficina, cuya luz se proyectaba debilmente al esterior, interceptada por la mampara empalonada.

Acercó su rostro a un claro del vidrio y miró. Sus ojillos brillaron entónces con viva espresion de odio y de codicia, como las pupilas de la fiera en acecho, que se recrea contemplando la víctima que debe devorar. No alcanzaba a ver sino parte de la mesa de trabajo y la cabeza, tranquila, serenamente hermosa del anciano Lafontaine. Pero su imajinacion afiebrada por la criminal obsecion le hacía contemplar, allí, a dos pasos de él, la caja de fondos abierta, con sus casilleros repletos de billetes de Banco.

Y asi estuvo largo rato en acecho, el cuerpo doblado, las fuertes manos apretando nerviosamente el férreo "laque"; las pupilas fijas, encendidas y feroces como las de un felino, pugnando por abarcar de una sola mirada todo el interior de la oficina. Su boca, grande y de musculosos labios, contraida ni por una sonrisa ni por un jesto, tenia de ambas cosas a la vez, en un riptus estraño, en una mueca satánica.

De pronto dejó de observar. Su cuerpo se enderezó con brusquedad y su mano derecha empuñó briosamente el arma de muerte.

La hora del crimen habia sonado.

El señor Lafontaine continuaba escribiendo. Hacia poco, el reloj de la oficina, colgado junto al muro, con sones largos y pausados, que ocultaban para su dueño quizas un aviso, una voz profética, habia dado nueve campanadas, largamente vibradas por su lengua de

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

bronce. Se apresuraba; era preciso volver a su tranquilo hogar, en donde su joven familia estaria presa de angustia por su prolongada tardanza. Su pluma corria mas lijera aun, con ruido sordo sobre el blanco papel que se iba cubriendo de cifras y de letras. En pocos minutos mas, su tarea habia terminado. Empezó entonces a guardar en el cajon del escritorio los numerosos papeles colocados sobre la cubierta. Una sonrisa de satisfaccion iluminaba su bondadoso rostro. Pensaba en la respuesta que debia dar a sus pequeñuelos, cuando lo interrogaran sobre su tardanza; preguntas mezcladas con tiernos besos y adorables reproches. De improviso sus risueños pensamientos fueron interrumpidos bruscamente.....

La puerta-mampara de la oficina se abrió, poco a poco, crujiendo sobre sus gosnes de acero. En su dintel no apareció nadie. Era indudable que una mano la habia abierto y esa mano la sostenia desde afuera, sin que se atreviera a penetrar el que llegaba. Pero esa llegada misteriosa, sin ruido ¿qué queria decir?

El señor Lafontaine, instintivamente, se puso de pié. Un vago presentimiento, una voz oculta, le hablaron a su espíritu del crímen que lo acechaba. Frio sudor, en aquellos rapidísimos segundos de espectativa, inundó su frente.

Con acento que la intuicion del peligro hacia temblar, preguntó:

--¿Quién es?...

El eco, desde el fondo del edificio desierto, le repitió sus palabras, con prolongadas entonaciones de misterio que se llevaron lejos las rachas otoñales.

En aquellos mismos momentos, como obedeciendo a un conjuro diabólico, Dubois penetró a la oficina. Dió dos pasos y a corta distancia del escritorio se detuvo, mirando fijamente al anciano, con sus brazos cruzados, armado el uno con el arma manchada con la sangre de

quién sabe cuántas víctimas. De él lo separaba el corto espacio ocupado por el mueble.

—Usted! Usted! otra vez, murmuró al verlo el corredor, retrocediendo hasta junto al muro, al lado de la caja de fondos. Y sus labios, contraidos, volvieron a murmurar:

—Usted! Usted!

En la mirada viva, aterradora del malhechor, acababa de leer la fatalidad de su destino.

A esas esclamaciones, Dubois no contestó. Cruzado de brazos, con su rostro contraido horriblemente por un riptus satánico, miraba fijamente a su víctima. Sus pupilas aceradas tenían el brillo de una cegadora locura, de magnética atraccion.

Durante algunos segundos permanecieron así, inmóviles, cruzando sus miradas; terrible la una y espantada, interrogativa la otra, en medio de un silencio funesto, precursor de horrores.

De afuera, los ecos callejeros llegaban apagados, confusos, traidos por el viento tempestuoso que jemia entre los maderos de las ventanas, como prediciendo el sangriento drama que se preparaba.

Aquella situacion terrible tuvo término. De pronto, con la ajilidad febril de la fiera que cae sobre su presa, Dubois de un salto salvó la distancia que lo separaba de su víctima: el arma en alto, el biceps contraido por la fuerza acumulada.

Lo inesperado de esta accion y su rapidez anonadaron al desgraciado anciano. Sus brazos, instintivamente, levantáronse para cubrir la cabeza, mientras sus ojos, con espresion de hondo espanto, de emocionante súplica, miraban fijamente, muy abiertos, al asesino.

El fuerte brazo de éste, con todo el impulso de sus músculos, dejó caer el hierro homicida sobre la sien derecha del corredor, sin ruido, sin producir un débil eco. La sangre saltó lejos, yendo a quemar con sus rojas salpicaduras las

manos y el rostro de Dubois. El infame se quedó suspenso, con el brazo levantado, aguardando los resultados del primer golpe y pronto a descargar el segundo. Los ojos salidos de las órbitas y el rostro ensangrentado le daban un aspecto horrible. Pero no tuvo necesidad de empezar de nuevo su siniestra tarea. El anciano vaciló un momento, como buscando un apoyo; sus labios se abrieron para proferir una voz de socorro, que se tradujo en un tembloroso jemido, y cayó pesadamente hácia atras, yendo a chocar su cabeza contra la caja de fondos. El grueso porton de acero produjo un ruido sordo, que quedó vibrando por largo rato con metálicas entonaciones.

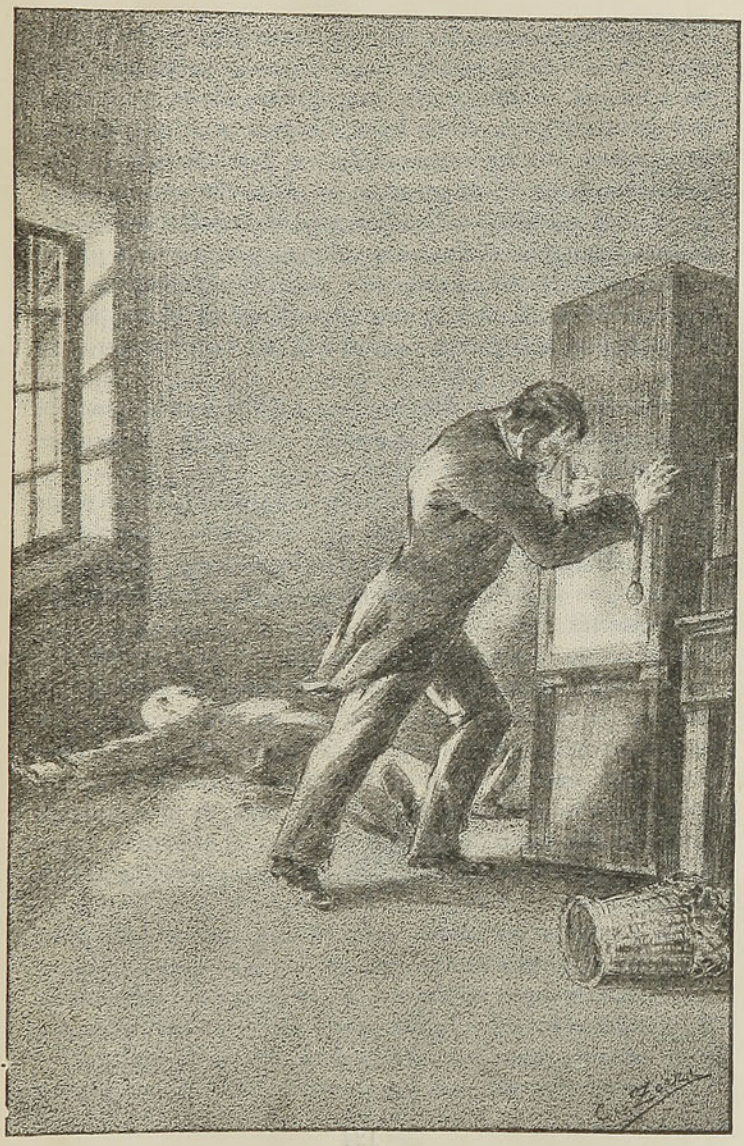
El cuerpo del señor Lafontaine, sostenido así en su caida, quedó reclinado contra la pared de la caja, con la mitad sobre la alfombra enrojecida por la sangre. El cadáver parecia resguardar los valores y el dinero que habian inducido al crimen al codicioso malhechor.

Dubois, sin cambiar de actitud, lo observaba, con sus pupilas salidas de las órbitas y el rostro conjestionado. Su brazo, con el peso del siniestro "laque", temblaba nerviosamente.

El asesino aguardaba el comienzo de una cruel agonia, que no debia llegar. Impacientado al fin, con furia feroz, quiso terminar su infame obra. Dos, tres veces, el pesado fierro destrozó el cráneo del cadáver. Despues arrojó sobre la mesa el arma homicida y tomando a su víctima de los pies, la arrastró rudamente hasta cerca de la puerta de entrada. Al practicar esta lúgubre maniobra, de la ropa del asesinado se desprendieron un manojo de llaves y un hermoso reloj de oro, sin cadena. Al verlos, el rostro del infame victimario se iluminó.

—Me ahorro rejistrarlo, se dijo, y hé ahí un relojillo que me viene de perillas.

Y se apoderó de ambos objetos.



CRÍMEN LAFONTAINE

En aquellos instantes, su naturaleza avezada al crimen habia vuelto a su calma habitual. A dos pasos de su inocente víctima cuya sangre, coagulada ya, mantenia tirante el cútis de su cara, su espíritu no era ajitado ni siquiera por un vago temor, ni por la sombra de un remordimiento. Contemplaba el cadáver con la espresion de un deseo satisfecho, con el lúgubre deleite del chacal que aspira el olor húmedo de la sangre de su presa.

Ya con las llaves en su poder, se dirijió a la caja de fondos. De entre el manojo sacó inmediatamente la que debia usar. Mientras la introducia en la cerradura, se dijo:

--Caramba, la que fabriqué esta tarde de nada me hubiera servido. No es ni parecida á esta. Me he equivocado como un chico de escuela.

Con completo conocimiento del mecanismo de las cajas de seguridad, dió dos vueltas a la izquierda y empujó la chapa para el interior. Un sonido agudo, de campanilla eléctrica, se dejó oir y la ancha hoja de acero jiró sobre sus sostenes.

Con avidez repugnante, sudoroso, con sus pupilas felinas brillando de codicia, el criminal llenó con los fajos de billetes de Banco sus bolsillos, que se abultaron y se hicieron estrechos para contener la valiosa carga. No contento aun, sus manos ensangrentadas urgaron hasta el último rincon en busca de un billete mas, de una moneda humilde. En vista de su ningun éxito, el miserable cerró la férrea puerta de la caja, haciendo una horrible mueca de desprecio.

En aquellos instantes, una ráfaga huracanada hizo crujir los maderos de la ventana, con ecos quejumbrosos, como de lamentos humanos. El criminal se estremeció. Su imajinacion de culpable creyó sentir en ese ruido clamorosas esclamaciones, frases de horror y de castigo.

Instintivamente, por involuntaria accion, su primer

impulso fué huir, y corrió hácia la puerta de salida. El cadáver colocado allí le interceptó el paso y, sin verlo, tropezó en él, cayendo largo a largo sobre la alfombra. Presa de hondo pavor, en ajitada espectativa estuvo algunos segundos en el suelo, con el oido atento, respirando apenas... Pasaron un minuto, dos, y no escuchó mas que el lejano zumbido del viento huracanado.

Se puso otra vez de pié y mirando el cadáver, desahogó su ira en una inmunda blasfemia.

—Si es cierta la supersticion italiana, se dijo, yo seré descubierto. He tropezado en el cuerpo de este maldito avaro. Conviene que salga de aquí.

Avanzó hasta la mesa y cojió su fatídica arma de muerte, colocándola bajo la faja de su cintura, oculta por el pantalon. Despues, sin mirar atras, saltó sobre el cadáver de su vítima y salió al pasadizo. Allí buscó sus zapatos.

Trascurridos dos minutos, salia de aquella casa en donde dejaba el secreto de una horrorosa trajedia, que debia conmover la opinion pública de todo Chile.

EN VALPARAISO

CAPÍTULO V.

Declaracion sujestiva

Seis meses despues de los acontecimientos que hemos dejado espuestos en los capítulos anteriores, como a las 7 de la noche del 3 de setiembre de 1905, nuestro antiguo conocido Emilio Dubois, caminaba apresurado por la acera norte de la Avenida de las Delicias, en Valparaiso. Por las anchas veredas transitaban en diversas direcciones, a esa hora, numerosos obreros que iban, unos en busca de la frugal comida y del descanso en el modesto hogar, otros a la taberna de su barrio. A Dubois se le podia tomar por uno de ellos. Amplia blusa de dril azul, cerrada hasta el cuello, en el que se arrollaba un pañuelo negro de algodon; pantalones de jénero color ceniza, llenos de salpicaduras de aceite y alquitran, le daban el aspecto de un laborioso operario de maestranza.

Caminaba apresurado, avenida arriba, hácia la estacion del Baron.

Al llegar a la esquina de una angosta y tortuosa callejuela que bajaba haciendo zig-zags por la falda de un cerro, dobló por ella y ascendió unos cuantos pasos hasta un establecimiento comercial, por cuya puerta penetró resueltamente al interior.

Aquel establecimiento ocupaba un bajo y tosco edificio de un piso, de murallas desplomadas, que sostenian un techo de tejas, hundido en varias partes. Tenia una sola puerta y sobre ella, disformes letras pintadas sobre la cal del muro, decian:

"RESTAURANT DE LOS LECHEROS"

tomando tal nombre del de la tortuosa callejuela en que estaba ubicado.

El interior del restaurant era mas modesto y sucio que su portada. Una sala redonda, con poquísima ventilacion; junto a las murallas cubiertas con periódicos de caricaturas, numerosas mesas de coligüe colocadas unas en pos de otras. Al centro, colgada al techo por un alambre, una lámpara de parafina con pantalla de laton esparcia su amarillenta claridad por la sala.

Cuando Dubois llegó, reinaba en ella un barullo capaz de amedrentar a cualquiera que no hubiera sido el hábil criminal. Las mesillas en su mayor parte estaban ocupadas por los numerosos "habitues" del "Restaurant de los Lecheros": marineros, vestidos con chupas de lana azul y en la cabeza el indispensable jockey; cargadores y fleteros de la bahia, todos de siniestra catadura, de rostro conjestionado por el abuso de las bebidas alcohólicas. Conversando entre sí, los diferentes grupos formaban una algazara atronadora. Dubois cruzó la sala y tomó asiento junto a una mesa colocada en un ángulo. Allí se hizo servir el estraño menú del restaurant, que consumió con apetito abierto, sin parar mientes en muchas vian-

das condimentadas de manera tal, que hubieran hecho protestar a un estómago no acostumbrado a aquello.

Dubois sirviéndose un trozo de misterioso conejo, recordaba, con filosofía culinaria, los guisos hechos con la carne de un repugnante roedor, que se viera precisado a comer en una de sus sangrientas correrias por el interior de Colombia.

Concluida la última vianda, retiró su asiento, encendió un cigarrillo y sacando una carta del bolsillo de su blusa, rasgó el sobre y se puso a leer su contenido, sin importarle ni mucho ni poco las burlonas miradas de los otros parroquianos.

Leamos tambien nosotros. La carta estaba escrita con desiguales y pequeños carácteres, que revelaban poca práctica en su autor, decia así:

"Mi querido Emilio:

"En obedecimiento a lo que tu me dices en tu última, a nadie le he dicho que tú estas en ese puerto. No tengas recelo de que sea indiscreta; por lo demas, conozco a mui poca jente. Como ya habrás leido en los diarios, los sujetos que estan presos por aquello de Lafontaine, han sido condenados a muerte por el promotor fiscal. Siempre la suerte te acompaña.

"Esta circunstancia me induce a pedirte otra vez que no vuelvas a las mismas y que me dejes ir a reunirme. Ya no hai ningun cuidado. No me esplico tu negativa a esta peticion mia.

"El niño está mui dije y te envia cariños. Te saluda tu afectísima amiga. (1)

X".

---

(1) Esta carta, copiada al pié de la letra, figura entre los antecedentes del proceso.

Esta carta no traia fecha y, como nuestros lectores habrán adivinado, la misteriosa corresponsal del malhechor, cuyo nombre se ocultaba discretamente bajo esa sujestiva X, no era otra que Ursula Morales, la pobre mujer que le era de suma utilidad a su siniestro compañero, dándole aviso desde la capital de todo lo que pudiera interesarle.

Dubois, despues de terminada la lectura de esta carta, dobló el papel y lo metió en su bolsillo.

—Eso no marcha mal, se dijo hablando consigo mismo. Luego, para no aparecer encerrado en un orgulloso retraimiento, prestó atencion a lo que hablaban sus vecinos, en una mesa cercana a la suya.

Eran dos marineros y dos cargadores, a juzgar por sus trajes. Conversaban animadamente acerca de un tema que revelaba claramente sus aficiones.

—Lo que es aquí, hombre—decia uno de los marinos—son todos unos gallinas. No se fuera a ver un caso como el que yo conozco. En mi última vuelta a bordo del "Maine" recuerdo que cuando llegamos a Montevideo aquel mundo estaba de marea. Los "pacos" mas azareados que un tiburon con hambre. En cuatro dias en las calles mas centrales del puerto, un "niño" de esos bien entallados y de pelo en pecho le habia dado el bajo a tres "futres" robándoles buenos miles. Ya lo creo que ese gallo no se "arrejaba" por cualquier paja. Se iba de hacha y clavaba puras ballenas, buenas presas.

Dubois escuchaba atentamente e interrumpió al narrador:

—¿Y pillaron a ese "peine"?

—Qué lo iban a pillar, por lo poco velero que era!.... La policia lo buscó inútilmente, segun supe a la vuelta, y él se quedó mui feliz con buenos miles en la cartera.

—Ese si que era "niño", dijo el otro marinero.

Dubois, al terminar el narrador, se habia puesto de pié

para marcharse. Mientras se arreglaba el viejo sombrero sobre la cabeza, sonriendo burlonamente, se dirijió a los cuatro reunidos y les dijo:

—Estén seguros ustedes, señores, que tanto en Montevideo como en cualquiera ciudad de Chile, un hombre audaz puede embarcarse en la empresa mas arriesgada con la completa seguridad de que la policia pasará por encima de él sin verle ni las narices. Aquí los "pacos" son como gallinas (1).

—Buenas noches.

Y Dubois cruzó la sala y salió a la calle.

Los marineros y los cargadores lo quedaron mirando con espresion de curiosidad. Uno de ellos dijo:

—No se por qué este "gringo" me intriga. Yo creo que anda buscando fondeadero para echar el ancla donde haya plata. ¡Diablo de gringo!

CAPITULO VI.

Elcira Marin

Luego que el criminal estuvo en la calle, caminó hasta la esquina de las Delicias, atravesó la quebrada de los Lecheros y siguió por la acera norte de la avenida, hasta cerca de la estacion del Baron. Ante una angosta puerta se detuvo, buscó en su bolsillo una llave y la introdujo en la cerradura. Dos minutos despues penetraba en su habitacion.

Aquella era una casa de arriendo, mitad conventillo,

---

(1) En el proceso contra el criminal frances, figura esta declaracion suya que reproducimos testualmente.

mitad hotel. Desde la puerta de entrada, a lo largo de un oscuro y angosto pasadizo se abrian numerosas piezas, que ocupaba, por dias y meses, el mas variado conjunto de inquilinos. Esta circunstancia esplicaba un inamovible cartel colocado sobre el marco de la puerta de calle:

"SE ARRIENDAN PIEZAS"

El corredor se ensanchaba al fondo, formando un reducido patio, atravesado en todas direcciones por cordeles con ropa a secar.

En una de las piezas de "arriendo" de aquella casa vivia Dubois desde poco tiempo despues de la noche del martes de Carnaval, en la que, como sabemos, el cínico criminal llevó a efecto su hazaña mas sangrienta.

Despues de su crímen abandonó a Santiago y se vino a Valparaiso, en donde llevó una ajitada vida, frecuentando los centros de diversion y de vicio, en todos los cuales derrochó en pocos meses la suma que sustrajera de la caja de fondos del escritorio del señor Lafontaine.

No tardó en verse otra vez sin dinero, y entonces volvió a su estraño papel de mendigo. Diariamente, desde las primeras horas del dia, daba comienzo a su peregrinacion por las casas de las personas acomodadas, a las que lograba conmover con su hipócrita y estudiada cantinela de desamparo y miseria. ¿A cuántos logró engañar?

El malhechor vivia así, con desahogo relativo, cómodamente si es posible, sin los esfuerzos de la diaria lucha por el pan de los que lo buscan en los grandes centros de la actividad humana. Sin embargo para el criminal, obcesionado siempre por fantásticos sueños de riqueza, esa situacion no le era agradable. Comprendia que, tarde o temprano, su farsa seria descubierta y entonces estaba perdido. Era preciso, de un solo golpe, poseer dinero, mu-

ELCIRA MARIN

cho dinero... Para adquirirlo, su espíritu convulsionado le mostraba un camino único: el crímen. Y buscaba la ocasion del crímen.

Su peregrinaje de mendicidad ocultaba un doble objeto. A cada sitio que llegaba a relatar su historia de lágrimas y de hambre, su ojo perpicaz de malhechor se ajitaba en busca de un detalle, de alguna circunstancia que le hiciera llegar al logro de sus fines.

En el fondo de todo espíritu humano, aun en el del mas repugnante, criminal, debe haber seguramente un resto, débil, ahogado, de bondad, que en los momentos de calma y meditacion debe de revelarse para decir a la mano ensangrentada: no mates mas, ya es bastante! Dubois carecia aun de eso.

Su vida tenia un solo objeto, la riqueza. El crímen era su medio. Ningun pensamiento oculto, nunca, desde que empezara su carrera de sangre, le habló en el silencio de la meditacion y de los recuerdos de la bondad, de la virtud, de la tranquilidad del que puede asomarse a su conciencia sin mirar horrores.

Tal era la fisonomia moral del siniestro criminal frances, cuyo nombre es tristemente célebre en Chile.

En los momentos en que lo encontramos de nuevo, su funesto trabajo en busca de una víctima habia encontrado el campo en que podria accionar. Al dia siguiente la inocente sangre de un hombre teñiria sus manos otra vez.

¡Y tantos ya!

Al penetrar Dubois en su habitacion una mujer salió a recibirle. El malhechor la saludó con una inclinacion de cabeza y se dirijió junto a una mesa colocada al centro de la pieza, desde la que una lámpara de vidrio alumbraba débilmente. Tomó asiento junto a ella. Despues abrió su blusa, estrajo algunos papeles y se puso a examinarlos.

La mujer le interrogó, al mismo tiempo que se sentaba

a su vez cerca de la mesa, con una labor en las manos:

—Tarde llegas. ¿Te ha ido bien?

Su voz era áspera, con lijero dejo de ironia.

—Ni bien ni mal. A tí poco te importa. Sigue en tu trabajo que yo seguiré en el mio. ¿Entiendes? No quiero que se me interrumpa!

—Está bien, contestó la mujercilla, secamente. Como desde hace tiempo no has hecho nada que valga la pena... y ya sabes que la plata escasea...

Dubois se encojió de hombros por toda respuesta y siguió trazando rayas sobre un papel.

Su compañera pareció conformarse con tan parcas esplicaciones y volvió a su labor.

Era Elcira Marin.

Alta, un poca inclinada, de facciones toscas a las que daban espresion de dureza constantes arrugas en la frente, no tenia su físico nada de agradable. Mas bien era repulsivo. ¿Quién era esta mujer que vemos asociada al criminal frances?

Dubois la habia conocido en un centro de vicio. Compañera de una noche de orjía, no debia abandonarla ya. El criminal supo encontrar en ella todas las condiciones de una hábil cómplice. ¿Cuál era su pasado? Como todas esas criaturas miserables, tenia una sola e invariable historia: el vicio, desde mui temprano, la atrajo irresistiblemente y su carrera accidentada a traves de la vida habia tenido alternativas de rápidas buenas fortunas y muchos dolores, sobrellevados siempre con altivez y protestas.

Su espíritu apocado, se habia transformado en una especie de instinto que la guiaba. Habia nacido en el mal y lo amaba sin tener completa conciencia de lo que era. Dubois la sedujo. Amante de la fuerza bruta, el malhechor le dió pruebas de su arrojo sanguinario.

Fué una noche, en la fonda en que vivia Elcira. De una

puñalada ésta vió a su amante derribar herido a sus pies a un peligroso galan que la cortejaba. Desde entonces le perteneció enteramente, con la sumision de una esclava.

Y ámbos se unieron poco despues, estableciéndose una alianza entre esos dos seres, perverso el uno y amante de la perversidad el otro.

Muchas veces, en los dias de crisis monetaria Dubois la habia enviado a robar, en cualquiera parte, en donde la ocasion le ofreciera oportunidad propicia. Elcira escuchaba sus lecciones y le obedecia alegre, como si hubiera ido a fiestas. Jamas volvió a la casa con las manos vacias, y su criminal maestro, entonces, tenia para ella frases de alabanzas mezcladas con caricias.

Tal era Elcira Marin, la nueva compañera de Dubois, retratada a grandes rasgos,

En la modesta habitacion, alumbrada débilmente por la lamparilla de parafina, los dos malvados seguian trabajando en silencio, cada uno en su tarea, mui distinta por cierto.

El malhechor, con un lápiz en la mano, trazaba líneas sobre un papel. De vez en cuando se quedaba suspenso. Meditaba. El papel se iba llenando poco a poco de líneas rectas y transversales. Por fin, despues de larga hora de trabajo, Dubois arrojó el lápiz y con sonrisa de satisfaccion se quedó contemplando el papel.

Elcira, en aquellos momentos, habia levantado la cabeza y miraba curiosamente a su amante. La curiosidad era su defecto mas frecuente.

—¿Has terminado ya? le dijo.

—Si, he terminado, gracias al demonio, y como veo que ardes por saber qué quieren decir estas rayitas de lápiz, no te he de dejar con la curiosidad adentro. Te voi a esplicar.

Dubois acercó su silla a la de Elcira y bajando la voz continuó:

—Este papel que vez aqui es un plano, el plano de un almacen de abarrotes. Cuernos! te aseguro que está hecho a la perfeccion.

—¿Crees tu, que en todos los dias que me has visto salir temprano para regresar en la noche, he perdido mi tiempo como cualquier ladron de gallinas?

—Nada. He trabajado, pero como trabaja Dubois. Vas a verlo.

Ayer, poco despues de las cuatro de la tarde, me aburria como un turco aplanando inutilmente todas las calles de Valparaiso. Me aburria...

De vuelta, pasé por la calle de Blanco y el diablo me guió por buen camino. En el número 454 hai, como tu lo habrás visto, un gran almacen de propiedad de don Reinaldo Tillmans. Cuando yo enfrentaba la puerta del establecimiento, el señor Tillmans en persona—lo conozco por haberlo visto una vez en el Banco de Chile—se despedia de un señor, a quien le dijo—lo recuerdo como si lo oyera aun—"Son veinte mil, los he recibido ya"—Eso de veinte mil me intrigó. En la vitrina del almacen me detuve, como quien mira atentamente y alargué el oido. Pero no pude escuchar ni una sílaba mas.—Sin embargo era bastante ¿no te parece?

—Ya lo creo, contestó Elcira.

—Estuve parado allí como media hora. Trazaba mi plan. Hablando entre mí me decia:

"¿Como diablos me las manejo en este caso? Es indudable que el viejo Tillmans, al hablar de "veinte mil", se ha referido a otros tantos buenos pesos que ha recibido. Esos pesos los ha guardado, no hai duda, en su caja de fondos. Esta es mi ocasion. El problema se reduce a penetrar, de cualquier manera, al almacen y del almacen al escritorio del dueño. Lo demas es cuestion de una mirada. Me interesa conocer el camino del escritorio; me es indispensable para realizar un golpe. Como te digo, pen-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

sé todo esto y se me ocurrió el medio. La historia del injeniero de minas me sirvió a las mil maravillas.

Entré al almacen, me acerqué al meson e interrogue a un empleado:

—¿El señor Tillmans?...

—Sí, está, señor. Sírvase seguirme.

Por lo que ví, el señor Tillmans no gastaba mucha ceremonia para dar acceso hasta su persona a un visitante.

El empleado me hizo pasar el meson, por una portezuela abierta en el mismo; anduvimos quince pasos, justos y cabales hasta una puerta cerrada. Mi guia golpeó con los nudillos de las manos y la puerta no tardó en abrirse. El viejo Tillmans apareció en el dintel.

—¿Qué hai? preguntó.

—El señor desea hablar con usted.

Tillmans me miró de alto a bajo, como estrañado, y me hizo pasar a su escritorio, en donde, por su invitacion, tomé asiento.

Empecé por decirle que era injeniero de minas; y que sabia que deseaba esplotar ciertos yacimientos de cobre en el interior de Casablanca. Le ofrecí mis servicios.

Como era natural, el viejo se estrañó mucho y me dijo que seguramente habia sido víctima de una burla.

Apesadumbrado me despedí de él y salí.

—¿Y qué viste? interrumpió ansiosamente Elcira.

—Oh! todo lo que era menester, tontuela.

El criminal se puso de pié para esplicar mejor a su compañera:

—El escritorio es la pieza mas ideal que puedes imajinarte. Lo primero que ví a mi llegada fué una caja de fondos, en un rincon de la sala ¡Qué cajita, si la vieras! Por mi nombre, que está llena de plata. ¡Lo juraria! Las llaves las maneja el viejo encima del escritorio, las pude ver. Pero lo inmejorable, lo que me llenó de gusto, fué una

puerta que da a la calle; al fondo, detras del escritorio. Retirando el mueble se está al otro lado.

El criminal, mientras hablaba, tenia pintada en su rostro una salvaje alegria. Juzgaba el golpe seguro. Elcira lo escuchaba atentamente, pareciéndole ver uno a uno los detalles que su amante le indicaba en su lenguaje vivo, interrumpido por frecuentes interjecciones del peor jénero. Dubois tomó el plano y acercándolo a los ojos de su compañera continuó:

—Aquí está todo el trabajo hecho. Estas rayitas que ves, me indican el camino de los veinte mil, ¿entiendes? Pero basta de esplicaciones, lo demas no lo entenderias nunca con la cabecita que tienes. Solo te diré que están mis medidas tomadas y que el golpe lo creo seguro. Cuando me despedí del viejo Tillmans, salí a la calle. Era de noche ya. Tanto mejor. En la esquina inmediata al almacen me aposté, esperando—¿sabes lo que esperaba?—pues que se cerrara el almacen. Con paciencia, fumando cigarrillo tras cigarrillo, esperé hasta las 8. A esa hora, las puertas del establecimiento se cerraron. Esperé aun. Pocos minntos despues el empleado que me recibiera pasó junto a mí, sin mirarme siquiera. Ya sé lo que me conviene, me dije: el viejo Tillmans se queda solo; tanto peor para él. Por la puerta del escritorio, la misma que me llamara la atencion en mi visita, divisé luz. Esperé una media hora mas. A las 8 y media, Tillmans salió cerrando con doble llave la puertecilla falsa. No aguardé mas; ya sabia todo lo que necesitaba.

—Qué te parece mi trabajo? terminó el criminal.

—¿Te has portado como un príncipe—contestó Elcira—¿Y cuando das el golpe?

—Mañana en la noche. Pero, caracoles, ya es tarde y es preciso dormir si quiero hacer algo bueno.

Mañana me levantaré temprano a preparar las "herramieutas".

El "laque", por esta vez, dormirá tranquilo. La daga sirve tan bien o mejor.

Minutos mas tarde, los dos depravados seres estaban entregados al descanso. ¿Qué sangrientas y horrorosas visiones turbarian su sueño?

CAPÍTULO VII.

El crimen Tillmans

A las 7½ de la noche del dia siguiente, la calle de Blanco, en donde estaba ubicado el almacen en que debia verificarse el audaz crimen, cuyo plan hemos oido esplicar a su autor, ofrecia animado aspecto. Carruajes cruzaban la via en todas direcciones, produciendo ruido ensordecedor. Por las angostas aceras, empleados de comercio, obreros y curiosos caminaban apresurados los unos, de vuelta al hogar y en busca del descanso; los otros, despreocupados, deteniéndose aquí o allá a mirar los objetos espuestos en las vitrinas.

De estos últimos, por la acera norte de la calle, caminaba lentamente un individuo de fisonomia estraña. Largas barbas canosas caian sobre su pecho; su tez, de color cobrizo, ofrecia raro contraste con sus cabellos completamente blancos, que asomaban en grandes cadejos por bajo el ala de su sombrero hongo. Dos ojillos de mirada viva y penetrante brillaban en ese rostro de conjunto poco armónico y llamativo. Era uno de esos tipos que se ven una sola vez y se les reconoce en cualquiera parte.

El vestuario del extraño transeunte se componia de un amplio macfarlan de color leonado, con rayas formando cuadros y de un pantalon negro, ajustado a la

pierna. Todo esto le daba a su persona un no sé qué de desequilibrio, de rareza, que habria intrigado a un observador.

El señor de las grandes barbas siguió a paso lento hasta la esquina de Blanco con Bellavista. Cincuenta pasos mas allá el almacen Tillmans abria sus puertas. En la esquina indicada se detuvo en actitud de espera.

La calle, poco a poco, perdia su animacion. Los transeuntes disminuian y el paso de los carruajes iba perdiendo su continuidad.

De la acera del frente, una mujer envuelta en un manto negro atravesó la calle y pasó junto a nuestro estraño personaje, mirándole apenas. Luego, se detuvo cerca del quicio de una puerta cerrada, y pareció esperar pacientemente la hora de una cita. El de las barbas se adelantó entonces hasta la mujer y le habló algo en voz baja.

—¡No te hubiera conocido nunca! Estas disfrazado a las mil maravillas.

Era Elcira Marin.

El desconocido, que no era otro que Dubois, le contestó:

—Pues, ya lo ves, estoi magnífico. Si hoi te ordené que entre 7½ y 8 de la noche vinieras a estacionarte en esta esquina, tenia un objeto. No era otro que juzgar si esta indumentaria me ocultaba, aun a tus lindos ojos. Caracoles que me he convencido!

—Te repito: estás inconocible..... ¿y ahora qué hago?

—¿Qué haces? No otra cosa que irte derecho a la casa. Allá me esperas. Si la suerte me acompaña, mañana despertaremos ricos y listos para irnos a otros mundos. Ea, anda luego, que ya la hora se acerca.

Elcira no se hizo repetir esta orden y se alejó a paso rápido, desapareciendo mui pronto tras la esquina inmediata.

El criminal permaneció aun un cuarto de hora mas en su sitio de observacion. Despues, atravesó la calle y caminó por la acera contraria hasta frente al almacen Tillmans. Allí se detuvo de nuevo y sacando del bolsillo de su macfarlan un periódico, se puso a leer a la luz de un farol. O, mas bien dicho, aparentaba leer, pues su vista, continuamente, se fijaba en el establecimiento objeto de su acecho.

No habia permanecido cinco minutos en su nuevo sitio, cuando se vió precisado a abandonarle para no llamar la atencion. Se encaminó otra vez a la esquina. Por lo demas, la hora de su infame accion se acercaba.

El empleado del almacen cerraba ya las puertas del establecimiento.

El malhechor sintió los golpes de las puertas y el característico ruido de las llaves al jirar en las cerraduras. En aquellos instantes, sus ojillos brillaban vivamente y su mano derecha oculta en el bolsillo, acariciaba el puño de una daga.

A los pocos minutos, la puerta del almacen mas cercana a la esquina era abierta por dentro del establecimiento, y el empleado salia a la calle, juntando solamente los m aderos. En seguida se alejó a rápido paso en sentido contrario al sitio de Dubois. El criminal se habia fijado en todo esto.

—Indudablemente la suerte está conmigo esta noche, se dijo. Ese bellaco que acaba de salir, ha dejado la puerta junta, nada mas. Es seguro entonces que Tillmans está en su escritorio, arreglando sus últimas cuentas..... Con el diablo deberia de arreglarlas el viejo avaro si supiera. . Lo que es si está adentro, me lo dice la luz que diviso desde aquí, por los claros de la puertecilla falsa. Ya no tengo mas que empezar... ¿Y si por casualidad volviera el chico del empleado?... Si vuelve, peor para él!

El miserable miró en todas direcciones. La calle, por

los alrededores, aparecía desierta. A distancia de algu nas cuadras, un coche se acercaba con sus rojos faroles encendidos. Al verlo, el criminal no pudo reprimir una sonrisa de satisfaccion.

Esperó que el vehículo llegara cerca de la esquina y avanzó resueltamente hácia el almacen. Empujó la puerta entreabierta y penetró. El carruaje al rodar sobre el pavimento de piedra ahogó en su estruendo el débil crujido de la madera. La puerta volvió a cerrarse, casi en seguida.

La primera parte estaba hecha.

Ya en el interior, Dubois avanzó recatadamente hasta junto al meson. Allí se detuvo a escuchar. El almacen estaba oscuro. Entre las sombras, diversos objetos relucientes brillaban como jigantescas pupilas que al malhechor le pareció lo miraban irritadas. Al fondo, cerca de la calle, la puerta del escritorio estaba entreabierta y la sala aparecia en semi-claridad, como la despedida por una lámpara próxima a apagarse por falta de aceite. Tal circunstancia inesperada lo hizo temblar de piés a cabeza.

—Si me habrá sentido—murmuró. Y estuvo un momento en suspenso, respirando apénas. Luego se dijo, hablando consigo mismo:

—¿Se habrá quedado dormido? No puede ser. Tampoco ha podido salir, ¿Dónde estará? Busquémosle.

Se tendió de espaldas sobre el meson y lentamente, sin el menor ruido, dejó caer al otro lado un pié, luego el otro. En seguida, inclinado, casi rozando el piso con sus manos, avanzó hasta la puerta del escritorio. Allí enderezóse y miró a traves del vidrio.

—Qué necio soi, se dijo; no conté con el subterráneo.

Efectivamente, la difusa claridad que le causara estrañeza al penetrar al almacen, llegaba a la habitacion desde el piso, por la ancha boca de un subterráneo. El

señor Tillmans habia bajado a él hacia pocos momentos.

Dubois, con nerviosa rapidez, se dió cuenta de lo que ocurria.

—El viejo anda abajo, se dijo; tanto mejor. Lo esperaré aquí... Y se ocultó en el ángulo formado por el muro y la hoja abierta de la puerta. Desde allí podia ver toda la sala. La caja de fondos en un rincon, al frente la mesa de trabajo, llena de libros y papeles. Detras de ésta la puertecilla falsa, cerrada solamente con cerrojo. El malhechor se fijó con satisfaccion en este detalle.

De pronto, la claridad que llenaba la sala se hizo poco a poco mas viva y se sintieron ruidos de pasos que ascendian.

El momento del crímen se acercaba.

El miserable, desde su escondite, esperaba con impaciencia; la mano derecha empuñando febrilmente la gran daga de afilado acero.

En aquellos supremos instantes en que la vida de un hombre tocaba a su fin, el criminal tenia un solo pensamiento: la caja de fondos. Miéntras se acercaba el que debía ser su víctima, su mente hacía cálculos sobre el dinero que podrian encerrar las láminas de fierro. Ante su vista, hermosas monedas de oro jiraban describiendo fantásticos círculos. Visiones de tesoros y nubes de sangre cruzaban ante sus ojos y sentia impaciencia por terminar luego; sus manos se crispaban empuñando el arma homicida.

Los pasos en la escala del subterráneo se acercaban. Por la ancha boca asomó primero una mano sosteniendo en alto una lámpara, luego despues la cabeza y todo el cuerpo de un hombre, anciano ya. Era el señor Reinaldo Tillmans.

Depositó la lámpara sobre la mesa y tomó asiento junto a ella, dando la espalda al criminal que acechaba ca-

CRÍMEN TILLMANS

da uno de sus movimientos, con los ojos salidos de las órbitas y la mirada terriblemente fija.

¡Estraño cuadro aquél!

El anciano Tillmans buscó sobre su mesa algunos papeles y se entregó a su lectura.

A su espalda, el miserable, lentamente, sin el menor ruido, abandonó su escondite y se fué acercando, las manos separadas del tronco, como quien camina en la oscuridad; el pelo erizado, la faz conjestionada por los esfuerzos de la respiracion contenida..... Dubois estaba horrible.

A un paso de su víctima se detuvo. Poco a poco, levantó el brazo armado de la siniestra daga y sus ojos buscaron un sitio seguro donde herir. El cuello aparecia descubierto casi por completo, grueso, robusto, surcado por negras arterias que levantaban la piel. El asesino veia el lijero temblor de la carne ajitada por las palpitaciones de la sangre... ¡Qué lindo golpe! pensaba.

Permaneció un rato en su híbrida contemplacion.

Imajinariamente oia el chasquido del acero al rasgar los músculos y el rumor seco de la sangre rebalsando la herida...

El brazo se irguió mas aun, el cuerpo se inclinó lijeramente hacia atras, brilló el acero en lo alto y cayó recto, firme, hundiéndose en el cuello hasta la empuñadura.

Ni un jemido se escapó de los labios del anciano. Como herido por el rayo, su cabeza se dobló y luego su cuerpo inclinóse hacia adelante, sobre la mesa, inundándola de sangre.

El asesino, de pié detras de su víctima, por un momento, sonriendo cinicamente, contempló su obra. Despues, sin limpiar su arma de muerte, la guardó en el bolsillo de su macfarlan y acércose a la puerta del subterráneo. Pendia de la cerradura un manojo de llaves.

Segundos mas tarde el criminal buscaba ansiosamente

en la caja de fondos. En el interior, encontró papeles, documentos, pero el dinero de su codicia no aparecia.

—Maldicion! murmuró, en vista de tal resultado y tiró con rabia todos aquellos papeles junto al cadáver, sobre la mesa ensangrentada.

—¿En dónde diablos guardaba la plata este...?

No alcanzo a concluir su frase. En la puerta del almacen acababan de golpear suavamente.

—Estoi perdido! se dijo y de un salto se puso junto a la puertecilla falsa. Descorrió el cerrojo y salió a la calle. Era tiempo.

En aquellos mismos instantes, la esposa y la hija del malogrado señor Tillmans penetrahan al almaeen, circunstancia que les impidió ver al asesino que huia.

CAPÍTULO VIII.

El crimen Titius

La mañana del 15 de Octubre de 1905, en los diversos centros de reunion, en los corrillos callejeros y en los hogares no se hablaba de otra cosa en Valparaiso que del último crímen. No habia trascurrido un mes aun desde que fuera asesinado alevosamente el comerciante Tillmans, y esa mañana, en el interior de una oficina ubicada en una de las calles mas centrales y concurridas del puerto, se habia encontrado el cadáver de un hombre, casi despedazado a golpes de daga.

La opinion pública se manifestaba alarmada. Se estudiaban y comentaban de diversas maneras todos los detalles conocidos del sangriento suceso, y se le encontra-

ban misteriosas relaciones con el crímen Tillmans. Un audaz asesino habia encontrado en Valparaiso ámplio escenario para llevar a efecto sus sangrientas hazañas.

Todos se preguntaban quién seria el hábil malhechor que lograba escapar a las activas pesquisas de los ajentes de seguridad, que le buscaban ansiosamente.

Como nuestros lectores recordarán, el siniestro criminal frances habia dicho en cierta noche, a cuatro individuos que comentaban un gran crímen, que en "Chile cualquiera un poco listo podria hacer grandes cosas sin temor de que lo capturaran". Sus palabras se cumplian. La misma mañana del 15 de Octubre, en que tan honda ansiedad dominaba a los habitantes de Valparaiso, volvemos a encontrar al sanguinario malhechor en su vivienda de la Avenida de las Delicias.

Eran poco mas de las nueve de la mañana. Dubois, sentado junto a la mesa que ya conocemos, escribia en una libreta, con misteriosos signos las diversas anotaciones de dos o tres boletos de ajencia, que Elcira Marin le dictaba. Esta tarea terminó pronto.

—¿Estás segura de que los ajencieros no han quedado sospechando algo?...

—Segurísima. Como te he dicho, el reloj lo empeñé en la ajencia "El Ferrocarril"; la cadena en "La Cruz Blanca". Los nombres no son los mismos en los tres boletos.

—¡Ah! eso es lo mejor. Te has portado como una princesa. Lo que siento es que ese pájaro de anoche saliera tan sin plumas, como el viejo Tillmans. Qué le haremos! son dos golpes que puedo considerar como perdidos.....

En aquellos momentos, en la calle, se dejó oir la voz de un muchacho suplementero:

—"El Diario" con el alevoso crímen de anoche!

Dubois sonrió burlonamente al escuchar tan llamativo anuncio y dirijiéndose a Elcira:

—Cómprame uno de esos papeles, le dijo; déjame gozar con las mentiras que dicen. Son tan divertidas...

Momentos despues, el cínico criminal leia en alta voz a su compañera, la siguiente relacion que daba "El Diario" acerca del sangriento crímen que preocupaba por entonces la atencion pública:

"En la mañana de hoi, al abrir la oficina de la calle Cochrane número 84, el mozo Antonio Garcia encontró en el departamento de los empleados del señor Santiago Severin, el cadáver de don Gustavo Titius, que tenia su escritorio en el mismo almacen, separado por una mampara.

"Frente, precisamente, a la puerta del almacen número 84, existe un poderoso foco eléctrico del alumbrado público, que ilumina esa parte de la calle casi con la claridad del dia.

"La puerta de la calle estaba asegurada por una sola chapa, cuya llave es de doble paleta, y no manifestaba demostraciones de haber sido forzada.

"El cadáver estaba tendido de espaldas, sobre un gran charco de sangre. Faltaban al señor Titius el reloj y la cadena, sus anillos; no tenia ningun dinero, y se notó la desaparicion de las llaves.

Se notó asimismo que una vela que tendria diez centímetros cuando fué prendida habia sido consumida totalmente en la noche del crímen; que la puerta de la bóveda del señor Severin, que está en el escritorio en que fué encontrado el cadáver, tenia rasmilladuras que se atribuyen tambien a obra de los asesinos.

"Practicado un reconocimiento médico del cadáver se ha podido constatar que presenta varias heridas hechas con instrumento de bordes cortantes de una lonjitud superior a doce centímetros y de un ancho no inferior a tres centímetros, sitúan: dos en el lado izquierdo del tórax y una en la parte posterior del flanco derecho del abdómen. Las

dos primeras han producido la muerte instantáneamente, pues una picó la subclaria izquierda y otra perforó el corazon y pulmon izquierdo, dando lugar a la hemorrajia por boca y nariz. Tres mas pequeñas y superficiales sitúan en los dos últimos dedos de la mano izquierda, en el meñique de la derecha y en la parte anterior, inferior e izquierda del abdómen".

El señor Titius comió anoche como de costumbre en el hotel de "La Union", con su amigo y compañero don Ernesto Miethie, y quedaron convenidos ambos de tomar el tren nocturno de las 10 para Limache. En el momento en que Miethie se retiraba del comedor para salir, quedando de juntarse en el tren, el señor Titius sacando su reloj díjole: "Nos quedan pocas horas, yo tengo mucho que escribir", y como decidiera marcharse a su oficina, le espresó que él avisaria a Limache por teléfono, para que lo esperaran. Se separaron saliendo cada uno por las puertas de las distintas calles de Cochrane y Blanco respectivamente.

¿Quién es el audaz autor de este horrible crímen, motivo hoi de todos los comentarios? Ante la justicia han declarado ya algunas personas, cuyas palabras contribuirán a facilitar la iniciacion de las pesquisas.

Pablo Silva, maquinista de los tranvias eléctricos ha declarado ante el señor juez sumariante, que anoche en la cuadra en que ocurrió el crímen, vió a un individuo, al parecer que estaba cerrando una puerta de una de las oficinas, que despues reconoció era la del señor Severin. No se fijó en su fisonomia; pero si vió que vestia jaquet y pantalon negro, con sombrero calañes del mismo color.

Domingo Galindo, maquinista de la Empresa de Traccion Eléctrica, ha declarado lo siguiente:

"Como a las 11.55 de la noche venia yo en mi carro desde la Aduana, en direccion al Baron, y al llegar al pasaje de la calle Cochrane, que da frente al Banco de Chile, vi un guardian parado en la esquina, mirando hácia la plaza de Sotomayor, y en el trayecto de la cuadra, entre ese pasaje y la calle de Coronel Urriola, venia en direccion tambien hácia la plaza Sotomayor, un individuo de sombrero negro, calañes, vestido de jaquet y que al llegar a la puerta de la oficina de don Santiago Severin, dió un golpe en ella y siguió andando despacio. Al ver yo que golpeaba, crei que iria a dejar una carta o algun telegrama, pero al notar que solo se limitó a dar el golpe, me llamó la atencion y pensé en el acto que se trataria de algun robo."

Al terminar la lectura el criminal sonrió burlonamente y arrojó lejos el periódico:

—La relacion no está del todo mal, dijo. Si pillo a ese maldito maquinista de tranvias que tan larga tiene la lengua... lo pasará mal, de seguro. Es indudable que me ha visto, y eso me inquieta un poco ¿lo creerás?

—No hai mucho motivo. Pero aun nada me has contado de lo de anoche. Tú para mi no tienes secretos.

—Ya que no te curas de tu curiosidad de bruja, te lo contaré todo. Caracoles! es un poco larga la historia y si hubiera sabido que el pájaro era de tan pocas plumas, no me hubiera metido a tanta hondura. Ya lo has visto tú, una miseria; mas fué el trabajo... ademas se defendió como un gallo... era duro, mui duro.

—¿Se defendió?

—Como te digo, tuve que hundirle dos veces la "herramienta" para que callara... Pero, vamos por parte. No me agrada empezar por lo último. El malhechor, con terrible malignidad, sin que su acento temblara al recuer-

do de su sangrienta obra, empezó la relacion de su crímen:

—Hasta aquí, dos veces, las apariencias me han engañado villanamente. No te admire que mi último trabajo haya sido de tan nimios resultados... Como vas a verlo, todos mis cálculos estaban trazados de manera que dieran espléndido botin.

Ayer, por la mañana, mis peregrinaciones en busca de limosnas me llevaron al escritorio de Santiago Severin. Este señor se negó a darme un céntimo, pero cuando ya me retiraba jurando vengarme del viejo avaro, oí sin quererlo una nueva del mayor interes.

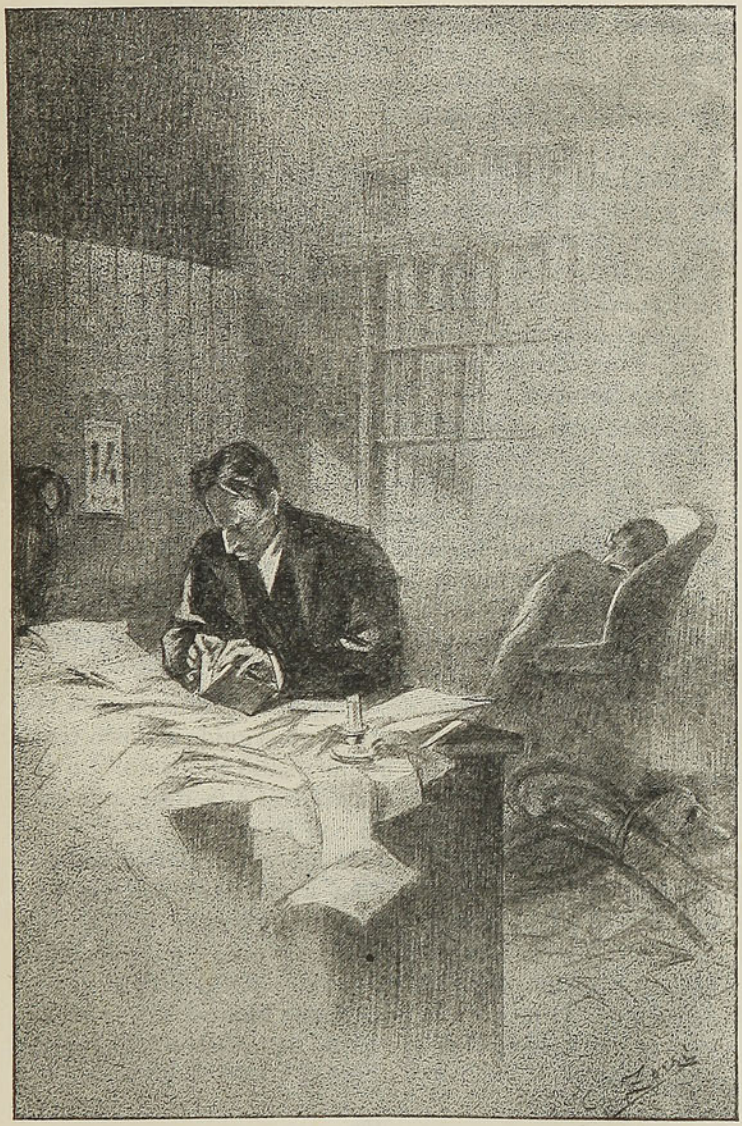
Cuando trasponia el dintel del escritorio de Severin, un jóven—que no era otro que ese diablo de Titius—salia de una oficina contigua, separada solamente por una mampara, y dirijiéndose al viejo le dijo, sin cuidarse de mi presencia:

—Voi a la Caja de Ahorros, don Santiago, necesito una suma y voi a retirarla. ¿Nada se le ofrece por allá a Ud.?

Me encontraba ya en la calle y la respuesta del viejo no alcancé a oirla. Por lo demas, ¿qué me importaba?... Sabia algo que me interesaba en sumo grado y resolví, acto continuo, aprovechar la noticia.

En la esquina del pasaje que da frente al Banco de Chile, me detuve a esperar. Titius apenas me habia mirado en la oficina. Seguro estaba, por lo tanto, que no me reconoceria en la calle. Por otra parte, ya no tenia el aire de timidez, casi estúpido, que adopto en presencia de los que quiero que me socorran. Todo esto lo comprendia mui bien, asi es que cuando ví a Titius, que a paso lijero, con un diario en las manos, pasaba a mi lado, no tuve mas que dejarlo alejarse unos cuantos pasos y me puse en su seguimiento.

Asi, uno primero, otro despues, llegamos a las oficinas de la Caja de Ahorros. El establecimiento estaba concu-



CRÍMEN TITIUS

rridísimo. Tanto mejor para mi. Detras de un grupo de personas, junto al ventanillo de despacho me instalé inmejorablemente, como un ahorrativo ciudadano que espera su turno con impaciencia.

No tuve que esperar mucho. Titius se acercó a la ventanilla, habló algunas palabras, que no oí, con el empleado y momentos despues vi a éste que le contaba dos mil pesos en billetes. Titius los metió doblandolos en el bolsillo interior de su veston, y salió a la calle, sin notar ni imajinarse remotamente que lo espiaba.

Minutos despues yo tambien salia de la Caja de Ahorros, y me dirijia otra vez a la calle de Cochrane. Mi plan estaba trazado ya. En verdad que no era para quebrar la cabeza... Conocia el monto de la suma que llevaba Titius, 2,000 pesos, no despreciable por cierto. Era la 1½ y mi hombre no saldria del escritorio Severin hasta las 6, probablemente. Habia mucho tiempo de espera y para no aburrirme me vino mui bien un negocio de licores de la calle Cochrane. Pasaré por alto la larga espera, sólo te diré que momento tras momento que trascurrian, sentia aumentarse mis deseos de dar el golpe. Aquellos malditos billetes me afiebraban...

A las 6½, ya de noche, desde mi sitio de observacion ví salir de la oficina al viejo Severin, en seguida a dos o tres personas mas. Por fin, mi hombre salió el último. Lo ví perfectamente poniendo los picaportes a la puerta de entrada y luego despues cerrarla con llave.

Se detuvo un instante sobre la acera, mirando e ambos lados de la calle, concurridísima a esa hora. Sacó su reloj, miró la esfera, y a paso lento tomó la calle de Cochrane al sur. Por la acera contraria, yo tambien seguí en la misma direccion, sin quitarle ni un solo minuto la vista de encima. Al llegar a la esquina de Blanco, Titius atravesó la via y penetró en el "Hotel de la Union", que está ubicado allí.

—Caramba, me dije, este se va a comer, Ya no se me escapa. De aquí, probablemente, se irá a su casa; en el camino, a fé de quien soi, que sus dos mil pesos pasan de sus bolsillos a los mios... Un poco de paciencia y esperemos.

De pie en la esquina del hotel me aburria como cuatro. Esperé hasta las 8½ y ya me disponia a marcharme echando al diablo a Titius y su dinero, cuando con gran satisfaccion lo ví salir y, lo que aun me admiró mas, tomar otra vez la calle de Cochrane al norte, como rehaciendo el camino de dos horas antes.

—¿A dónde irá?—me preguntaba mientras lo seguia a prudente distancia. Qué me iba a imajinar que él mismo se me entregaba. No puedes darte una idea de mi sorpresa cuando lo ví detenerse frente a la puerta del escritorio Severin, sacar un manojo de llaves, abrirla y luego penetrar al interior. La puerta, desde la acera del frente, no pude ver si la cerraba o solo la dejaba junta. Me pareció lo primero.

Allí me detuve un breve momento a recapacitar. La idea de una espera me arredraba. ¿Qué demonios irá a hacer adentro? me preguntaba sin poder responderme satisfactoriamente. Por el tragaluz veia claridad en el interior.

Al fin opté por dar un paseo por frente al escritorio a ver si algo de nuevo descubria. La calle, en aquella parte, estaba casi desierta. Pude, pues, sin temor de aparecer como sospechoso, detenerme frente al escritorio como buscando en el pavimento de la acera un objeto estraviado. Y ¡qué descubrimiento mas notable hice! ¿Lo imajinarás?. Nunca. Si aquello era la misma suerte!

La puerta de la oficina estaba junta, nada mas que junta. Pero era preciso obrar pronto, porque mi hombre de un momento a otro podia escapar, y entonces el trabajo se duplicaba. Seguí por la acera veinte pasos mas

allá; luego dí media vuelta y a paso rápido, como quien nada teme y llega a su casa, abrí la puerta del escritorio, sin importarme el ruido y la cerré de golpe.

—¡Oh! lo que pasó despues es mui curioso. Si no hubiera sido por mi daguilla... me pasa algo desagradable.

Ya adentro, me detuve un momento junto a la puerta. A dos pasos de allí estaba Titius en la oficina. Veia su sombra proyectada en la mampara de vidrio....

Al sentir el portazo, con voz segura, preguntó:

—¿Eres tú, Miethie?

Estuve a punto de reirme.

Daga en mano, rápidamente, penetré en la oficina y me abalancé sobre él. Estaba sentado, y su espanto al verme fué terrible.

Quiso levantarse de un salto, pero de un fuerte golpe en los hombros se lo impedí, sujetándole con una mano y la rodilla sobre sus piernas.....

--Asesi... alcanzó a decir. Quité la mano de sus hombros y le atenaceé el cuello. Sus ojos, saltados de las órbitas, me miraban fijamente... Levanté la daga y se la clavé hasta el puño en el pecho. Qué duro era ese muchacho! A pesar de la herida, honda como un pozo, sus manos se agarraron furiosamente a mi brazo, y tuve que hacer grandes esfuerzos para resistir. Queria atraerlo hasta su boca, que se abria horriblemente, en una suprema ánsia de vengaza y de furor. Sus dientes, descubiertos hasta las encias, me parecian afiladas agujas, terriblemente afiladas.....

La sangre brotaba a borbotones de la herida, negra, espesa.

Así estuvimos uno, dos minutos; no sabria decirte cuánto tiempo. A mí me pareció mucho y mui largo...

La crispada mano que apretaba mi brazo con la misma fuerza de la muerte, fué aflojando poco a poco. Sus ojos se iban cubriendo de un velo blanquecino, la boca se ce-

rraba... De un brusco movimiento me desasí. Tenia rabia!

Con todo mi peso le clavé las rodillas y le hundí dos veces la daga... Ya no tenia sangre casi; la hoja apenas se tiñó. El muchacho no queria morir... sus párpados caidos se levantaron y me lanzó una mirada horrorosa, que me dió miedo. Lo solté y me hice atras dos pasos. Tiritó un poco y se quedó quieto, con la cabeza en el respaldo de la silla y las piernas dobladas. Parecia vivo.

¿Lo creerás? pasaron tres, cuatro minutos, y no me atrevia a acercarme... Qué diablos! si los ojos de ese muchacho eran mas feos... Por fin me dejé de niñerias y empecé mi trabajo. Encima de la mesa estaba el manojo de llaves. Rejistré los cajones, los armarios, todos los muebles; casi me lleva el diablo de rabia. Papeles puros, papeles que no servian para nada... En fin, me dije, este tiene los dos mil pesos, que no es poco, y rejistré al cadáver de pies a cabeza. Nada! Nada, a no ser dos anillos y un reloj.

¿Dónde podria haber dejado el dinero? La rabia me apretaba la garganta... Otro golpe perdido... Tomé la daga de encima de la mesa y se la clavé al muchacho cinco veces.....

Despues, con el manojo de llaves, salí de allí, apagando la luz.

Cerré la puerta de calle, con doble llave, y me marché, pensando cómo se manejaria para abrirla al dia siguiente el viejo Severin.

CAPÍTULO IX.

Otra vez en Santiago

Despues del espantable crímen cuyas principales escenas hemos oido relatar con cínica calma a su odioso autor, la

opinion pública se mostraba alarmada. La repeticion de tantos hechos delictuosos y el misterio que los rodeaba justificaba de sobra esa alarma.

Dubois comprendió que era necesario interrumpir por algun tiempo su sangrienta carrera; aguardar con paciencia una época mas apropiada para realizar sus audaces atentados.

La mañana del 1.o de Setiembre de 1905, Emilio Dubois llegaba en el nocturno de Valparaiso a la Estacion Central de Santiago y se trasladaba en un coche de posta a la casa de Ursula Morales. Desde ese dia empezó para el criminal una vida ajitada, febril, siempre en busca de la ocasiones del crímen. Su mente, ocupada de continuo por satánicos pensamientos, tenia una sola preocupacion: el mal. No podríamos, aunque quisiéramos, seguir paso a paso al malhechor en sus numerosas aventuras en la capital, insignificantes las unas, accidentadas las otras, pero todas ellas marcadas en la huella sangrienta de este hijo del crímen.

El 15 de Setiembre penetraba hasta el interior de un templo en que se celebraba el divino oficio, y sustraia a una señora el portamonedas con una crecida suma.

Dos dias despues robaba en una casa comercial de la calle de San Diego, en las primeras horas de la noche, dinero y valiosas mercaderias.

Y así, la relacion de sus muchos actos delictuosos ocuparia largas pájinas. Se puede decir que, como el funesto Emir de la leyenda árabe, su existencia tenia una sola satisfaccion: la ruina, el dolor y la miseria ajena, causados por su propia mano.

A fines del mes de Octubre, Dubois llevó a efecto un robo, cuyas principales escenas no resistimos a relatar.

El malhechor tenia la costumbre de pedir en el Correo Central las cartas sobrantes dirijidas a uno de los tantos nombres de las listas. Así, la mañana del 28 de ese mes

llegó a sus manos la siguiente misiva fechada el dia anterior:

"Señor Juan Roing.—Mui señor mio:

"Pasado mañana iré a su oficina de la calle de San Diego, a las 10 A. M., y podemos arreglar el negocio que tenemos entre manos.

"Por si a Ud. le agradan las ofertas que tendré el gusto de formularle, cerraremos trato inmediatamente, pues llevaré el dinero necesario. Salúdalo.

José Paul."

Dubois despues de la lectura de esta carta, tan villanamente sustraida, se puso a meditar acerca de su utilidad.

Desde luego le llamó poderosamente la atencion la frase "llevaré el dinero" ¿Por qué en vez de ir a manos de Roing no iba a las suyas? Sabia que al dia siguiente un señor Paul iria a casa de Roing con objeto de finiquitar un negocio. Roing vivia en la calle de San Diego. ¿Qué le faltaba saber?

Quién era Roing y cuál su domicilio.

Recorrió las tres primeras cuadras de la calle de San Diego y, al empezar la cuarta, su satisfaccion no tuvo límites: habia encontrado lo que buscaba. Junto al marco de una puerta que daba acceso a una escala que subia rectamente hasta el piso principal de una casa de buena apariencia, se leia sobre una plancha de bronce:

JUAN ROING

DENTISTA

—Inmejorable, se dijo Dubois. Ahora un vistazo por el interior y asunto resuelto.

Subió por la escala y llegó a un estrecho vestíbulo. Al

fondo se veia la puerta de una oficina y mas allá un pequeño corredor al que daba otra puerta, la de una habitacion.

—Notable: el dentista vive solo, murmuró el criminal. Veo dos habitaciones, su oficina y su dormitorio. Esto marcha. Sin embargo, preguntemos.

Golpeó en la puerta de la oficina y preparó su rostro con el aspecto mas bonachon posible.

Un caballero alto, como de cuarenta años, salió a abrir.

—Tenga a bien decirme, señor, si vive aquí una familia de Valparaiso, de apellido Sol...

—No, señor. Aquí vivo yo, que soi solo, nadie mas.

—Disculpe el señor, muchas gracias. Me habian informado mal.

Al salir de allí, su plan estaba trazado.

.....

.....

A las 9½ de la mañana siguiente Dubois subia de nuevo la escala de esa casa, pero disfrazado de modo irreprochable. Larga barba negra caia sobre su pecho y su macfarlan y sombrero calañes habian sido sustituidos por una levita y un hongo, ambos de color negro. El aspecto del asesino era fúnebre.

La oficina del dentista estaba, como la víspera, cerrada. Ningun cliente a hora tan matinal podria venir a entorpecer la obra del malhechor.

Sin detenerse un momento, con increible sangre fria, Dubois dió vueltas al picaporte y penetró resueltamente. La sala estaba desierta. Al frente, un ámplio cortinaje colocado en la puerta del dormitorio se ajitó y una voz dijo:

—Adelante, señor, un minuto.

Dubois echó una rápida mirada por la cámara. Una ventana se abria sobre la calle. Junto a ella, la silla de

operaciones y algunos estantes con herramientas de cirujia. Al rededor de las paredes, sillas y sofaes.

El malhechor no tuvo que esperar mucho. El señor Roing apareció mui pronto entre las cortinas y saludó al que debia ser su verdugo con una grave inclinacion de cabeza.

Dubois, con el sombrero en las manos y una amable sonrisa en los labios, se le acercó. Cuando estuvo a un paso del dentista, rápidamente, de sorpresa, tomó a Roing de los brazos arrojándolo al suelo. Allí lo sujetó cargándole el pecho con sus rodillas.

—¡Socorro! alcanzó a esclamar en alta voz.

El criminal le dió un fuerte golpe en la boca.

—¡Ah! mi amigo. Aquí va a pagar todas las muelas buenas que ha sacado a sus desgraciados clientes. Ea! chiton! que de lo contrario... Y el malhechor, con suma lijereza, soltó un brazo de su víctima y sacando de su cintura una daga, se la clavó en el pecho. El herido se ajitó breves instantes en dolorosas convulsiones y luego quedó inmóvil, perdido el conocimiento. Su pecho desgarrado por el acero se levantaba débilmente, y era aquel el único indicio de que su vida no se habia estinguido al golpe del arma homicida.

Dubois lo tomó de los hombros y lo arrastró nasta el dormitorio, cuyas cortinas corrió por completo.

Despues volvió a la oficina, y con ayuda de algunas toallas limpió de su traje y manos las salpicaduras de sangre.

Lo principal estaba hecho ya. Sentado cómodamente en una de las butacas, fumando un cigarrillo, se propuso esperar la llegada del señor Paul. El que debia ser su segunda víctima no tardaria.

A las diez en punto golpeaba en la puerta de la oficina. Dubois se puso de pié y se colocó junto a ella.

—Adelante, dijo en seguida.

La puerta al abrirse hácia el interior lo dejó oculto detras de su marco.

El señor Paul, anciano de sesenta años, avanzo hasta el medio de la habitacion y se detuvo. El criminal se le acercó ahogando sus pasos en la alfombra que cubria el piso, y levantando su brazo armado con la daga, descargó al anciano un terrible golpe en la espalda, que le hizo rodar sin conocimiento.

En seguida se inclinó sobre su víctima y, con odioso cinismo, le dijo al oido:

—No tema usted, mi amigo; no le sacaré ningun diente ni tampoco una muela. Soi enemigo de la cirujia dental.

El secreto que habia sorprendido en la carta no le habia hecho obrar en vano, segun sus propósitos. En los bolsillos del señor Paul encontró la suma de setecientos pesos.

Dos horas despues el comisario de policia del barrio recibia la siguiente carta que habia ido a dejar hasta la seccion de su mando un individuo en quien nadie reparó.

"Señor Comisario: Puede usted pasar con el carro de la ambulancia a la oficina del dentista Roing, en donde encontrará usted en qué ocuparse. Puede usted ir sin cuidado. El dentista Roing se encuentra en tal estado que es completamente improbable que pueda privarle a usted de un diente o de una muela, si es que las que posee no son postizas.

XX,'.

.....

.....

CAPÍTULO X.

El crimen del pasaje Ludfor

El 10 de abril de 1906, Dubois recibió una carta de Elcira Marin, en la que su cómplice le comunicaba que podia volver a Valparaiso sin cuidado. El peligro de una captura ya no amenazaba.

"Todo está tranqnilo; ya casi no se habla de aquello que tú sabes y es tiempo de tentar suerte otra vez."

Al dia siguiente, el incansable criminal llegaba de nuevo a la ciudad que conmoviera con sangrientos horrores y en la que debia aun derramar la sangre inocente de otra víctima.

Empezó de nuevo su peregrinacion por las casas y oficinas de las personas acomodadas, en busca de socorros que imploraba con hipócritas lamentaciones. Mui pocas veces se retiraba con las manos vacias. Entonces su siniestra fisonomia reflejaba la espresion de un contento feroz; hubiera querido volver sobre sus pasos para apoderarse de todo el dinero que, fundada o infundadamente, creia pudiera guardar su bienhechor, la persona caritativa a quien habia engañado con su aspecto hipócrita.

Instintivamente, odiaba la mano jenerosa que lo socorria; al murmurar sus agradecimientos con voz emocionada y al inclinarse con finjido respeto, secretos impulsos lo ajitaban, ideas de sangre y visiones de tesoros cruzaban por su cerebro en fantástica promiscuidad. Muchas veces, su mano apretó nerviosa el pomo de la daga oculta en su bolsillo y una circunstancia imprevista, la llegada de un amigo, un ruido callejero, impidieron que la vida de un hombre se estinguiera a manos del audaz malhechor.

Un dia, a principios de semana santa, Elcira Marin

llegó apresurada a la casita de la Avenida de las Delicias, y comunicó a su amante una nueva que, segun ella, podria aprovecharse.

—Tengo una amiga, le dijo, que sirve en casa de don Isidoro Challe, comerciante frances que habita en el Pasaje Ludfor, de la calle Tubildad núm. 35. Me encontré con ella y le alargué la lengua.

—¿Cómo así?

—El 15 de este mes, su patron recibirá una gruesa suma de dinero. Ella lo oyó hablar anoche con su mujer, cuando ya estaban recojidos. Es mui rico ese señor.

—¿Sabes que la noticia vale un mundo?

—Ya lo creo. Pero aguarda, todavia hai mas. La chica esa es mas habladora que una cotorra y pude saber por su boca que el comerciante se recoje diariamente a su casa a las 12 de la noche. A esa hora se desocupa de sus tareas en el almacen que posee en el plan. Qué tal?

—Divino. Desde mañana empiezo a tantear el terreno.

Al dia siguiente, Dubois se presentaba al almacen Challe y solicitaba hablar con su dueño. El miserable estaba transformado. Un traje viejo y roido le cubria, y un grueso manojo de bastones y paraguas viejos bajo el brazo, le daban el aspecto de un pacífico componedor de adminículos caseros.

Introducido al interior del almacen, encontró allí a un señor alto, bien formado, de facciones agradables, encuadradas por una hermosa barba enteramente blanca. Su edad fluctuaria entre 60 y 63 años.

—¿El señor Isidoro Challe?

—Con él habla. ¿Qué se le ofrecia a Ud?

El criminal, para mejor representar su comedia, se quitó respetuosamente su sombrero y, adoptando una actitud cohibida, contestó:

—Hago bastones y compongo toda clase de armas, mi señor. Se me ha dicho que Ud. podria encargarme un

trabajo de mi ramo... Un baston firme, con estoque, es de mucha utilidad... Como el señor se recoje tarde de la noche y lleva consigo gruesas sumas, seria conveniente que...

—¿Y cómo sabe Ud., buen hombre, que me recojo tarde y llevo plata?

—Ah! seguro que el señor no ha reparado en mí todavia... Soi vecino del señor; vivo en el Pasaje Ludfor.

—Ah, ¿con que así?... Pues bien, no habia pensado jamas en comprarme un baston para protejerme en mis viajes nocturnos. Y en verdad que me vendria bien. Siempre llevo dinero encima... Veamos sus bastones, amigo.

Cinco minutos despues, Dubois salia del almacen y tomaba el camino de su casa. Durante el trayecto iba pensando:

—La cotorra de la sirviente no mentia... Este viejo, todas las noches llega a su casa a las 12 o poco antes de esa hora, llevando el producto de la venta del dia... Parece duro, pero ya se ablandará con un certero golpe de daga! No me queda nada por saber: el pasaje Ludfor lo conozco como la palma de mi mano y, a fé, que es un sitio espléndido. Mañana o pasado me embarco en esta empresa.

.....

Poco antes de las 11½ de la noche del Domingo 15 de abril, último de Semana Santa, Emilio Dubois llegaba recatándose en la sombra de los muros al Pasaje Ludfor, en donde debia desarrollarse poco despues un horrible drama.

La calle Tubildad aparecia casi desierta. Ningun vehículo se arrastraba por la angosta via empedrada. A lo lejos, uno que otro transeunte caminaba lijero, haciendo resonar sus tacones sobre la acera y produciendo ecos prolongados.

El pasaje Ludfor, un ancho y largo cuadrado de habi-

taciones que abren sus puertas sobre un patio comun, cerrado a la calle Tubildad por una verja de hierro, estaba asimismo, desierto.

En lo alto de la verja, un farol de gas esparcia su luz ajitada por el viento otoñal, cuyas ráfagas pasaban jimiendo en los hilos de teléfonos y en los maderos de las ventanas.

Una noche fria. El cielo encapotado amenazaba lluvia.

Entre las sombras, el siniestro criminal frances llegó hasta la verja de hierro y se detuvo. Vestia el mismo estraño traje que ya le conocemos, macfarlan, pantalon ajustado y calañes, inclinado sobre su rostro. Por un momento pareció examinar la calle; luego entró al pasaje y dió la vuelta por su interior.

—Allí veo luz en esa ventana, se dijo, hablando consigo mismo. Su mujer lo espera. Que se siente, porque lo que es por mi, no dormirá esta noche en su casa.

El criminal continuó su monólogo:

—Noto que hai aquí demasiada luz y esto no me conviene. Apagaremos ese farolillo.

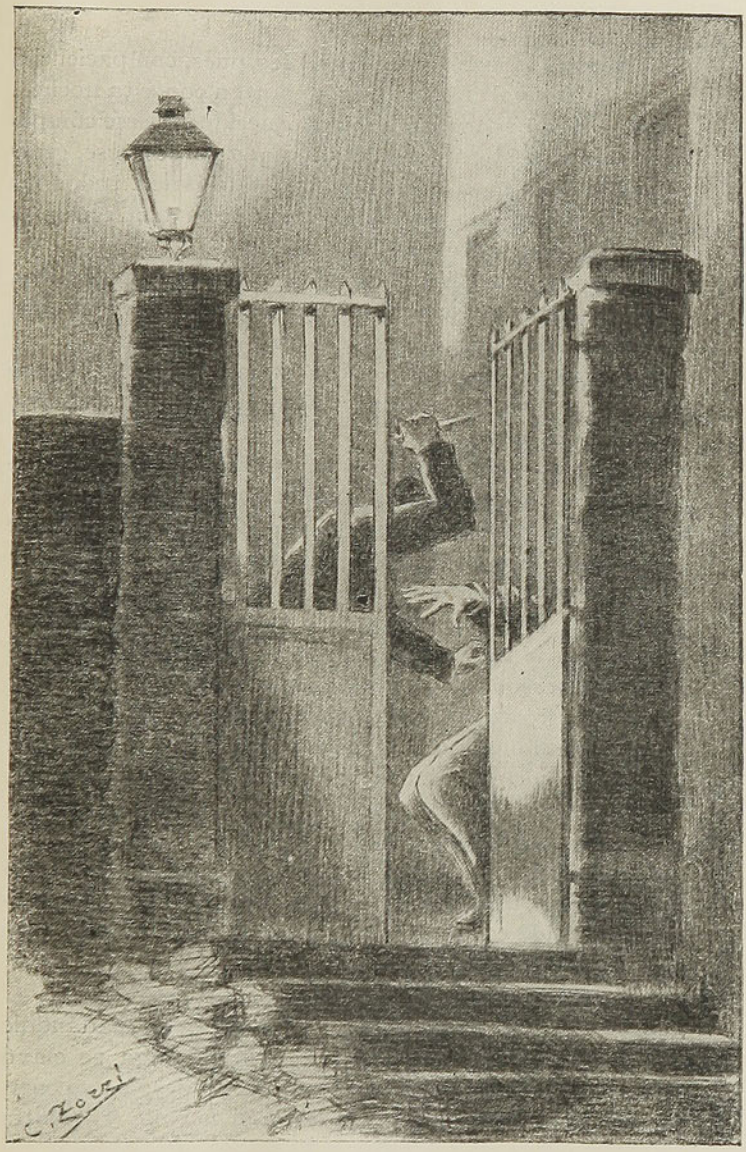
Salió de nuevo a la calle y echó una mirada a ambos lados. La misma soledad y el mismo silencio.

Apoyando sus piés en los tramos de la verja alcanzó hasta el farol y dió vueltas a su llave. La calle y el pasaje quedaron sumidos en completa oscuridad, en la que resaltaba débilmente la ventana iluminada de la casa del comerciante.

En seguida Dubois se ocultó en un pequeño ángulo formado por el muro de la calle y la verja del pasaje. Por allí debia pasar su anciano compatriota.

—Aqui estoi bien, se dijo—sacando de su cintura la siniestra daga manchada con la sangre de Tillmans y de Titius. Aquí estoi bien.

El viejo al pasar no podrá verme y de un solo golpe me comprometo a dejarlo mudo para siempre. Despojarlo



CRIMEN ISIDORO CHALLE

del dinero es lo mas fácil. Esperemos, pues, con paciencia, que esto bien vale la pena de un planton con esta noche...

Como si la naturaleza hubiera querido hacerse cómplice del sangriento crímen que allí iba a perpetrarse, gruesa neblina ocultaba con un manto fantástico todos los objetos. Las ráfagas otoñales zumbaban con ecos prolongados, semejante a aullidos de fieras.

De pronto, una torre lejana dejó oir doce campanadas, cuyas vibraciones se esparcieron lentamente en el aire. La media noche. Se acercaba la hora del mal.

Entre las sombras, la borrosa silueta del malhechor se ajitó en su sitio de ataque. Talvez preparaba el arma; ejercitaba el brazo.

Dos minutos despues, a una cuadra de distancia, se sintieron los pasos de una persona que se acercaba apresurada. Era el señor Isidoro Challe, el noble anciano que caminaba a la muerte. Su pensamiento, fijo en su hogar y en la amable compañera de toda su vida que allí le esperaba en vela, qué distante estaba, qué apartado del crímen que le acechaba entre las sombras, encarnado en la odiosa persona de su feroz compatriota.

Al llegar frente a la verja entreabierta, se detuvo. Aquella oscuridad inusitada le sobresaltó, a dos pasos de él, Dubois lo miraba fijamente, conteniendo la respiracion, sin hacer un ruido. Sin embargo, el infame temblaba y frio sudor mojaba sus cabellos bajo el sombrero.

El señor Challe avanzó un paso y buscó en el bolsillo del pantalon una caja de cerillas. Dubois sintió perfectamente el ruido característico de los fósforos chocándose dentro de la cajilla.

—Si prende, se dijo mentalmente, estoi perdido.

Y de un salto, cayó sobre su víctima, anonadándole con lo repentino del ataque. La afilada daga se clavó tres veces en el pecho de anciano; luego despues su cuerpo caia pesadamente sobre la acera de la calle Torrentes

de sangre ahogaron en su garganta un grito de socorro, que se tradujo en un doloroso jemido.

El crímen estaba terminado, faltaba su epílogo.

El criminal con la terrible sangre fria que le conocemos, limpió su arma ensangrentada en las propias ropas de su víctima y, sin apresurarse por dar cima a su espantable trabajo, salió hasta el medio de la calle y aplicó el oido. El mismo silencio, la misma angustiosa calma de momentos antes. Solo el viento huracanado con sus ecos fugaces y apagados.

Volvió junto al cadáver; se arrodilló en su lecho de sangre y empezó una híbrida tarea. Los botones del paletó de abrigo, arrancados bruscamente por la mano del verdugo, saltaron léjos. Iba a proceder al rejistro, pero se detuvo, tembloroso, con los brazos tendidos...

De improviso, se arrojó al suelo y puso el oido. Así estuvo dos segundos. Luego, con rápido movimiento, se puso de pié, arregló sus ropas y levantó su sombrero de anchas alas.

—¡Maldicion! murmuró. No me engaño nunca, alguien se acerca. ¡Mil veces maldicion! ¡Cuando me faltaba lo último!...

El criminal no se engañaba; a la distancia se escuchaba claramente un ruido inconfundible. Un jinete se acercaba al trote de su cabalgadura. Mui pronto turbó el silencio de la noche un agudo pitazo. Era un policial.

Dubois, a largo paso, como quien viene caminando hace rato, se dirijió a su encuentro. Un momento despues detenia al policial y le interrogaba, sin que en su acento o actitud se trasparentara la mas leve turbacion:

—Buenas noches, sereno. ¿Podria decirme hácia dónde queda la Avenida de las Delicias? Soi forastero y no tendria con qué pagarle si usted me acompañara... Estas calles están mui oscuras y Valparaiso está plagado de malhechores...

El policial dió vueltas a su caballo y acompañó al criminal hasta cerca de su morada. Cuán léjos estaba de imajinarse el representante de la autoridad que servia de guia, nada ménos que al mas famoso y audaz de los asesinos y que, precisamente, en aquellos momentos, era juguete de sus planes, pues lo alejaba del sitio de su último crímen.

A la 1 A. M. Dubois golpeaba a la puerta de su vivienda. Elcira lo esperaba.

—¿Mui duro? ¿Poca cosa? Estas fueron sus primeras preguntas.

CAPÍTULO XI.

Tras la pista del asesino

Dos meses despues del horrible drama cuyas principales escenas hemos tratado de relatar fielmente, la mañana del 23 de Junio de 1906 reinaba estraordinario movimiento y animacion en el cuartel de los ajentes secretos de la Policia de Valparaiso. En los amplios corredores, aquí y allí, grupos de detectives parecian comentar animadamente algun suceso de importancia. Hacia dos dias que los vecinos de la populosa ciudad se habian presentado en masa a las autoridades solicitando permiso para cargar armas, pues la repeticion de los sangrientos crímenes que ya conocemos, y cuyo autor habia burlado las pesquisas policiales, eran para todos una constante amenaza.

Ese dia, los jefes del cuerpo de seguridad estaban reunidos para adoptar un plan que diera como resultado la captura del audaz asesino que habia sentado sus reales

en Valparaiso. ¿Quién era? La respuesta nadie podia darla.

El terrible malhechor aparecia rodeado de un fantástico misterio. Las huellas de sus crímenes se perdian prontamente y eran siempre las mismas. No cabia duda de que una sola mano y una sola arma habian causado la muerte de los señores Tillmans, Titius y Challe. La naturaleza de las heridas y otros detalles lo demostraba así.

A las 9 de la mañana, la puerta de la oficina del jefe de seguridad, que habia permanecido completamente cerrada durante la conferencia, se abrió, por fin, i un ordenanza llamó con robusta voz:

—¡Ajente Guzman!

Un jóven de 22 a 24 años se apartó de uno de los grupos y penetró en la oficina. Allí, sentado junto a un escritorio cubierto de legajos de papeles, le esperaba el jefe.

—Le he mandado llamar para encargarle una mision delicada. Es necesario que de aquí al 15 del mes venidero, el audaz criminal cuyas hazañas son hoi causa de la alarma pública, caiga en nuestro poder. Queda usted autorizado para obrar libremente con tal fin. Está usted despachado.

El ajente Guzman saludó y se retiró.

Alto, bien formado, de fisonomia agradable y varonil, se comprendia al mirarle que era un hombre enérjico y de valor.

La tarde de ese mismo dia, el detective estaba en campaña. La pesquisa era dificil; ningun detalle fehaciente podia indicarle al criminal.

A la ventura, el ajente recorria a las 7 P. M. la Avenida de las Delicias. En la esquina de la Quebrada de los Lecheros se detuvo, confiando al azar el éxito de su trabajo por aquel dia.

Estuvo allí estacionado una media hora. Cuando ya se

disponia a marchar, a su lado, casi rozándolo, pasó un individuo vestido de jaquet y calañes de grandes alas.

El ajente lo siguió con la vista y pudo ver que ascendia por la pendiente de la quebrada y penetraba a un restaurant ubicado un cuarto de cuadra mas arriba

—¿A dónde he visto a este sujeto? Su fisonomia no me es estraña..... ¡Ya caigo! Fué en ese mismo restaurant. Ahora recuerdo; por cierto que me llamaron la atencion sus estrañas palabras. Fué él quien les dijo a unos marineros reunidos allí que en Chile se podian hacer "grandes cosas" sin temor a la policia. No sé por qué me intriga ese sujeto. Lo observaremos...

Minutos despues, el deteetive tomaba asiento junto a una mesa del restaurant que ya conocemos. A su frente, Dubois comia las estrañas viandas de aquel antro culinario.

Entre los compañeros de mesa la conversacion no tardó en entablarse. El hábil criminal, a las pocas palabras cambiadas con su interlocutor, se dió cuenta que su vecino era un simplon, nada de peligroso. El ajente desempeñaba su papel

—Mire usted, le decia, hace poco que me vine a Valparaiso con el propósito de comprar unos doscientos pesos en mercaderias, baratas, se entiende. Y hasta la fecha no he podido hacer nada, porque no conozco mucho ese negocio y temo me engañen.

—¿Es usted comerciante?

—Sí, tengo una tiendecita en Limache, que da para vivir.

—Pues, entonces, mi amigo, usted tiene suerte. Yo puedo guiarlo a usted en sus compras; conocedor viejo de ese ramo, a mí no me engañan. Si usted quiere...

—Ya lo creo que quiero!

—Entonces, venga usted aquí pasado mañana, a las 4

de la tarde. Nos iremos juntos a hacer compras. No olvide, pasado mañana!

Momentos despues, Dubois y el ajente salian del restaurant, y ya en la calle tomaban distintas direcciones.

Dubois se iba murmurando:

—Ese much cho parece un imbécil. Sus doscientos pesos no son despreciables.

Guzman, por su parte, se decia:

—No hai duda, este es un pícaro.

.....

.....

Dos dias despues, a las 4 de la tarde, nuestros dos personajes se reunian de nuevo en el restaurant de la Quebrada de de los Lecheros.

Apenas vió al bonachon y supuesto comerciante, Dubois, le dijo:

—Y bien, mi amigo, ¿nos vamos a compras?

—No, todavia no; quisiera que pasáramos allá adentro y bebiéramos un sorbo.

—Bien pensado, pasemos adentro.

Contigua a la sala del comedor, habia una salita oscura y baja que el dueño del restaurant reservaba para sus clientes amigos de Baco.

Allí el ajente y Dubois tomaron asiento junto a una mesilla, sobre la cual descansaban una jarra de vino y dos vasos.

El detective queria poner en práctica los efectos del sumo de la uva para estirar la lengua a su compañero. Pero se equivocaba. Por tal medio nada hubiera conseguido. La casualidad, únicamente, debia ponerlo en el camino seguro y revelarle quién era el estraño personaje que tenia a su lado.

El espumoso vino pasaba de la jarra a los vasos y de los vasos a sus estómagos. Pero el robusto criminal no daba muestras de embriaguez.

El ajente, comprendió que era preciso buscar un pretesto para dilatar la permanencia en el restaurant. Asi es que, como quien recuerda de pronto algo olvidado momentáneamente, le dijo a Dubois:

—Ahora recuerdo! Es conveniente que hagamos una lista de lo que vamos a comprar. Yo no sé ni leer ni escribir. ¿Y Ud?

—Un poco.

—Pues a Ud. le toca la tarea.

—Con mucho gusto. Dicte Ud.

Dubois, en vista de la declaracion del muchacho, sin temor ninguno, sacó de su bolsillo su libreta de apuntes, la abrió en la mitad y se dispuso a escribir.

El ajente se inclinó sobre la mesa para ver las anotaciones y empezó a dictar el nombre de diversas mercaderias. De pronto, estuvo a punto de dar un salto en su asiento. Sobre la pájina de la libreta, en las líneas superiores, habia leido claramente:

Tillmans †

Davies—Dent—P. An. Pinto.

Una súbita clarovidencia de lo que aquellas misteriosas anotaciones querian decir, iluminó el cerebro del ajente.

—Este es el asesino, murmuró entre sí, no hai duda.

—¡Ea! ¿Ya no dicta mas? le interrogó Dubois, mirando al ajente. La turbacion y el sobresalto que vió en su rostro, aunque hábilmente disimulados, revelaron al criminal que acababa de cometer una funesta imprudencia. Pero su sangre fria habitual no le abandonó.

—¿No dicta mas? volvió a repetir:

—Ya es suficiente. Voi un momento al meson. El ajente se puso de pié y pasó a la primera sala de la taberna.

Dubois, al ver su accion, dejó asomar a sus labios una sonrisa de triunfo:

—Te has vendido, murmuró; pero de aquí no saldrás mui pronto. Y rápidamente buscó en sus bolsillos una pequeña cajita, cuyo contenido, un polvo fino, de color blanco, vació en la copa del falso comerciante.

Guzman no tardó en volver.

—Me siento mal, le dijo al criminal; este maldito vino se me ha ido íntegro a la cabeza. ¿No cree Ud. que seria mejor dejar las compras para mañana?

—Si así lo desea, con mucho gusto. Pero no por eso dejaremos de beber otra copa. ¡Ea! ¡ánimo y arriba!

El ajente bebió confiadamente. Pasados dos minutos, los efectos del violento narcótico derramado en su vaso empezaron a surtir efectos. Su cabeza se llenaba de sombras y su cerebro se desvanecia.

—No sé qué siento,—murmuró levantándose de su silla —veo oscuro.... la cabeza me arde.... Yo estoi mal....

Sus piernas empezaron a tiritar fuertemente y todo su cuerpo a ajitarse con convulsiones nerviosas.

—¡Ah! Ya comprendo.... ¡Malvado! Me has envenenado.... Asesino....

El ajente vaciló un momento y cayó luego como pesado fardo sobre su asiento, rodando su cabeza sobre la mesilla. Estaba profundamente dormido.

—¡Ah! mi ajente de pesquisa, no volverás a despertar hasta dentro de algunas horas, las necesarias para que yo despache mis asuntos. Pero, continuó el criminal hablando consigo mismo, no puedo negar que este muchacho me perjudica... ¡vaya! es un contratiempo y lamento no tener en mi faja mi cómoda daga para despachar este novedoso. ¿Habrá podido imponerse de mis apuntes? Si es así, estoi perdido.... No importa; en último caso ¿qué pueden probar?

Se puso de pié y salió de la sala, despues de dar una úl-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

tima mirada al narcotizado, cuyo pecho se levantaba a impulsos de su ajitada respiracion. Al pasar por frente al meson le dijo al dueño del restaurant:

—Allí queda ese muchacho. El vino lo tomó de repente y yo creo que no despertará mui pronto, si no despierta nunca.

.....

.....

CAPITULO XII.

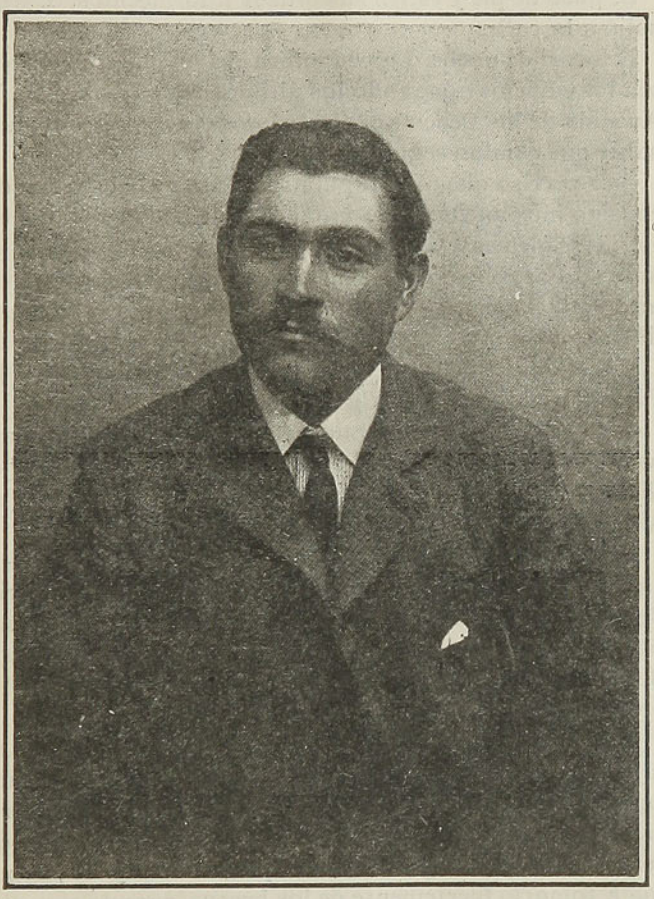
La captura de Dubois

Poco antes de las seis de la tarde, desvanecidos los efectos del fuerte narcótico, el ajente depertó subitamente. Lo primero que vino a su memoria fueron las estrañas palabras que viera anotadas en el libro de apuntes de Emilio Dubois: *Tillmans † Davies.*

¿Qué significaban? Qué indicaba la estraña cruz colocada despues del primero de esos nombres?

—Confusamente comprendo, se dijo Guzman; no sé por qué me persigue la idea de que este individuo me ha narcotizado para ir libremente a ejecutar algun siniestro crímen... No me cabe duda de que es él el sanguinario criminal que causa los desvelos de la policia... ¡Ah! yo le buscaré por todas partes. Pero, y esa palabra *Davies* ¿qué querrá decir? ¿Será el nombre de una nueva víctima? Quizás si en estos momentos en algun sitio de esta ciudad, el criminal derrama la sangre de un hombre...

Es preciso que yo lo impida y lo capture. ¡Pensar que lo he tenido a mi lado! A todo esto, ¿cuánto tiempo ha-



GUARDIAN HERNANDEZ, QUE CAPTURÓ A DUBOIS

bré estado yo aquí dormido? Las sombras empiezan a invadir esta sala; debe de ser mui tarde.

Se puso de pié y estiró sus brazos adormecidos. Luego salió a la calle.

Era casi de noche. La penumbra del crepúsculo envolvia los edificios apagando los últimos rayos de luz. En la Avenida de las Delicias el ajente se detuvo indeciso, sin saber qué camino seguir.

—Es preciso que obre rápidamente, se decia hablando consigo mismo. Davies es un apellido ingles cuyo dueño está terriblemente amenazado, si no ha caido ya bajo el arma del asesino. Se me ocurre una idea: a dos pasos de aquí está el cuartel de la Prefectura de Policia y allí me darán razon.

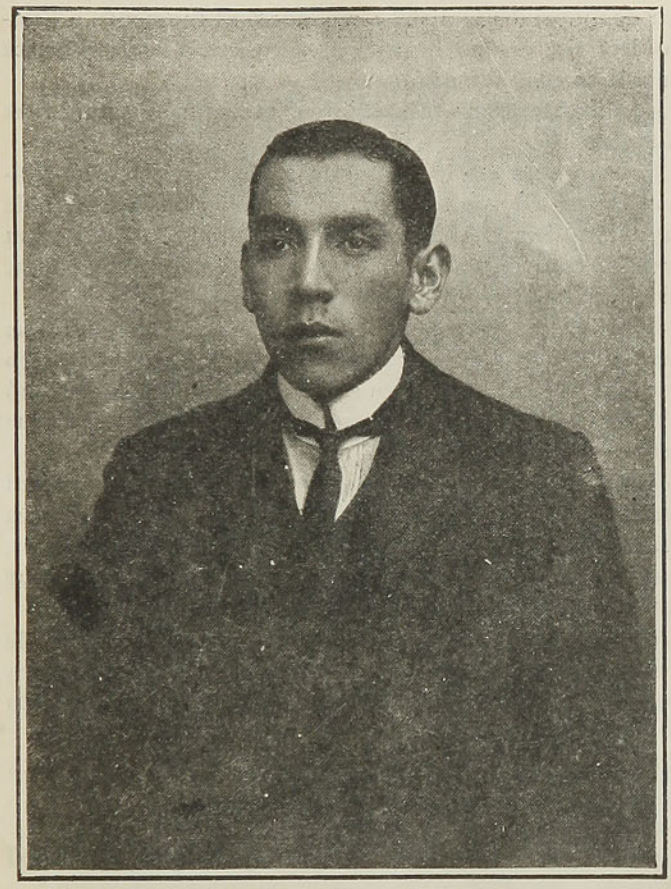
Diez minutos despues, caminaba a gran paso hácia la Plaza Anibal Pinto, por la calle de Blanco.

—No hai duda, se decia; no puede ser otro que él; se me asegura que en Valparaiso es la única persona de ese apellido. Mr. Davies, dentista; vamos a su domicilio, que allí podré descubrir grandes cosas.

Al llegar a la calle de Blanco vió con asombro que a distancia de una cuadra un hombre, sin sombrero, corria desaforadamente. A cincuenta pasos numerosas personas le perseguian. El ajente oyó con claridad sus gritos de:

—Al asesino! Al asesino!

Corrió a su vez con el propósito de cortar el camino al fujitivo, pero éste se dió cuenta del peligro que le amenazaba y se detuvo sobre la acera, vacilante. Sus ojos buscaron por todas partes un sitio de escape, un lugar de refujio. El ajente llegó hasta dos pasos de él y se disponia a tomarlo fuertemente de los brazos, cuando el perseguido, atravesando a toda carrera la ancha calle, se perdió en el interior de un angosto pasaje que daba a la Avenida Errázuriz, la calle vecina.



SEÑOR CONTRERA, UNO LOS CAPTORES DE DUBOIS

Guzman habia tenido ocasion de ver su rostro, y a pesar de un prudente disfraz, reconoció al momento a Emilio Dubois, el que horas antes le diera a beber el fuerte narcótico en el restaurant.

—¡Ah! esta vez no te escaparás, murmuró y siguió tras el malhechor.

El pasaje era estenso y angosto, un perfecto cuadrilátero cuyo piso asfaltado aparecia aquí y allá cubierto de lagunillas de agua, En una de ellas Dubois resbaló y su cuerpo, con todo el impulso de la desaforada carrera, dió fuertemente contra el duro pavimento

El asesino, con suma rapidez, intentó levantarse; pero no tuvo tiempo para ello. La hora de su castigo habia llegado. El ajente en aquel preciso momento le dió alcance y con suma presteza le rodeó el torax con sus hercúleos brazos.

Se entabló allí una lucha cuerpo a cuerpo. El criminal hacia inauditos esfuerzos para desasirse de los fuertes brazos que le apretaban, pero sus fuerzas gastadas ya por la prolongada carrera no tardaron en agotarse por completo, quedando entonces a merced del ajente.

Una hora despues las ferradas puertas de la cárcel de Valparaiso se cerraban tras el siniestro criminal, para no volverse abrir sino una sola vez. Llegado el momento de ejecutarse la justicia de los hombres.

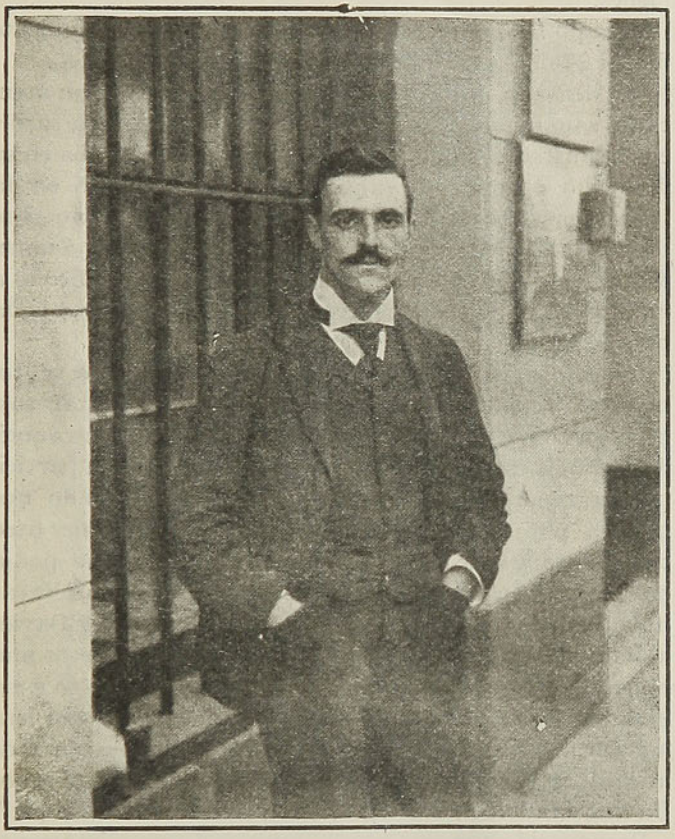
.....

.....

.....

¿Cuál habia sido la última obra del implacable criminal frances?

Como nuestros lectores recordarán, luego de salir del restaurant en donde dejara narcotizado al ajente de Seguridad, fué a su vivienda y cambió de traje, añadiendo a su rostro anguloso las grandes barbas que en otras ocasiones le hemos conocido. A las 6 de la tarde salia



EL SEÑOR JIL, QUE AYUDÓ A CAPTURAR A DUBOIS

y se encaminaba a la casa del dentista, Mr. Davies ubicada en la Plaza Aníbal Pinto.

Allí debia efectuar la última obra de su carrera de crímenes.

He aquí la version que de este suceso daba al siguiente dia, el 27 de junio, un diario de Valparaiso:

"El dentista señor Davies fué víctima ayer de un atentado sanguinario. Minutos ántes de las 6½ de la tarde, en circunstancias que el señor Davies se encontraba en su domicilio practicando algunos trabajos, sintió en la puerta misma de su casa un ruido de llave, como si se pretendiera forzar una cerradura. Alarmado, bajó inmediatamente la escalera, y al abrir la puerta de calle vió a un individuo de buen aspecto que se retiraba con toda precipitacion.

Inmediatamente el señor Davies le dió alcance, y tomándolo del paletó le exijió esplicara su actitud tan sospechosa en ese momento. Al sentirse sujeto, el desconocido trató de esplicar al señor Davies su ninguna participacion en el hecho de que lo acusaba, espresando que pasaba por ahí en ese momento, como cualquier otro transeunte y que era una persona honrada, que podia por medio de cartas acreditar su personalidad. Mientras hablaba, procuraba el desconocido llevar al señor Davies al lado adentro de la puerta, con ademanes y jestos mui espresivos, como indicándole que estaba dispuesto a exhibir sus cartas y documentos. Como éste no quisiera acceder a sus reiteradas solicitudes de pasar al interior de la casa, en el mismo umbral de la puerta agredió al señor Davies, dándole un feroz golpe en el cráneo con un "laque".

Desvanecido con este golpe, aunque no completamente aturdido, cayó al suelo el señor Davies, dando voces de ausilio.

.....

.....

CASA HABITACION DEL SEÑOR DAGLES

Algunas especies que se encontraron a los pocos momentos de ser Dubois tomado preso, como ganzúas, armas y una linterna, vienen a arrojar mucha luz en este suceso y a dar caracteres de suma gravedad a un hecho que al pricipio no se le creyó de grandes consecuencias.

En efecto, en diversas partes del trayecto recorrido por Dubois fueron encontrados todos los objetos de que ya hicimos mencion, objetos que éste iba arrojando a medida que huia y que vienen a manifestar mui claramente que la persona que los llevaba debe ser un criminal avezado y de profesion.

En el mismo umbral de la puerta de la casa de Mr. Davies, segun una version, y como a cincuenta metros de ella, segun otra, fué hallada una daga de acero, que tiene en su mango un cordel que se adapta a la muñeca, en el caso de usarse para herir con ella. En la calle Melgarejo, entre la calle Blanco y la Plaza Aníbal Pinto, fué encontrado el laque. Un manojo de llaves ganzúas fué arrojado por el criminal en el mismo sitio; otro fué encontrado entre los montones de mercaderias de la Avenida Errázuriz y, por último, en el sitio en que se le aprehendió, en el Pasaje N.° 5, en un hueco de la vereda fue encontrada una lamparilla eléctrica, lamparilla que suple ventajosamente a las linternas sordas".

EPÍLOGO

EPÍLOGO

El sensacional proceso a que dió ocasion el descubrimiento del autor de los misteriosos crímenes que ensangrentaron a Valparaiso y la capital de Chile, es conocido de todos en sus menores detalles.

Los hilos eléctricos trasmitieron hasta las repúblicas vecinas las declaraciones del culpable que siempre, en sus menores actos, sorprendió a sus jueces por la altivez de sus respuestas, la indomable enerjia de su espíritu y su obstinado empecinamiento para negar los sangrientos dramas de que fué autor.

A la vista de sus armas de muerte, el férreo laque y la afilada daga, teñida cien veces en sangre; a la vista de los objetos que arrancara del cuerpo palpitante de sus víctimas, jamas nadie vió pasar por su rostro una fugaz espresion de horror o de arrepentimiento, una lijera emo-

cion arrojada al rostro desde el abismo de su conciencia endurecida.

El criminal causó la admiracion de sus propios jueces. El mal, el cinismo llevado al grado de la sublimidad, imponen o admiran, aunque estos sentimientos sean pasajeros y trate de rechazarlos el corazon honrado. Está el secreto de ello en la condicion del hombre.

Un dia las puertas de la prision de Dubois se abrieron para dar paso al procurador que iba a leerle la sentencia de primera instancia que lo condenaba a la última pena. Escuchó la terrible lectura de la pieza judicial sin que un músculo de su cara se conmoviera, sin que su vista fija y acerada se empañara con una nube de desesperacion o de dolor

—Puede ir a defenderse personalmente al tribunal superior, se le dijo.

—Iré, contestó. Se me condena sin causa. Soi acusado porque se dice que he tenido que valerme del crímen para obtener dinero; nada mas porque así lo declaran mis jueces.

"Cada uno tiene sed de dinero, cada uno respeta el dinero, cada uno goza del dinero! Pero nadie se pregunta de donde viene el dinero. ¿No veo yo al feliz banquero exhibir su lujo inpunemente y desde lo alto de su carruaje despreciar a las víctimas de su mala fé?

"El astuto bolsista, que esparce falsos rumores, haciendo subir y bajar los efectos públicos y acumulando así montones de oro ¿no es venerado como Dios de la especulacion?

"El comerciante que falsifica sus mercaderias, el negociante que, por medios fraudulentos, hace subir el precio de lo que vende, los directores de una sociedad financiera que hacen depreciar las acciones para adquirirlas por otra mano a vil precio; todas esas jentes ¿no son universalmente respetadas, vanagloriadas, consideradas y sir-

DUBOIS LLEGANDO AL JUZGADO

ven aun de jurado para juzgar a los que, como ellos, no saben robar, sacándole el cuerpo a la lei?

"Yo, que no he declarado francamente guerra abierta a la sociedad entera, seré sentenciado; y, sin embargo, me encuentro mucho menos cobarde que toda esa jente que, no contenta con robaros vuestro dinero, os roban vuestra tranquilidad, y esto a los ojos de todo el mnndo. Pero no hai nada que decir, porque esa jente está protejida por las mismas leyes que deberian castigarla, y si se quisiera estender sobre el mundo un vasto techo, creedme que bajo él habria una verdadera prision, salvo algunas escepciones.

"Yo juego mi vida o el presidio, en tanto que toda esa jente, mientra mas roba y mas dinero tiene, mas se las adora. Ahora ese oro; cuántas miserias y lágrimas no ha costado a los desgraciados a quienes se les ha sustraido! Porque el oro es el Dios del mundo: grandes y pequeños lo adoran. Con el oro ellos corrompen a los jueces que deben condenarlos y salen con el fallo aun mas honrado que antes; saldrán así porque han sido lavados, como se dice, por la justicia, esta vana palabra que está en la boca de todos y que no se aplica realmente sino para juzgar a algunos millares de desgraciados, en tanto que, si fuese ella lo que debe ser, serian millones los que pasarian por sus manos".

Estas palabras, mejor que ningun análisis, hacen ver la naturaleza perversa del que las pronunció.

.....

.....

Fué al tribunal.

Allí un numeroso público escuchó sus razonamientos mordaces a sus palabras llenas de ironia para sus jueces.

En medio de la gran sala de la Corte de Justicia, el execrado autor de tantos horribles crímenes, con indoma-

DUBOIS CONVERSANDO EN LA PUERTA DE SU CELDA, EN LA MAÑANA DE LA EJECUCION

ble altivez, contestó una a una a las preguntas de los majistrados.

Para todas ellas, su respuesta era única e invariable —¡Soi inocente!

Volvió de nuevo a su oscura prision. Allí retraido, pero siempre altivo, siempre indomable, rechazó con brusquedad todo lo que se intentó para arrancar de sus labios la verdad para el misterio de sus crímenes.

En su enrejada celda de la cárcel de Valparaiso, por las noches, cuando las sombras envolvian ese antro de espiacion, el criminal no puede haber rehuido las convulsiones de su conciencia. Entonces en las horas de meditacion y de recuerdo para todo corazon humano ¿qué visiones espantables, que imájenes sangrientas vinieron como fantasmas vengativos a hablarle a su imajinacion de un mundo misterioso de castigo y de execracion?

Dia a dia sus carceleros vieron sobre su rostro la espresion de una inmutable tranquilidad y entre sus labios siempre una frase de odio, una sonrisa de cínica confianza o irónica alegria.

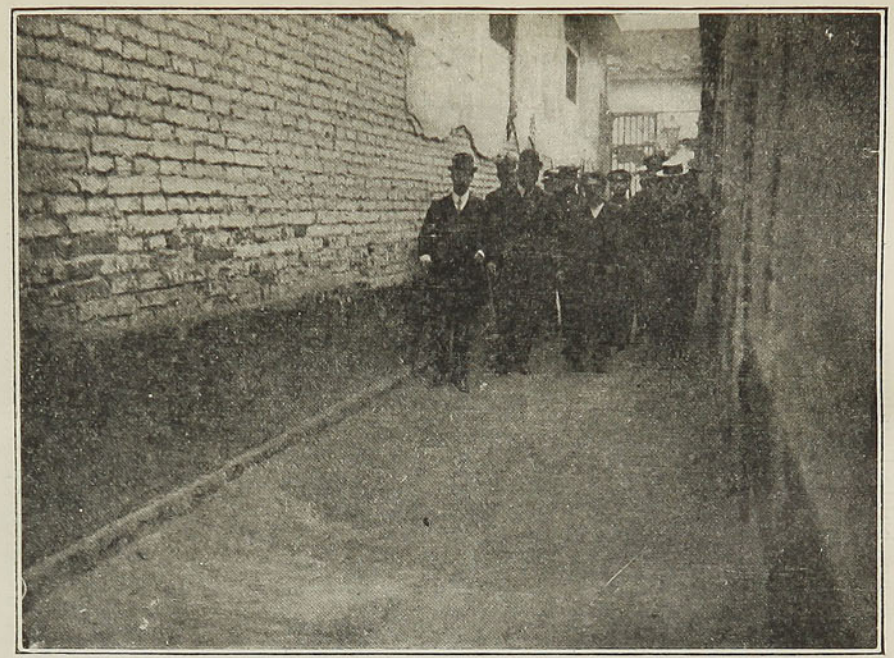
Sin embargo. aquella no era sino una máscara, la postrer careta que ponia sobre su rostro aquel hombre hijo del crímen, que habia pasado por el mundo como por un carnaval sangriento.

Allí esperó el fallo definitivo. A fines del mes de Marzo de 1907, el mas alto tribúnal de la República de Chile, condenó a Dubois a la pena de muerte.

Los majistrados obedecieron así al dictado de su razon y al clamor unísono de la conciencia pública.

Por única vez talvez los hombres miraron comouna obra de justicia indiscutible la terrible sentencia. Ninguna voz se levantó para protestar de que, una vez mas, la justicia humana quisiera arrebatarle su derecho a la justicia divina.

A Dubois, antes que sus jueces, lo habria condenado la



HÁCIA EL PATÍBULO—DUBOIS EN MARCHA AL SITIO DE LA EJECUCION

sancion pública, que veia en él a un sér peligroso, a un monomaníaco del crímen, a una de esas fieras humanas de que nos habla Lombroso.

Para él la compasion, la caridad oculta en todo corazon humano, no debia levantar su voz para hablar a la justicia de los hombres acerca de su infalibilidad. ¿Podria tenersele compasion?

A esta pregunta, podria contestarse con otra, no justa ni razonable, pero que, como todas las acciones humanas tiene una lójica y obedece a una razon:

—¿La tuvo él acaso de sus víctimas?

Para el mal hai un fin. Despues de éste empieza el castigo. Para Dubois habia sonado su hora.

.....

.....

El sábado 23 de Marzo, en la mañana, se puso al criminal en capilla. Tres dias despues debia de ser ejecutado.

Su naturaleza rara no dejó asomar a su rostro, en esta ocasion, ningun sentimiento apreciable; sus labios de continuo entreabiertos por irónica sonrisa, se contrajeron esta vez en un jesto, en un riptus mas bien de odio que de dolor,

—Muchas gracias señores! Soi mas feliz que Uds. porque yo ya sé cuando debo morir.

La tarde de aquel mismo dia, las puertas de su prision se abrieron para dar paso a un sacerdote. Era un anciano mercedario; su rostro venerable, surcado por mil arrugas, pruebas de otras tantas luchas contra el mal y de otras tantas victorias en bien de la virtud, le hacian atrayente.

Mensajero de la fé, portador de consuelo. ¿Qué corazon en los lindes ya de lo infinito y de lo misterioso hubiera podido resistir a escuchar de sus labios una promesa de perdon, un anuncio seguro de una misericordia sin límites que olvida aun el crímen, cuando el arrepentimiento

ANTE LA MUERTE.—LA ÚLTIMA LECTURA DE LA SENTENCIA

del que lo cometió se traduce en la plegaria mas ferviente: las lágrimas?

El criminal no podia comprender aquello o no queria comprenderlo. Al lado de aquel anciano ministro del señor, su subida al banquillo de la muerte habria perdido mucho de su dureza, su figura habria perdido muchas de sus líneas mas terrosas y su fin, en brazos de la fé y del perdon, habria estado iluminado por una luz de cariño y de emocion.

A las tiernas palabras del sacerdote contestó con brusquedad que queria estar solo antes que en su compañia, que los que vestian su hábito le eran odioso, que sus palabras no le inspiraban confianza.

Cuando el sacerdote trasponia los dinteles de la prision, una mujer, llevando a un niño pequeño, llegó hasta allí y se arrojó a los piés del criminal, bañada en llanto. Eran Úrsula Morales y su pequeño hijo. Venia a dar el último adios al que habia sido su primer verdugo, al que la habia arrancado del hermoso suelo tropical en donde un dia tuvo una familia y un hogar.

Unida por la desgracia, mas que por la complicidad, la presencia de esta mujer junta al malhechor era una nota luminosa en el cuadro oscuro y sangriento de su vida accidentada.

Dubois era un gran criminal, pero era padre. El que pudo burlarse de todas las leyes que rijen la naturaleza y los sentimientos del hombre, que nunca sintió ni compasion ni repugnancia al arrancar la vida a uno de sus semejantes, en sus últimos momentos no quiso o no tuvo fuerzas para rechazar a su pequeño hijo y a la compañera abnegada que en aquella situacion terrible supo despreciar todas las conveniencias para ir a darle el último adios.

Levantó en sus fuertes brazos a su pequeño hijo y lo besó en la frente.

EL PIQUETE EJECUTOR PREPARANDOSE A DISPARAR — EL OFICIAL VA A BAJAR LA ESPADA

¿Era aquel el primero y el último beso que le daba?

Por un momento contempló al pequeño sér a quien habia dado la vida. La sonrosada frente tenia la gracia de la infancia. Como en la layenda ejipcia ¿seria aquel beso último el fijador del destino de la criatura?

Dubois debe haber pensado en esto. Dirijiéndose a Úrsula le dijo:

—¡No llores mas! Cuando yo ya me haya ido, cuida de nuestro hijo. Si alguien alguna vez le dice que su padre fué un gran criminal, un hombre malo, enséñale a callar, que su silencio sea el único castigo para los que tengan la cobardia y la crueldad de decírselo.

—Y a tí, Úrsula, ¿qué te diré?... Todos dicen que no tengo corazon, que la bondad y la ternura hace mucho tiempo yo las arrojé como lastre inútil en mitad de mi camino... ¡Eso es falso, tú lo sabes, tú eres la única que lo sabe!... Tu abnegacion me ha conmovido como siempre. ¿Podré yo con vanas frases espresarte mi intenso agradecimiento?...

¡Ea! ¡no llores mas!

Durante un largo rato, en medio de aquella celda, antesala de la muerte, el criminal permaneció de pié, sus brazos cruzados, la vista baja, con su rostro contraido por una espresion que podia ser dolor, podia ser odio o ambas cosas a la vez.

A su lado Úrsula sollozaba amargamente. El pequeño los miraba a ambos, asombrado, triste, en aquella escena incomprensible aun para sus sentimientos infantiles.

La tarde avanzaba. Las sombras poco a poco descolgaban sus crespones al interior de la celda. En la prision se hacia el silencio.

En tales circunstancias aquel grupo del criminal, de Úrsula y de su hijo tenia una belleza dolorosa, una sublimidad conmovedora.

LA VINDICTA SATISFECHA.—EL CADAVER DE DUBOIS DESPUES DE LA EJECUCION

Por fin Dubois, recobrando su habitual tranquilidad, dijo a su compañera:

—Se me ha ocurrido una buena idea. Es preciso que tú seas mi esposa, como lo entienden los hombres, ante la lei.

El lunes 25 de Marzo, un dia antes de su ejecucion, Emilio Dubois contrajo matrimonio en la cárcel de Valparaiso con Úrsula Morales.

Actuó en esta ceremonia un oficial civil.

.....

.....

.....

La mañana del 26 de Marzo, Emilio Dubois fué ejecutado en la cárcel de Valparaiso.

Estas pocas palabras bastarian para poner fin a este libro; demasiado breve en verdad para ser la última pájina de la vida de un hombre que ha alcanzado la celebridad aunque por el mas torcido de los caminos.

Sin embargo, espondremos lijeramente las principales incidencias de esta obra de justicia.

Desde las primeras horas del dia un numeroso público invadió el recinto de la prision. Aquí es dado preguntar qué guiaba hasta allí a todo ese público.

¿Puede acaso ser un espectáculo digno de admirar la muerte de un hombre, aunque sea quien la ordene la justicia para bien de la sociedad y de la humanidad en jeneral?

Por en medio de toda aquella multitud, Dubois atravesó camino del banquillo de ejecucion con la cabeza levantada, la mirada viva, como arrojando desprecios sobre los que le tomaban como un objeto de curiosidad.

Sin abandonar esta actitud tomó asiento allí donde tantos otros le habian precedido.

Su última hora se acercaba. En aquellos supremos instantes, bajo la máscara de su invencible indiferencia, de

su concentrado estoicismo, ¿qué nubes, qué misteriosos pensamientos empañaban su espíritu y hablaban a su conciencia del terrible misterio que él estaba próximo a surcar?

Sentado en el banquillo paseó una mirada por toda la multitud, mirada de reto o de desprecio.

Uno de los encargados de ejecutar la triste obra de reparacion se le acercó y le dijo algo en voz baja.

—¡No quiero! contestó Dubois.

¿A qué vendarme la vista? Dejadme ver venir los proyectiles que me lanceis! Es un capricho mio y os honra mas a vosotros. Todo esto lo dijo en voz alta, altivo, con esa inquebrantable serenidad que causaba admiracion y espanto,

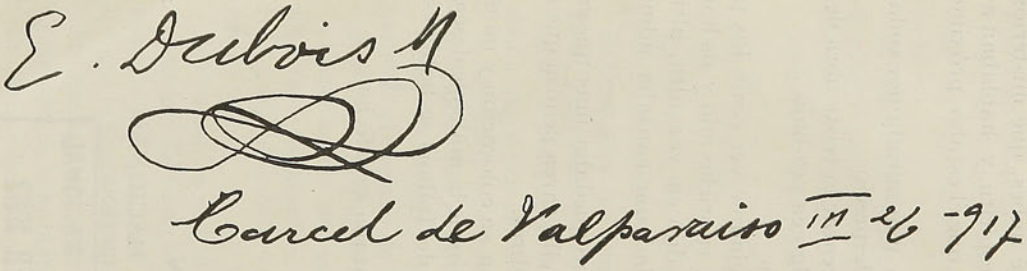
Despues de esta declaracion no quedaba mas que cumplir con la última parte de aquella tarea penosa que ampara la lei dictada por los hombres.

Los cuatro tiradores tomaron sn colocacion y momentos despues, antes de que los ecos de la múltiple descarga se hubiera disipado, la vida de Dubois se habia estinguido.

La justicia de los hombres estaba satisfecha.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
BIBLIOTECA NACIONAL
16 FEB. 1962
Secc. Control y Cat.



ÚLTIMA FIRMA DEL REO, MOMENTOS ANTES DE SER EJECUTADO